

VI

REFUGIO BIZARRRO

La revista de los hijos de la noche

Asamatsu Ken presenta:

LA MÁSCARA DE
YOTH-TLAGGON

YUKE

REFUGIO BIZARRO VI



©2026 Refugio Bizarro

Los derechos de los relatos pertenecen a sus respectivos autores.

Ilustración portada: ©2026 Yuke Kabula

Ilustraciones interiores: ©2026 Yuke Kabula

Maquetación: ©2026 Ricardo Meyer y Yuke Kabula

Traducción *La máscara de Yoth-Tlaggon*: ©2026 Alba Martín Nagato

Esta obra está protegida por la licencia Creative Commons CC-BY



INDICE

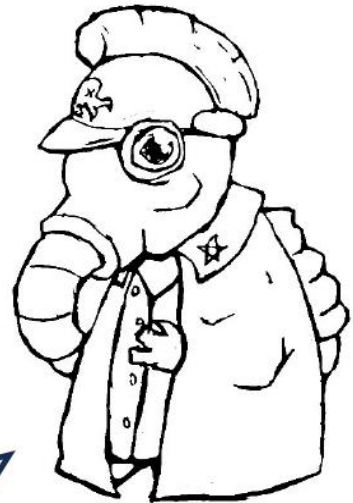
INDICE	3
NOTAS DE LOS EDITORES.....	4
LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON.....	5
PEDOFOBIA	30
LOS HOMBRES ESCOLOPENDRA.....	35
LA SILLA.....	56
SOBRE CÓMO LA REINA DE LAS SOMBRAS GANÓ	60
EL VIEJO Y LA VAGABUNDA.....	69
HIPERION	73
EL BAÑO	84
EN ALGUNA PARTE DE JAPÓN.....	88
7 A.M.	96
SALVADOR	101
EL CABALLERO.....	112



NOTAS DE LOS EDITORES

¡Por aquí **Yuke Kabula**, introduciéndoos este primer número del año! En él continuamos trayéndoos las traducciones oficiales y autorizadas de *El imperio de los dioses malignos*, de nuestro buen amigo y apoyo incondicional **Asamatsu Ken**. Su relato, *La máscara de Yoth Tlaggon*, mantiene la fuerte carga ideológica e histórica que caracteriza a las historias con las que fue publicado inicialmente.

Decir también que este es uno de los números que han reunido una **mayor participación**, ¡hemos recibido relatos de una altísima calidad, os estamos enormemente agradecidos por haberos tomado la molestia de hacérselos llegar! Algunos son cortesía de **viejos conocidos** de nuestra revista, como Carlos, Gayeteiro, Roberto o Mathew, pero hemos ampliado nuestra cantera con varias **caras nuevas** que esperamos que repitan con nosotros en futuros números. ¡Dadles una cálida bienvenida a todos ellos!



¡Por aquí **Ricardo Meyer**! Tan solo decir que mi relato **Pedofobia** no guarda relación alguna con los hechos que han ido saliendo a la luz recientemente y que involucran a élites pedófilas. Al contrario, está simplemente basado en una pesadilla que tuve a raíz del miedo **irracional** que con frecuencia siento ante los niños. Como todo lo irracional, carece de sentido. Los niños son sagrados, es por eso que **condeno** firmemente y a título personal tanto a Donald Trump como a toda esa manga de personas que hacen funcionar el mundo por medio de su noria macabra.

Sin más que agregar, espero que disfruten de este número de Refugio Bizarro, que es muy especial para mí porque hemos decidido probar diferentes iniciativas desde la «**no-convocatoria**». Es por ello que, seguiremos haciendo de este proyecto un refugio para quienes disfrutan la ficción bizarra.

Asamatsu Ken

presenta:



Para aquellos que vendrán después, el nazismo es el «gran sueño de la magia». Y el propio Hitler es el primero de esos «que vendrán después». Así, él mismo se convierte en un mago de un culto sin nombre y en el sacerdote de una secta indescriptible.

—Hermann Rauschning

I. LA NOCHE DE WALPURGIS

30 de abril de 1937.

Berlín. Unter den Linden.

La sala del León del Hotel Löwenstein, decorada con un estilo que se asemejaba a la corte de Viena, estaba tan llena de gente que no quedaba ni un solo espacio libre. Las nacionalidades y ocupaciones de los hombres y las mujeres reunidos allí eran diversas, pero la gran mayoría pertenecían al estamento militar. La razón de aquella fiesta era el bombardeo

que la Legión Cóndor había llevado a cabo cuatro días atrás sobre la población española de Guernica y que la había dejado reducida a ruinas.

A pesar de eso, apenas había miembros de la unidad aérea en aquella fiesta. La gran mayoría eran oficiales de las SS, la unidad especial dirigida por Heinrich Himmler. El resto eran funcionarios del Ministerio de Propaganda, ejecutivos de empresas metalúrgicas, directivos de la empresa Messerschmitt y diplomáticos de varias embajadas. Todos estaban charlando entre ellos de forma animada.

Casi una hora después de iniciada la fiesta, empiezan a formarse corrillos, entre los cuales un joven se desplazaba como un ave migratoria. Al verlo, una mujer rubia preguntó por él a su acompañante, un hombre de mediana edad.

—¿Quién es ese oriental? —dijo, señalándolo.

Poniéndose un monóculo en el ojo derecho, el hombre miró hacia el lugar indicado y vio a un asiático relativamente alto, de unos veintitantos años. Acababa de ser interceptado por el líder de las SS.

—¿El que está hablando con Himmler? Ese es japonés. Acaba de llegar como segundo secretario de la embajada. Me parece que su nombre era Gotoh.

—Hmmm... Es atractivo para ser un oriental —dijo la mujer, resoplando y relamiéndose los labios como un depredador, actitud que no hizo sino causarle una carcajada a aquel hombre mayor.

—Es mejor que no lo intentes. Si Goebbels se entera de que la mismísima Zarah Leander ha probado a un japonés, tú también serás acusada de ser judía —dijo con tono de advertencia.

Goebbels, que se encontraba rodeado de bellezas del calibre de Zarah Leander, bromeaba sin parar:

—El encargado de la sede estadounidense del Ministerio de Propaganda me llamó a medianoche hace unos días. Me dijo: «He conseguido una película de Hollywood en la que aparece usted como el villano». Le ordené que me la trajera inmediatamente. Al día siguiente, la proyectamos en la sala de preestrenos del ministerio. ¿Qué tipo de película era? Bueno, era un producto aceptable de acción. El actor judío que me interpretaba se parecía más o menos a mí. Sin embargo, su despacho era de lo más peculiar. Tenía una escultura suya sobre su escritorio, un retrato en la pared y un encendedor y estuche de cigarrillos con una esvástica grabada. Al terminar la película, el encargado de la sede estadounidense me preguntó: «¿Qué le ha parecido, señor?». Le respondí: «No está mal, pero el Goebbels real no tiene tan mal gusto».

En ese momento, Goebbels soltó una carcajada rasposa que se asemejaba al graznido de un cuervo. Heinrich Himmler, captando el ambiente, echó un vistazo por encima del hombro.

—Maldito nihilista —murmuró con desdén.

A continuación, Himmler se volvió hacia el joven japonés que había llamado su atención. Ajustando sus gafas sin montura, esbozó una sonrisa en su rostro hinchado y, con tono formal, dijo:

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

—Mis disculpas. Su risa realmente me pone de los nervios. Permítame presentarme nuevamente. Soy Heinrich Himmler, Reichsführer de las SS —extendió su pequeña y casi femenina mano derecha, ofreciéndosela al joven japonés.

—Soy Tatewaki Gotoh, segundo secretario de la Embajada del Imperio Japonés en Berlín. Es un honor conocerle, señor —respondió el joven japonés, estrechando la mano de Himmler con voz clara y fuerte.

El joven, que medía aproximadamente 178 cm (algo por debajo del metro ochenta que la Alemania nazi consideraba la altura ideal para los arios) no tenía nada que envidiar a los oficiales de las SS en cuanto a su amplia espalda y musculoso pecho.

—Por favor, nada de «señor». Puede llamarme Himmler —respondió, frotándose la mandíbula inferior y torciendo el bigote con una sonrisa que oscilaba entre divertida y forzada.

En ese momento, un camarero con una bandeja pasó por su lado. Himmler lo llamó.

—Un par de copas de champán. Una para mí y otra para este caballero.

—Sí, señor —respondió el camarero.

Mientras entregaba las copas, Himmler continuó:

—¿Dónde está Clara Hoffner?

—Está allá, conversando con la señora Leni Riefenstahl.

—Dile que se acerque, que quiero presentarle a un camarada japonés.

—Entendido —respondió el camarero con una leve inclinación de cabeza, y antes de marcharse, entregó una copa de champán a Tatewaki Gotoh.

—¿Es alguien del mismo gremio? —preguntó el joven japonés, intrigado.

—Así es —respondió Himmler, llevando la copa a sus labios.

En ese momento, una leve sombra de preocupación desdibujó la sonrisa de su rostro, como si una capa de frialdad hubiese caído sobre él.

—Es sorprendente que las mujeres puedan llegar a ser segundas secretarias. Parece que la Alemania nazi es más progresista de lo que imaginábamos —comentó Gotoh con tono de admiración, acercando el cristal a sus labios.

—Uff —Himmler dejó escapar un resoplido, procediendo a vaciar la copa de un solo trago.

Posó la copa bruscamente sobre una mesa cercana, casi como si intentara romperla. La atención de los que estaban cerca se volvió sobre él, ante lo cual Himmler, lentamente, comenzó a recorrer con la mirada el entorno.

Nadie osó mirarle a los ojos. Todos apartaron el rostro y comenzaron a charlar de nuevo.

—Del mismo modo que tú no eres un segundo secretario, Clara tampoco lo es, señor Goto.

Con un tono completamente plano y carente de emoción, Himmler fijó su mirada en los grandes ojos oscuros de Gotoh. Las pupilas de Himmler estaban vacías, como los huecos de una máscara. Gotoh, por un instante, pensó en los ojos muertos de un pez.

—¿Qué...? ¿Qué quiere decir con eso? —Gotoh Tatewaki forzó una sonrisa, claramente desconcertado.

El asiático sintió algo duro en su espalda y lo primero que le vino a la cabeza fue la forma y el tacto del cañón de un arma. La sonrisa forzada de Gotoh se congeló al instante. Su atención se concentró en lo que había en su espalda.

—Fuiste enviado como segundo secretario de la embajada para infiltrarte —declaró Himmler con firmeza.

El rostro de Gotoh, que hasta ese momento se había mostrado impasible, perdió toda su compostura. En su lugar, una fría seriedad invadió sus facciones.

En ese mismo instante, Clara susurró con una voz dulce que contrastaba con la tensión de la situación.

—También soy de la misma profesión. Oficial de inteligencia, asignada a la Oficina de Personal de las SS, adjunta al Reichsführer. Soy la Teniente Clara Hoffner, de las SS.

Al escuchar esto, Gotoh frunció los labios en una expresión de desdén y, tras beber el resto de su champán, dejó la copa en la mesa. Luego, mirando fijamente a Himmler, preguntó:

—Si ya lo sabe todo, no tiene sentido que sigamos fingiendo. Entonces, ¿qué piensa hacer conmigo? ¿Me llevará a la sede de las SS para torturarme? ¿O me ejecutará aquí mismo?

Himmler esbozó nuevamente una sonrisa pero, esta vez, Gotoh percibió algo diferente en ella, algo inquietante. Era una risa burlona, llena de desprecio y amenazas, una risa que lo dejaba claro: había sarcasmo, intimidación, desdén y una sensación de triunfo malicioso en su tono.

Un clic resonó detrás de él. El sonido característico de un martillo que caía. Gotoh, resignado, cerró los ojos brevemente, esperando lo peor.

Pero la bala no perforó su pecho.

Levantó los párpados con cautela. Frente a él, junto a Himmler, se encontraba una mujer de cabello rubio platino recogido que sostenía un cigarrillo.

Desde el cañón de la pistola que portaba en sus manos surgió un pequeño destello rojo, una brasa similar en tamaño a la punta de un dedo. La mujer encendió el cigarro con el fuego y, con calma, apretó de nuevo el gatillo. La llama se apagó del mismo modo que se había encendido. Aquello no era más que un encendedor en forma de pistola.

La mujer comenzó a reír suavemente, divertida por la situación.

—Señor Goto... —dijo Himmler con voz grave y con una leve sonrisa macabra—. No te hemos invitado ni a la sala de torturas de la sede de las SS, ni a un cementerio. El lugar al que te llevaremos esta noche resultará mucho más apropiado para la ocasión.

Gotoh permaneció en silencio, sin decir palabra alguna.

—Esta noche es la noche de Walpurgis. La noche en que todos los demonios y monstruos del mundo se reúnen en el monte Brocken... —explicó Clara entre risas.

Al escuchar las palabras de la mujer, Gotoh resopló, al igual que Himmler.

—Pfff... ¿Me vas a llevar a una mansión del terror?

—En cierto modo se podría decir que sí —respondió Clara, dirigiendo a Himmler una mirada cargada de intención.

—Señor Gotoh. El lugar al que te llevaré es una especie de anexo de una institución académica creada con fines prácticos, la Deutsches Arnen Elbe... La Sociedad de Patrimonio Nacional. Quiero que conozcas a un mago allí.

—¿A un mago...?

Al repetir estas palabras, Gotoh Tatewaki no tenía ni la más mínima idea de que estaba a punto de ser arrastrado al del mundo del espionaje internacional a un mundo oscuro y extraño, regido por la magia.

II. EL MAGO MORIBUNDO

Asociación de Investigación Herencia de los Ancestros.

¿Una organización académica creada con fines prácticos?

Con Clara al volante del jeep, Gotoh sintió que aquel nombre le resultaba vagamente familiar. Recordaba que fue establecida hace dos años, en el año 10 de la era Shōwa, siendo una institución académica que estaba bajo el mando directo de Himmler. Pero, a pesar de ser un oficial de inteligencia, ni siquiera él sabía exactamente qué tipo de investigaciones realizaban.

Todo estaba cubierto por un denso velo de secretismo que hacía casi imposible comprender los avances militares y científicos de la Alemania de la época, mucho menos su estrategia a nivel mundial, a pesar de los esfuerzos del gobierno japonés.

El progreso de los acuerdos de defensa entre Japón, Alemania e Italia seguía avanzando en secreto y, aunque se esperaba poder firmarlos ese mismo invierno, las autoridades japonesas solo sabían lo superficial sobre el contenido de los mismos.

«Hitler se está preparando para la guerra con la Unión Soviética. Pero también es posible que esté contemplando un acuerdo con Stalin», pensó Gotoh. «Su estrategia tiene tantas contradicciones y misterios que resulta casi incomprensible para el ejército japonés».

Es por eso que Gotoh se infiltró en Berlín, para tratar de desentrañar las acciones de Hitler.

—El lugar al que te llevamos es un lugar utilizado por la *Herencia de los Ancestros* —comenzó a explicar Himmler con tono sombrío, sentado a la izquierda de Gotoh—. Es ahí donde tenemos prisionero a un mago.

Clara se giró hacia ellos y añadió:

—Es uno de los místicos arrestados en la purga del ocultismo de 1934.

—Místico, mago... Aun siendo oficial del departamento de inteligencia del ejército, no entiendo nada de lo que están diciendo —respondió Gotoh, retorciendo los labios y usando un tono sarcástico.

—Oh, ¿de verdad? —murmuró Himmler con gravedad—. Siempre he escuchado del Führer que Japón es un imperio muy espiritual.

El oficial que estaba sentado en el asiento del copiloto se giró para hablarle a Gotoh, pero Himmler le ordenó guardar silencio.

—El esoterismo es lo que queda del conocimiento que alguna vez tuvo la humanidad — proclamó Himmler con tono solemne—. Y, entre ellos, la magia les ha sido transmitida tan solo a unos pocos elegidos, como una especie de «ciencia de los sabios».

—¿Usted cree en ello? —preguntó Gotoh.

—Por supuesto —respondió Himmler—. He estudiado todo tipo de ciencias esotéricas desde mi juventud : Karl Du Prel, Paul Von Heyse, Paracelso, Guido von List, Adolf Lanz, Friedrich Wilhelm von Junzt, Helena Blavatsky... Sus libros se encuentran almacenados en el castillo de Wewelsburg en Westfalia.

—Impresionante. Pero no he oído hablar nunca de ninguno de ellos —respondió Gotoh con tono de burla.

Himmler, a pesar de la descortesía de Gotoh, continuó hablando.

—En 1934, ordené la «Purga del Ocultismo», en la que irrumpimos en todas las sociedades secretas de Alemania, arrestamos a los astrólogos, magos y esoteristas, confiscamos miles de manuscritos, documentos secretos y equipos rituales. También torturamos a los magos, obligándolos a revelar sus doctrinas secretas y sus rituales de invocación.

—Como resultado, descubrimos que Su Excelencia es la reencarnación del rey Sajón, Heinrich I —intervino Clara, mientras miraba por el retrovisor.

Himmler asintió con calma y continuó:

—El año pasado, en el mausoleo de Heinrich I en Quedlinburg, celebré el milenio del rey y logré invocar su espíritu. Ahora puedo convocarlo sin necesidad de ningún ritual.

«Estos tipos... ¿están cuerdos?» pensó Gotoh. «Son como aquel almirante de la Marina Imperial de la era Taisho que era fanático de la secta Ohmotokyoh»

Los extraños discursos de Himmler continuaban.

—El mago con el que te encontrarás esta noche es uno de los peces gordos, que ha estado huyendo durante tres años. En febrero de este año, gracias a nuestro círculo espiritual, finalmente conseguimos atraparlo. Nos costó bastante. Dos magos competentes y siete miembros de las SS fueron devorados por los demonios que él invocó —Himmler suspiró profundamente y cerró los ojos durante un par de segundos; parecía estar orando por las almas de los fallecidos—. A pesar de todo, valió la pena el sacrificio. Después de dos meses de torturas, finalmente confesó la ubicación de Thule y admitió la existencia de la máscara.

—¿Thule? Y... ¿una máscara? ¿A qué se refiere? Señor, esta conversación está plagada de una terminología demasiado específica.

—Thule es la tierra natal de nuestro pueblo germano —Himmler respondió a la pregunta de Gotoh con un tono firme—. Es el paraíso mítico mencionado en las leyendas celtas y germánicas. Una isla misteriosa. Se ha dicho que está en el mar del norte... sin embargo, a veces los mitos se transmiten mal. El verdadero Thule se encuentra al sur. Debido a la inversión del eje terrestre, Thule, que antes estaba en el extremo norte, se trasladó al extremo sur... actualmente, en lo que se conoce como el continente antártico.

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

«Realmente está loco» pensó Gotoh, sintiendo un escalofrío. A pesar de todo, su entrenamiento como oficial de inteligencia le llevó a formular otra pregunta, tratando de obtener más información.

—Entonces... ¿Qué es «la máscara»?

—La máscara está hecha de platino y fue usada en rituales antiguos en la tierra de Thule —explicó Himmler, con un brillo extraño en los ojos—. Aquel que la use puede obtener visiones trascendentales, que van más allá del tiempo y el espacio. El mago la llamó... «la máscara de Yoth-Tlaggon». —Himmler enfatizó la última palabra, apretando los puños.

«Esto es como una caricatura de los discursos de Hitler...» pensó Gotoh.

—Entonces, ¿qué espera lograr al llevarme frente a este mago? —preguntó, con una expresión que exteriorizaba molestia.

Gotoh esperó por la respuesta, pero el jeep se detuvo de golpe, haciendo que Gotoh se inclinase hacia delante. Cuando se recompuso en su asiento, Clara se giró hacia él desde el asiento del conductor.

—Vamos a rescatar al mago de las manos de las SS. Tú y yo. Y vamos a trasladar la máscara de Yoth-Tlaggon, para protegerla de las manos de los bárbaros nazis.

—¡Clara! Eso suena exactamente a algo que diría Goebbels. ¡Cierra la boca! —dijo Himmler molesto.

—Mis disculpas —dijo Clara inclinándose ante Himmler—. Si eres un oficial de inteligencia, seguramente ya habrás deducido lo que tenemos planeado.

—¿Una farsa para descubrir dónde está escondida la máscara? Si la conseguimos el mago será... un sacrificio —dijo Himmler con una sonrisa burlona.

—Ese es mi objetivo —respondió Clara con alegría.

—Normalmente preferiría no usar este tipo de métodos, pero la situación ha cambiado de forma repentina. Después de todo, el vice Führer ha oído los rumores sobre la máscara y ha comenzado a moverse.

—¿El vice Führer? ¿El señor Rudolf Hess también... cree en esas cosas... en la ciencia esotérica? —preguntó Gotoh sorprendido.

Himmler asintió.

—Hess se ha vuelto un ferviente seguidor de Rudolf Steiner, autodenominándose un defensor de la antroposofía. Para él, la máscara es la clave para descifrar un libro de importancia universal: los *Registros Akáshicos*.

«Hablar con estos nazis me está volviendo loco» pensó Gotoh, pero disimuló su exasperación. «Sin embargo, si decido no cooperar, esta vez sí que llegará mi viaje al más allá».

Suspirando, Gotoh le preguntó a Himmler:

—Entonces... ¿cuál es el nombre del mago al que debo rescatar? No puedo ir a salvar a alguien sin saber ni siquiera su nombre. Eso sería extraño.

—Efectivamente —asintió Himmler. Sacó una pistola Walther modelo 8 de su funda, entregándose a Gotoh mientras hablaba—. Toma esto. No me importa si tienes que matar a

algunos de mis hombres de las SS. Yo mismo me haré responsable. Clara y tú debéis sacarlo del sótano de ese edificio —pausó un momento y luego pronunció el nombre del mago—. El mago se llama... Klingen Mergelsheim.

III.LA CARCAJADA DEL MAGO

Cuando Gotoh bajó del jeep se dio cuenta de que lo habían traído al noroeste de Berlín. Se encontraba en el barrio de Wedding, justo al norte del río Spree, en las cercanías de Mietskaserne. Alrededor se alineaba una serie de casas de alquiler, era una zona que en la década de 1920 fue conocida por ser un barrio pobre. El lugar era conocido por sus espectáculos en los cabarets, con guiones en los que las chicas eran secuestradas y violadas. Aunque bajo el gobierno nazi tales entretenimientos ya habían desaparecido, la zona seguía siendo sombría y oscura. El edificio que tenía frente a él parecía condensar esa atmósfera.

—¿Qué es este edificio tan siniestro? —Gotoh frunció el ceño y observó aquella estructura de tres pisos construida en piedra.

No parecía muy antigua, probablemente fue erigida a principios de la época de la República de Weimar. Sin embargo, le daba la sensación de que ese edificio se veía como una fortaleza medieval. «¿Qué me pasa? ¿Por qué tengo esta sensación?» Gotoh entrecerró los ojos, mientras se preguntaba a sí mismo.

Las columnas, los ventanales... Todo lo que veía era típico de un edificio de Berlín. Sin embargo, había algo en el edificio que le parecía extraño. Que algo no encajaba.

—Parece estar torcido, ¿verdad? —dijo Clara mientras salía del jeep y se acercaba a él.

—¿Torcido? ¡Claro! Ahora lo entiendo. Este edificio está torcido.

Gotoh entendió al fin. No era que el edificio entero estuviera torcido, sino que eran algunos detalles, como las ventanas y las paredes, los que estaban ligeramente doblados, inclinados e incluso deformados. Las sombras que se formaban daban una sensación de oscuridad mucho más profunda que el resto del lugar.

—¿Será cosa del mago? Parece que se retuerce más cada día —dijo Clara—. Te deseo suerte, señor Gotoh.

Cuando Gotoh se giró hacia Himmler, vio que el oficial que estaba a su lado en el jeep ahora se había movido al asiento del conductor y estaba a punto de arrancar el vehículo.

—¿Qué obtendré a cambio si consigo la máscara? —preguntó Gotoh.

Himmler se ajustó las gafas sin montura.

—¿De verdad crees estar en posición de preguntarlo?

Clara, mientras tanto, cargaba su pistola Luger P08 con una risita.

—¿Qué obtendré? —Gotoh volvió a dirigirse a Himmler.

—Te voy a contar la estrategia que el Führer está planeando para la guerra contra la Unión Soviética.

—Si eso es lo que me ofreces, haré todo lo que esté en mi mano para tener éxito.

Antes de que pudiera decir algo más, el jeep arrancó y desapareció en la oscuridad de la noche.

Habiéndose quedado a solas con Clara, observó de nuevo la mansión, sorprendiéndose al reconocer su propio nerviosismo.

«Es la primera vez en mi vida que me siento así».

Un escalofrío recorría su espalda y un sudor frío se acumulaba en sus manos mientras sostenía la pistola que le acababan de dar.

«Esta sensación que emana del edificio... ¿Será eso a lo que llaman "energía negativa"?»

Aunque era un oficial de inteligencia, entrenado para ser pragmático, no paraba de tener esa sensación. Las personas más sensibles o aquellas con facultades sobrenaturales ni siquiera se acercarían a este lugar.

—El edificio está rodeado por un campo de fuerza que las SS han colocado. Yo romperé el hechizo. Una vez dentro, ten cuidado de no pisar los pentagramas y los hexagramas dibujados con tiza negra en el suelo. No lo olvides.

—¿Qué ocurrirá si los piso? —preguntó Gotoh con seriedad.

Clara le dirigió una fugaz mirada antes de responder con una sola palabra.

—Morirías.

—Tendré cuidado —dijo Gotoh, asintiendo con rostro pálida.

—¿Estás listo? Vamos.

—Sí.

Al mismo tiempo que Gotoh respondía, Clara metió su mano en el cuello de la blusa, sacando un colgante plateado con forma de cruz egipcia. Y comenzó a trazar un pentagrama en el aire.

—*Yr... hagalah... peorð...* —Clara empezó a recitar unas extrañas palabras; aunque, más que recitar, parecía que su voz emitía ondas.

«¿Esta mujer practica la magia?» pensó Gotoh, mirando fijamente a Clara.

—Runas... invocan en mí una voluntad y un poder... me permiten romper el campo de fuerza...

Al escuchar aquel hechizo, Gotoh recordó que Himmler era un devoto de las antiguas runas nórdicas. «¿Clara está empleando la magia germánica de la antigüedad?!»

Los ojos de Clara brillaron con una luz azul. Y, como si hubiera estado esperando ese momento, comenzó a correr. Confundido, Gotoh la siguió rápidamente.

Con sigilo, se acercaron con rapidez a unas escaleras de piedra de seis peldaños frente a la entrada. En dichos escalones, tal y como había dicho Clara, estaban dibujados con tiza negra pentagramas, hexagramas y demás runas. Al acercarse, la atmósfera era tan densa que resultaba difícil respirar.

El corazón de Gotoh latía con fuerza. El miedo y el nerviosismo le erizaban la piel. Un hedor a carne podrida llegó a su nariz y le hizo fruncir el ceño. Clara vaciló levemente, como si su cuerpo se hubiera tambaleado por un instante.

«No. Esto es solo una ilusión» pensó Gotoh, mientras esquivaban cuidadosamente los símbolos y subían por las escaleras.

Cuando llegaron al sexto peldaño, Gotoh sintió como si hubiera atravesado algo similar a una telaraña. Al mismo tiempo, las palpitaciones y la ansiedad desaparecieron como si nunca hubiesen existido.

—Ahora hemos roto el campo de fuerza —susurró Clara a Gotoh.

«Cierto. También lo sentí» respondió Gotoh para sus adentros, mientras extendía la mano hacia el pomo de la puerta.

Giró lentamente el pomo, atento a cualquier movimiento detrás de la gruesa puerta. Sintió cómo se deslizaban los pestillos levemente y empujó con cuidado. Una luz densa se filtró desde la rendija entre la puerta y el marco, moviéndose como si fuesen unos tentáculos que se extendían hacia las sombras que envolvían el barrio de Wedding.

—¿Y los guardias? —preguntó Clara. Gotoh frunció el ceño en silencio.

En el hall de la entrada había un par de soldados de las SS, tendidos en el suelo. Dos ametralladoras Bergmann estaban tiradas a su lado, empapadas en un charco de sangre. Sin embargo, bajo la luz verde, la sangre tomaba un color extraño.

—Están muertos —susurró Gotoh en voz baja.

—¡Imposible! —exclamó Clara sorprendida, dando una patada a la puerta.

El pomo se alejó de la mano de Gotoh y la puerta se abrió completamente. Clara saltó al hall y se agachó junto a uno de los cadáveres. El cuerpo tenía una herida de cuchillo en el pecho.

—¿Le apuñalaron con un cuchillo en el corazón? —dijo Gotoh al acercarse.

—No —Clara negó con la cabeza—. Es una bayoneta. Algún soldado entró antes que nosotros. Probablemente algún agente de Hess.

—De todos modos, vayamos rápido al sótano —Gotoh extendió su mano izquierda hacia Clara.

Pero ella se levantó sola, sin tomar la mano. Con movimientos felinos sacó su pistola Luger P08 y comenzó a avanzar hacia el lado izquierdo del hall. probablemente el sótano estuviera en esa dirección. Clara forzó la puerta que había al final del pasillo.

De repente, desde el otro lado del umbral se coló una leve brisa con olor a carne en descomposición, acompañada por el débil canto de un anciano. Al escucharla, el rostro de Clara palideció.

—¿Quién...? ¿Quién le ha quitado la mordaza a Klingens?! ¿Quién es el estúpido que lo ha liberado?!

—¿Esa voz es del mago? —preguntó Gotoh mientras seguía a Clara.

—Sí. Está cantando una canción maldita que llama a los demonios. Si no lo detenemos... —Clara corrió hacia la puerta.

Descendieron las escaleras a toda velocidad. A medida que bajaban, la canción del anciano se volvía más clara. Aunque no entendía el idioma, Gotoh pudo distinguir algunas de las palabras:

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

—¡Iä! ¡Nauth! ¡Yoth-Tlaggon! ¡Ia! ¡R'lyeeeh, Kutuluuu!

Cuando llegaron al décimo escalón encontraron el cadáver de otro soldado de las SS. Esta vez, no había heridas de cuchillo, aunque en su garganta había marcas de mordeduras.

Al ver esto, Clara alzó su pistola.

—Ten cuidado. Parece que hay un demonio cerca.

—¿Un demonio? —preguntó Gotoh desconcertado.

Se escuchó una carcajada. No sonaba como la risa débil de un anciano, sino como la risa de un hombre maduro que ha sucumbido a la locura.

Al rato, el mago comenzó a gritar con un tono triunfante:

—Bailen, bailen, pequeños demonios. Bailen en las manos de Yoth-Tlaggon. ¡Hitler, Hess, Himmler, Haushofer, todos ellos bailarían, embriagados por la trompeta de Yoth-Tlaggon!

—Eso... —Gotoh preguntó con voz tensa.

—Ese es el mago Klingen Mergelsheim —respondió Clara torciendo sus labios

—¿Cómo? ¡Creí que estaba a punto de morir por la tortura!...

—Alguien le quitó la mordaza. Ha resurgido utilizando las palabras del poder —dijo Clara con amargura.

Clara disparó su pistola Luger P08 hacia abajo, al piso inferior.

—Espera. ¿Vas a matar al mago?

—¡Exacto! Ahora que le han quitado la mordaza, si no lo hacemos seremos nosotros los que moriremos.

—¿A qué te refieres?

Algo irrumpió repentinamente en la visión del confundido Gotoh. Era algo pequeño, rodeado de una luz naranja. Por un momento pensó que se trataba de un murciélago, con lo que intentó apartarlo de forma instintiva. Pero, al momento, sintió una mordida en la mano izquierda.

—¡Auch...!

Soltando un gemido de dolor, Gotoh dirigió la mirada hacia lo que se le había aferrado a la mano izquierda. Era algo con la cabeza de un hombre de mediana edad, con una barba puntiaguda y largo cabello, con un cuerpo que parecía el de un mono y las alas de un murciélago. Mientras hundía sus colmillos en la mano de Gotoh, este entrecerró los ojos y sonrió.

Al darse cuenta de ello los ojos del demonio se abrieron como platos y mostró una expresión de sorpresa. Extrajo los colmillos de su palma y volvió hacia él su rostro asustado. Aquella visión resultaba perturbadora, precisamente por su inquietante parecido con un ser humano.

—¡Muere! —exclamó Gotoh, apretando el gatillo. El disparo resonó en el aire, haciendo pedazos al demonio y salpicando un líquido maloliente.

Las carcajadas que se escuchaban desde el piso de abajo se detuvieron repentinamente.

Atravesando los cadáveres de los miembros de las SS, los dos continuaron escaleras abajo, dirección a un sótano sumido en la oscuridad.

Sin embargo, Clara, familiarizada ya con ese espacio, se dirigió hacia la pared y extendió la mano en busca del interruptor de la luz.

—Es inútil. La bombilla no se encenderá —anunció la voz risueña de un hombre de mediana edad, procedente de lo más profundo de la oscuridad—. Así lo he decidido yo.

—¿Fueron los secuaces de Hess quienes te quitaron la mordaza? —preguntó Clara con frustración.

—Así es —respondió alegremente el mago—. Son subordinados de ese ignorante que cayó fascinado ante la antroposofía. Llegaron hace unos treinta minutos, armados con talismanes y ametralladoras. Masacraron a todos los soldados de las SS que me vigilaban... y me quitaron la mordaza con mucha amabilidad.

El hechicero estalló en carcajadas. Su risa le hacía sonar exactamente igual que una hiena. Gotoh apuntó con el cañón hacia el punto del que provenía esa voz.

—¿Acaso piensas dispararme en medio de esta oscuridad? —la voz del hechicero salió proyectada hacia una de las mejillas de Gotoh, acompañada por un aliento fétido—. Será mejor que no lo hagas. La oscuridad me pertenece. Por mucho que os resistáis a ella, lo único que conseguiréis será acabar disparándoos entre vosotros.

Esta vez, la voz del hechicero se escuchó desde un punto muy lejano y a gran altura, por encima de sus cabezas.

—De hecho, tres subordinados de Hess resultaron heridos al atacarse entre ellos. Pero bueno, como soy un hombre magnánimo y les debía un favor por haberme quitado la mordaza, decidí no matarlos.

—¿Dónde escondiste la máscara?

Al formular la pregunta, Clara disparó la Luger P08 hacia arriba. Durante un instante, el fogonazo del arma iluminó la oscuridad. Sin embargo, ni siquiera así logró descubrir la posición del hechicero.

—Cierto. Vosotros también queréis saberlo. Lo había olvidado —dijo el mago con un tono burlón—. Esta noche es el esperado Walpurgis. He guardado silencio durante tres años y dos meses, pero haré una excepción y os lo enseñaré.

La voz del mago parecía desplazarse alrededor de Gotoh y Clara.

—Lamentable... el ser humano está encadenado a una serie de prejuicios. Por eso, una vez que un lugar ha sido destruido por completo desaparece de la mente de las personas.

—¿Qué intentas decir?! —gritó Clara irritada.

—Prueba a buscar en una casa abandonada en el número seis de la Friedrichstraße. El edificio donde antaño se encontraba la oficina de un prestamista llamado Frank Antelmann.

—La Friedrichstraße... ¿el nido de los judíos?

—Exacto. La oficina de un judío, volada por los aires por las SA hace cuatro años. En cuanto supe que iba a comenzar la purga ocultista, escondí la Máscara de Yoth-Tlaggon entre las ruinas calcinadas de la oficina de Antelmann, dentro de una caja fuerte carbonizada.

El mago exhaló su aliento sobre el oído de Clara. Ella se giró sobre sí misma y descargó una ráfaga de disparos con la pistola hacia donde escuchó la voz.

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

—Ya te dije que es inútil. Dentro de la oscuridad, os encontráis en la palma de mi nano —dijo el mago con tono burlón—. En lugar de perder el tiempo aquí, ¿por qué no vas a la Friedrichstraße? Hess y sus subordinados podrían estar registrando los escombros del lugar en este mismo momento.

—¡Cállate! —respondió Clara con un tono de fastidio, vaciando el cargador de la Luger en apenas diez segundos.

—Déjalo Clara. El mago tiene razón. Si seguimos perdiendo tiempo aquí, Hess se va a adelantar. Himler nos matará si descubre que nos han robado la máscara —dijo Gotoh mirando hacia Clara.

En ese momento, un sonido resonó en el aire: el Luger P08 se había quedado sin munición.

—No podemos irnos sin matar a Mergelsheim. Si lo dejamos libre...

La voz del mago interrumpió a Clara.

—Seguramente estás pensando en las desgracias que caerían sobre Berlín... ¿cierto? Pero no te preocupes. Soy un hombre inofensivo, como un cordero. Te lo demostraré...

Una luz roja parpadeó en la oscuridad. Se empezó a dibujar rápidamente una estrella invertida en el aire. La luz desapareció cuando terminó de trazarse, pero la imagen del pentagrama siguió grabada en los ojos de Gotoh, como si fuese una especie de residuo luminoso.

—Déjame que te lleve hasta la Friedrichstraße —dijo el mago.

Una sensación desconocida golpeó a Gotoh y Clara. Un viento que no soplaba les golpeaba en el rostro. Aunque estaban anclados al sitio, el paisaje de su alrededor cambiaba a gran velocidad. La oscuridad del sótano se alejaba rápidamente y las escaleras que conducían a la superficie parecían irse cada vez más lejos. La visión del vestíbulo de la mansión retorcida, su entrada y sus escaleras se desvanecieron en un instante. De hecho, incluso la calle Wedding parecía alejarse. Era como si estuvieran viendo una película al revés... Gotoh sintió unas náuseas intensas, como si fuera a vomitar.

Las luces y las calles de Berlín, junto al río Spree, se alejaban rápidamente. Pero, durante el rato que duró aquello, fue imposible escuchar el bullicio de la ciudad. Tan solo el eco de la risa maníaca del mago martilleaba sus oídos.

Poco después, la visión de un barrio desolado apareció ante ellos. Había estrellas de David, el símbolo de los judíos, grabadas por todas partes en las paredes. Eso significaba que se acercaban a la Friedrichstraße.

—Ya casi hemos llegado —dijo el mago, cesando en su carcajada—. Yo me voy a quedar en la oscuridad del barrio judío, a observar la batalla entre las SS y los subordinados de Hess.

IV. LA LANZA SAGRADA DE HESS

Tres coches Volkswagen negros aguardaban aparcados en la esquina de una calle, pero no parecía haber nadie en su interior. Seis sombras humanoides se deambulaban entre los

escombros del reciente bombardeo. Estaban vestidos con abrigos de cuero negro y sombreros blandos. Parecían civiles, pero sus movimientos delataban una formación militar.

—¿Qué ocurre? ¿No han encontrado todavía la caja fuerte? —preguntó frustrado un hombre con el uniforme negro de los nazis, deteniéndose en la esquina de la calle; su rostro, de cejas espesas y ojos penetrantes, estaba marcado por una cicatriz y, en su mano izquierda, sostenía algo que parecía una lanza.

—No hemos encontrado nada que se le parezca, señor —respondieron desde los escombros.

—Esto no puede ser. El único lugar de la Friedrichstraße, en el que puede estar es este. Hay que revisar más a fondo —ordenó el hombre, antes de volverse repentinamente hacia el oeste—. Parece... obra de magia.

Tras murmurar en voz baja, el hombre levantó su lanza. Con firmeza, apuntó al frente.

—El mago se acerca —susurró, cerrando los ojos y comenzando a recitar extrañas palabras en un idioma ancestral—. ¡Ia! ¡Ia! ¡Hasturr!

Ante los ojos de Gotoh y Clara, se formó una gigantesca columna brillante. En el momento en que se aproximaban a la Friedrichstraße y a aquella esquina, el hombre con la lanza se giró rápidamente hacia ellos. La punta de su lanza comenzó a brillar con un resplandor rosáceo.

En el siguiente instante, un rayo de luz salió disparado desde la punta de la lanza hacia ellos. La descarga de energía que atravesó sus cuerpos fue como el impacto de un cable de alta tensión.

El grito del mago Mergelsheim se escuchó en la lejanía.

Gotoh y Clara fueron lanzados al frío suelo de la calle, resoplando. Las figuras vestidas con túnicas negras les rodearon rápidamente y les apuntaron con varias Bergman Beyard automáticas.

Gotoh fue levantado a la fuerza. Clara logró apartar las manos de los hombres y se puso de pie, pero rápidamente le arrebataron su Luger P08 y la sujetaron como si fuera una bestia salvaje atrapada.

—No reconozco al hombre, pero la mujer me resulta familiar —dijo el hombre con la lanza, acercándose a Clara y arqueando las cejas—. Clara Hoffner, subteniente de las SS, la zorra de Himmler que usa magia rúnica.

El hombre sonrió con frialdad y se giró hacia Gotoh.

—¿Chino? —preguntó.

—Japonés. Segundo secretario en la embajada de Berlín, Gotoh Shinmon —respondió Gotoh con firmeza.

El hombre lo miró y con un gesto cortés pero arrogante, hizo una profunda reverencia.

—Resulta curioso encontrarse con un secretario de un país aliado en el barrio judío... una gran casualidad —dijo con un tono teatral—. Soy Rudolf Hess, vicegobernador del Partido Nazi. Un placer conocerle.

Luego, volvió a mirar a Clara y continuó hablando.

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

—Aunque no puedo garantizar que vayáis a salir de esta —dijo, mientras una risa inquietante estallaba entre el grupo de hombres vestidos de negro.

«¿Son una bandada de cuervos, o qué?» Gotoh, apretando los dientes, notó cómo le arrebatában su Walther Model 8 de las manos.

—Si estás con Clara, entonces eres un perro de Himmler —acusó Hess.

—Ha sido casualidad... aunque dudo que me crea, ¿verdad? —Gotoh respondió con una sonrisa amarga.

—Tienes buen sentido del humor para ser japonés, señor Gotoh —comentó Hess.

—Es un honor recibir tal elogio —Gotoh respondió con un tono sarcástico.

Pero, antes de poder seguir, Hess empujó la punta de la lanza hacia su abdomen. Gotoh se dobló de dolor, pero los hombres lo enderezaron al instante.

—Fue por la magia de Mergelsheim que llegamos hasta aquí. No tenemos intención de interferir en las acciones del vicegobernador. Así que, por favor, no hagas un espectáculo...

—trató de intervenir Clara, pero fue interrumpida por Hess.

—Sé cuál es vuestro objetivo. La máscara de Yoth-Tlaggon.

Clara tragó saliva. Su rostro, que antes brillaba por su belleza, palideció rápidamente. No era por la sensación espeluznante que provocaba Hess, sino porque había percibido la sombra negra del mago moviéndose entre los escombros. Hess, al darse cuenta de eso, miró en esa dirección y apretó con más fuerza la empuñadura de su lanza.

—¿No temes al mago? ¿A Mergelsheim? —preguntó Gotoh, retorciéndose entre espasmos.

—¡Él ha sido despojado de su mordaza! Por tu gente. Ahora puede usar la Palabra del Poder. Ya nadie podrá detenerlo —respondió Clara, casi sin aliento.

—¿Temer a Klingen Mergelsheim? Yo, Rudolf Hess, no tengo miedo de un hombre como él. —Hess despreció la mención del mago y exhibió la lanza ante a Clara—. Mientras tenga esta lanza, no puedo perder.

—¿Qué tiene de especial esa lanza? —preguntó Gotoh intentando recobrar la compostura.

—Esta es la lanza sagrada del centurión romano Cayo Casio. Atravesó el costado de Cristo con esta lanza mientras estaba en la cruz. Desde entonces, la lanza ha estado imbuida de poder divino, siendo un talismán y pasando de mano en mano a lo largo de dos mil años entre los monarcas de Europa. Se la conoce como la Lanza de Longinos.

«¿Los nazis están todos trastornados?» pensó Gotoh. «¿Ha sucumbido acaso esta nación a la locura?»

Clara, por su parte, parecía mucho más escéptica que preocupada por la salud mental de Hess.

—Bonita falsificación.

—¿Falsificación? ¿Por qué piensas eso? —preguntó Hess.

—Porque la auténtica Lanza de Longinos está en Viena, en la vitrina del Museo de los Habsburgo, descansando sobre un terciopelo rojo —dijo Clara con firmeza.

—¿Y por qué no dudas de la autenticidad de la de Viena? —Hess respondió con una sonrisa orgullosa, apuntando la lanza hacia ellos—. El 16 de marzo del año pasado, cuando el Tercer Reich rompió el Tratado de Versalles, ¿por qué crees que lo hizo? No fue solo por la remilitarización y la anexión de Austria. Hitler presionó al gobierno austriaco para entregarle la Lanza de Longinos. Al igual que sucedió con el Sarre y Renania, Austria desapareció como nación y pasó a formar parte del Tercer Reich. ¿Para qué necesitaría Austria la lanza si iba a desaparecer?

Clara guardó silencio, su rostro se desmoronaba rápidamente mientras procesaba las palabras de Hess. Gotoh, en cambio, luchaba por entender el vínculo entre la remilitarización de Alemania y la lanza, como si toda la historia le resultara completamente ajena.

«La alquimia y la magia... están muy arraigadas en la psique europea» pensó Gotoh, aunque no podía seguir el hilo de esa lógica.

—Bien, bien. Las discusiones largas son inútiles, como dice el Führer. Es hora de acabar con esto —Hess sonrió cruelmente mientras giraba la lanza en su mano—. Id a la escombrera de allí. Mis subordinados ya están buscando la máscara de Yoth-Tlaggon.

—¿Por qué debemos ir? —preguntó Gotoh frunciendo el ceño confundido.

En ese mismo momento, la empuñadura de la lanza de Hess impactó con violencia en la mejilla de Gotoh. El sabor de la sangre se extendió por su boca mientras caía al suelo.

—Mergelsheim es astuto. Lo más probable es que la caja fuerte está protegida por magia. Es una suerte de que tengamos unos conejillos de indias. No puedo permitir que mis subordinados corran peligro —Hess sonrió con sadismo, empujando a Gotoh y Clara hacia los escombros de la antigua casa de un prestamista, cuyas ruinas aún humeaban.

V. LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

Gotoh y Clara recibieron una pala y una linterna. Aquello había quedado reducido a un montón de trozos de cemento, aunque la estructura del edificio aún era reconocible.

—Es como si la SA hubiese utilizado granadas. Con todo este destrozo no vamos a poder encontrar nada —observó Gotoh mientras comenzaba a cavar con la pala.

—Los miembros de la SA no son unos bárbaros. Esto... lo han hecho con una voladura de dinamita —respondió apáticamente Clara mientras iluminaba los alrededores con la linterna; gracias a la luz se podían distinguir mesas destrozadas, sillas reducidas a astillas y paredes ennegrecidas por el fuego.

—Es como si fueran una banda de gánsteres —murmuró Gotoh disgustado.

—No es como si fueran. Eran gánsteres. Por eso el Führer ordenó la eliminación de la SA —respondió Hess desde el otro lado de una ventana rota, donde observaba junto con un grupo de hombres que apuntaban con sus armas.

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

Los rostros de los militares estaban marcados por una expresión extraña, una mezcla de ansiedad y expectativa. Ansiedad por las trampas mágicas que el mago había puesto y la expectativa por saber lo que podía sucederles a Gotoh y Clara si caían en una de ellas.

—Entendido. Empecemos —suspiró Gotoh, clavando la pala en los escombros. A sus pies no había nada a lo que se le pudiera llamar suelo. Tan solo bloques de hormigón ennegrecidos por el hollín, chatarra calcinada y tierra.

—Espera. Déjame que compruebe yo —Clara acercó su mano al pecho mientras apartaba a Gotoh. Sacó de debajo de su blusa el colgante con la cruz egipcia que ya había usado para romper la barrera de aquella retorcida mansión.

—Ni se te ocurra hacer nada extraño. Mis subordinados dispararán si se dan cuenta de que vas a usar magia rúnica —avisó Hess desde la ventana.

—Tan solo voy a intentar hacer radiestesia —respondió Clara mientras se quitaba el colgante y lo dejaba colgar con su mano derecha.

—¿Radiestesia? —preguntó Gotoh.

—Es una forma de adivinación que se transmite desde hace mucho tiempo en Europa. Mientras observo el movimiento de un colgante que se deja pender, puedo localizar corrientes subterráneas de agua o vetas minerales.

Gotoh frunció el ceño en cuanto escuchó la explicación de Clara.

—Preferiría que usaras una bola de cristal o incluso una baraja. Por lo menos entendería mejor lo que haces.

—Silencio. Necesito concentrarme —le cortó Clara.

—Cierto. Yo también podría haber usado este método —Hess asintió con admiración.

—¿Y por qué no busca con esa lanza sagrada que lleva? —Gotoh se giró hacia él.

Los ojos de Hess se abrieron de par en par, mostrando un gesto de confusión.

—¿Buscar con la Lanza Sagrada de Longinos? ¿Es una broma? No lo dirás en serio...

—Se supone que es una lanza mágica que es capaz de hacer de todo, ¿no?

—La Lanza es un objeto que concede percepción sobrenatural y plenitud espiritual a quien la empuña. No es una herramienta para encontrar objetos perdidos.

—Entiendo. Es como si me dijese que la tierra se labra con azada y no con tenedor, ¿no? —dijo Gotoh, encogiéndose de hombros y girándose hacia Clara.

La joven se encontraba a treinta metros de distancia, caminando lentamente. El colgante en su mano derecha giraba dibujando círculos, pero, de pronto, su movimiento cambió. Comenzó a hacer violentos desplazamientos verticales. Era como si Clara lo estuviese moviendo, pero su mano se mantenía extendida e inmóvil.

«¿Qué es ese movimiento? Es como si el colgante hubiese cobrado vida y como una serpiente...» otro fenómeno inimaginable estaba ocurriendo frente a los ojos de Gotoh.

—Está cerca. Muy cerca. Por aquí debería de estar la cámara acorazada. La ocultaron con magia para que la gente común no pueda notarla —Justo cuando Clara terminó de hablar, la cruz egipcia, tirando de la cadena del colgante, se elevó describiendo una forma de U. Dio un salto hacia arriba, rompiendo la cadena, y se dirigió hacia Gotoh

«¿Me va a destrozar los ojos?!» Gotoh alzó el brazo izquierdo por reflejo para protegerse su rostro. La cruz golpeó el brazo, rompiendo la tela del uniforme y clavándose en la carne.

—¡Ugh...! —Gotoh tensó los músculos y se arrancó la cruz. La sangre empezó a emanar de la herida, haciendo que tuviese que morder el labio inferior para soportar el dolor y poder vendarse con un pañuelo.

—¿Qué ha pasado? —Más que la frustración de haber sido herido, su mente estaba llena de la curiosidad propia de alguien que se dedica a la información.

—Ha sido por entrar en contacto con una masa de energía mágica... Sigo teniendo las manos entumecidas por ello.

Clara tiró el colgante, reducido a una simple cadena al perder la cruz egipcia. Tras esto, se giró hacia Hess como si se hubiese acordado de algo.

—La cámara acorazada está aquí. Si quieres hacerte con ella cuanto antes, haz que esos zoquetes ayuden a desenterrarla.

Hess mostró una sonrisa irónica al escuchar esas palabras.

—No hace falta cavar un pozo. Con dos personas será suficiente. Confío en que una mujer alemana y saludable es capaz de hacerlo.

Uno de los subordinados de Hess le lanzó una pala a Clara, que rodó hasta detenerse frente a sus zapatos de tacón. Clara la miró con firmeza y luego dirigió su mirada hacia Hess.

—Al menos pareces más decente que Goebbels. Pienso que el trabajo de una mujer no es solo dar a luz —soltando esas palabras llenas de rencor, tomó la pala de sus pies—. Vamos, Gotoh.

Tras asentir, Gotoh se dirigió hacia donde señalaba Clara y ambos empezaron a cavar. Rompieron masas de hormigón, desenterraron objetos de madera que estaban medio carbonizados y clavaron las palas en una tierra que aún conservaba el olor a pólvora.

Toda esta labor continuó durante cinco minutos, cuando la pala que sostenía Gotoh finalmente golpeó algo metálico.

—Ilumina con la linterna —le ordenó Clara a Gotoh.

Inmediatamente, la luz iluminó el suelo, mostrando algo cuadrado que sobresalía del suelo, ennegrecido por el fuego.

—No hay duda. Es una caja fuerte —Gotoh empezó a profundizar más rápido.

—Ten cuidado... No sabemos qué tipo de magia han podido poner —susurró Clara, como si desde el fondo de su corazón estuviera realmente preocupada por Gotoh.

Luego dibujó una estrella de cinco puntas en el aire con el dedo índice y comenzó a recitar en voz baja un encantamiento de magia rúnica.

—Queda poco.

La caja fuerte comenzaba finalmente a revelar su forma completa.

Era mucho más pequeña de lo que había creído. Medía aproximadamente 50 cm de alto, 30 cm de ancho y 60 cm de profundidad. Gotoh probablemente podría levantarla al suelo él solo. Agachado, metió las manos a los lados de la caja. Cuando alcanzó la parte de abajo, empezó a levantarla haciendo fuerza con sus hombros.

Cuando la consiguió alzar unos 40 centímetros del suelo, el objeto tembló, retorciéndose como si tuviese vida propia, como si fuese un gran pez recién pescado. Aquello fue tan repentino que Gotoh gritó y soltó la caja, que cayó sobre los escombros convulsionando.

—¡La lanza sagrada! ¡Rápido, apunta hacia la caja! —le suplicó Clara a Hess, casi gritando.

Hess alzó la lanza de Longinos, alterado, y dirigió su punta hacia la caja fuerte.

—¡Ia! ¡Ia! ¡Hasturr! —concentró su poder y el encantamiento resonó.

Un rayo de luz rosa fluorescente salió de la punta de la lanza sagrada, impactando contra la caja que temblaba sin parar. Un destello verde viscoso brotó de ella y estalló, salpicando por todas partes.

Gotoh escuchó por primera vez el grito de un objeto inanimado. El alarido de la caja fuerte sonaba como el chirrido del vidrio al rayarse, provocando la misma dentera que el crujido de las ruedas de un tren.

—¡Bien! ¡Entrad!

Siguiendo la orden de Hess, seis hombres saltaron por la ventana uno tras otro, directos al interior del recinto ruinoso. Tres haces de luz se posaron sobre el objeto, que parecía haberse calmado. A simple vista, no parecía más que una caja fuerte normal, pequeña y chamuscada.

El aspecto común de la caja y el hecho de que ya no gritara debió tranquilizarles. Los siete extendieron las manos hacia ella al mismo tiempo. En ese instante, la tapa se abrió desde el interior, y algo similar a un mono verde saltó hacia afuera.

Apenas lo habían iluminado con las linternas cuando Gotoh le gritó a Clara.

—¡Cuidado! ¡Agáchate!

Casi al mismo tiempo en el que Gotoh y Clara se agachaban, los siete hombres soltaron un alarido de sorpresa.

Un sombrero negro voló por el aire. Uno de los subordinados de Hess tenía algo verde pegado al rostro. Ese «algo» extendía unos brazos y piernas que se asemejaban demasiado a los tentáculos de un pulpo.

—¡Quitádmelo! —gritó, mientras trataba de arrancar desesperadamente ese «algo» que se había pegado a su piel.

Pero cuando uno de sus compañeros intentó ayudarlo, de la espalda del ser surgieron unas espinas afiladas como agujas.

Fue entonces cuando realmente entendieron lo que habían presenciado: la horrible forma de la entidad que había escapado de la caja fuerte.

Su espalda se parecía a una lombriz de tierra, su cuerpo entero tenía la apariencia de una rana y poseía cuatro tentáculos como las de un pulpo. Pero lo que lo hacía aún más espantoso era su cabeza: la de un hombre de mediana edad, delgado y con una barba puntiaguda.

—Es el mismo que estaba en la mansión. El espíritu demoníaco que fue invocado por Mergersheim —susurró Clara.

—Esas facciones... son las mismas que tenía el que me atacó —respondió Gotoh.

—Los demonios imitan el rostro de su invocador. Ese es una caricatura del rostro de Mergersheim.

La carcajada triunfante del mago resonó desde algún lugar, al mismo tiempo que el demonio comenzaba la masacre. Primero arrancó la carne del rostro del hombre al que se había adherido. El cráneo teñido de carmesí emitió un último alarido antes de caer al suelo. Luego, el demonio se abalanzó sobre otro hombre que estaba en las inmediaciones. De entre sus tentáculos surgieron unas garras que lograron cortarle el cuello de lado a lado. Empapado en una nube de sangre, el demonio se lanzó sobre la tercera víctima.

—¡Apunta con la lanza sagrada al monstruo! —le gritó Gotoh a Hess

Rudolf Hess apenas había puesto un pie entre los escombros. Con una expresión de continua sorpresa, balanceaba la lanza sagrada de un lado a otro. La velocidad del demonio le hacía incapaz de apuntar con precisión.

—¿Qué estás haciendo?! —rugió Gotoh.

En ese momento, la mano de la tercera víctima, que aún se aferraba a la pistola, pasó rozando la punta de su nariz. La habían cortado limpiamente, como si un cuchillo afilado la hubiera seccionado de un solo tajo.

El demonio saltó de aquel hombre, que se retorció sujetando el muñón, y pasó a dirigirse hacia la cuarta víctima. Esta abrió fuego indiscriminadamente con su pistola Bergmann-Bayard, pero el demonio, yendo a una velocidad imposible de percibir, clavó sus tentáculos en ambos ojos.

Las balas disparadas por aquel hombre cegado retumbaron en torno a Gotoh y Clara. Una de ellas destrozó la cabeza de uno de sus compañeros, que se retorció de dolor en el suelo.

El grito del cuarto sacrificio cesó cuando los tentáculos del demonio alcanzaron su cerebro, haciendo que cayese de rodillas con la boca abierta. La criatura se separó de su rostro y Clara tuvo que apartar la mirada al ver las cuencas de los ojos de aquel hombre, ahora vacías y sanguinolentas.

«Maldita sea. no pienso morir aquí». Gotoh logró recuperar la frialdad característica de un agente de inteligencia. Extendió sus dedos, que ya comenzaban a entumecerse, y tomó la mano amputada del soldado nazi, tratando de recuperar la pistola Bergmann-Bayard que aún sujetaba.

Por su parte, el demonio se lanzó hacia Rudolf Hess. La lanza sagrada se alzó, apuntando al demonio que caía desde el aire.

—¡Ia! ¡Ia! ¡Hasturr! —La brillante luz rosa de la lanza desgarró la oscuridad.

Acertó con precisión el centro del cuerpo del demonio, que emitió un chillido estridente. Su carne putrefacta se desparramó por las oscuras esquinas del recinto derruido.

—Lo logré... he ganado —esbozando una sonrisa de satisfacción, Hess se volvió hacia sus subordinados—. Revisad la caja fuerte. Debe haber una máscara de platino dentro.

—Recibido.

Los dos militares supervivientes se apresuraron a acercarse a la caja fuerte chamuscada, sin siquiera tomarse un momento para poder secarse el sudor frío. Gotoh, con cautela,

escondió la pistola Bergmann-Beyard en el bolsillo interior de su traje mientras se ponía de pie. Clara también dejó escapar un suspiro de alivio y se levantó.

Los hombres de Hess abrieron la caja fuerte. Cuando Gotoh vio la máscara, frunció el ceño. No había nada en aquel objeto que pudiera despertar el más mínimo interés en una persona cuerda. Era lo bastante grande como para cubrir por completo la cabeza de un adulto; sin embargo, su forma no era humana.

El rostro, alargado, adoptaba la forma de un triángulo invertido. Las orejas y la mandíbula eran afiladas, y el cráneo carecía por completo de cabello. De la frente brotaban varios tentáculos, similares a los de una anémona, que se retorcían como si estuvieran vivos. Los ojos parecían antiguas rendijas pétreas, en nada semejantes a los de un asiático. La nariz era delgada y prominente, y los labios se curvaban en una mueca de desprecio.

El hombre que sostenía la máscara de platino se la ofreció al vicegobernador Rudolf Hess.

—¿Es esta la máscara de Yoth-Tlaggon? Parece una cabeza esculpida por el maestro Steiner, idéntica a la de Arimán... —dijo Hess con un tono de admiración, recibiendo la máscara en sus manos y confiándole la lanza sagrada a uno de sus subordinados.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Clara con voz temblorosa.

—La voy a conocer... la verdad de lo desconocido. La visión de Thule. ¡Toda la historia de nuestro pueblo germánico y el futuro del Tercer Reich! —Hess respondió con voz extasiada, acercando la máscara de Yoth-Tlaggon a su cabeza.

—¡Detente! Eso no es algo que un ser humano deba ponerse —Gotoh intentó intervenir dando un paso adelante, pero los dos hombres de Hess apuntaron la lanza y la pistola hacia él, forzando a Gotoh a retroceder, apretando los dientes por la frustración.

—Tranquilo, no os mataré... aún. Primero os contaré lo que habré vislumbrado. Merecéis escucharlo después de tanto esfuerzo.

Gotoh miró a Hess, aguardando la mínima oportunidad para desenfundar su pistola. Luego desvió la vista hacia la máscara. En ese instante, ya estaba a punto de ser colocada sobre la cabeza de Hess.

De pronto, Clara aspiró con violencia, presa del terror, y el aliento se le quebró en la garganta. Gotoh frunció el ceño.

—La máscara... —murmuró Clara.

Gotoh asintió levemente. Ambos observaron cómo, al cubrir la cabeza de Hess, los tentáculos de la máscara se movían y sus labios formaban una sonrisa burlona.

—Está sonriendo con desdén... —continuó Clara, con un hilo de voz.

I. El Imperio Ocultista

Hess terminó de colocarse la máscara y, a través de las aberturas, sus ojos dorados se clavaron en Gotoh.

—La lanza —ordenó Hess mientras su subordinado le entregaba la lanza de Longinos. Con la máscara puesta y la lanza en las manos, Rudolf Hess ya no era el vicepresidente del Partido Nazi.

«Parece el sacerdote de alguna secta medieval». Gotoh sintió un escalofrío al ver su grotesca figura. «¿Realmente estoy en Berlín en 1937? ¿O he regresado a la época de la caza de brujas?»

—¡Iä! ¡Iä! Hasturr...

Hess comenzó a recitar un hechizo. Pero otro fue recitado rápidamente desde las sombras:

—¡Iä! ¡Yoth-Tlaggon!

Tan pronto como la voz del hechicero se calló, un resplandor verde similar al pus, emergió de los agujeros de la máscara. El grito amortiguado de Hess resonó desde el otro lado de la máscara.

—¿Qué es esta visión?!

Hess dejó caer la Lanza de Longinos e intentó arrancarse la máscara, pero los efectos de la revelación lo mantenían atrapado, impidiéndole quitársela con facilidad.

—¿Esto es... la Crónica Akáshica? ¿Estamos en un futuro distante... o en un pasado remoto...? ¡Ahhh...!

Hess comenzó a describir lo que veía con creciente horror.

—¡Aquello! ¡Eso que se eleva más allá de los Alpes... es una construcción... colosal...! ¿Quiénes pudieron haberla erigido...?

La risa de Mergelsheim resonó desde la oscuridad.

—Mira más allá del tiempo y del espacio. Observa, vicegobernador. Y dile a Hitler lo que hayas visto.

Desesperado, Hess empezó a agitarse, empujando a sus subordinados mientras estos intentaban quitarle la máscara. Gritaba y forcejeaba, sumido en un estado de demencia.

—¡Oooh! Mis soldados caen uno a uno en una tormenta de nieve... Mussolini cuelga cabeza abajo... Berlín arde...

—Lo que debes ver no es el futuro... sino el pasado —la voz de Mergelsheim se filtró entre risas cargadas de malicia—. Contempla la era en la que Thule aún existía en los confines del norte... cuando la Atlántida era conocida como «Kusha» y Lemuria como «Shâlmali»... cuando la Tierra no estaba gobernada por humanos... ¡Obsérvalo! ¡Iä! ¡Yoth-Tlaggon!

Rudolf Hess gritó. Fue un alarido tan feroz que a Gotoh le recordó el rugido de una bestia. El sonido se prolongó y reverberó en el aire con una tensión insoportable, como si su pecho estuviera a punto de desgarrarse. Y, aun así, Hess continuó gritando, con la voz quebrada por el terror.

—¡Es gigantesco! ¡Tiene tentáculos! ¡Incontables ojos que parpadean! ¡Brilla como una babosa! ¿Cómo es posible que, a pesar de estar cubierto de escamas y arrugas, posea una mirada tan inteligente?! ¡Dios mío!

—¿Dios, dices? Estúpido. Lo que ves no es un dios, sino el verdadero rostro de aquello que adoraban los Antiguos Señores... Yoth-Tlaggon —escupió el mago con desprecio.

Gotoh advirtió que la voz provenía de muy cerca y apartó la mirada del cuerpo convulsionado de Hess. Los dos subordinados lo observaban paralizados, con una expresión de terror tan profundo que ya no les quedaban fuerzas ni para luchar.

«¡Ahora!» Gotoh metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta.

La luz verde que emanaba de los orificios de la máscara iluminó la pared frente a él. De ella comenzaron a deslizarse sombras humanas que, a medida que emergían, adquirían volumen y consistencia. En pocos instantes, una figura alta, la de un hombre de mediana edad, se irguió apoyada contra la pared. Vestía un antiguo frac negro; su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, y su rostro alargado lucía un bigote afilado.

Gotoh reconoció de inmediato aquella figura. Era el mismo rostro de la criatura que lo había atacado antes: el monstruo que había asesinado a los subordinados de Hess, el semblante que se había formado en la máscara de Yoth-Tlaggon.

—¿Mergelsheim? —murmuró Clara aterrada— Pero... ¿cómo es posible? ¡Debería tener 87 años! ¿Por qué se ve tan joven?

—La lógica humana no tiene cabida en mí.

El mago dejó escapar una risita mientras se acercaba a Hess. En ese instante, el grito del vicegobernador se interrumpió de forma abrupta. Su cuerpo chocó contra la pared y comenzó a deslizarse lentamente hasta el suelo.

—Cualquiera que se encuentre con Yoth-Tlaggon cae desmayado. Y, cuando despierta, se convierte en un santo... o en un loco.

A medida que el mago avanzaba, los subordinados de Hess comenzaron a arrastrarse para huir, gritando presas del pánico.

—Cuando nuestro querido vicegobernador despierte —añadió con voz baja y burlona—, ¿será un santo o un loco?

Extendió su mano de garras hacia la máscara de platino.

«¡No dejaré que la toque!», pensó Gotoh. Sacó la pistola Bergmann-Beyard de su chaqueta y apuntó sin vacilar al mago. Clara, al comprender sus intenciones, trazó un pentagrama en el aire y comenzó a recitar un hechizo:

—¡*Kenaz, Porn, Ræd!*

La pistola se disparó. La bala atravesó el corazón del mago al mismo tiempo que la estrella de cinco puntas le seccionaba el cuello con precisión quirúrgica.

Se hizo el silencio. Tres segundos después, la cabeza del mago —con su barbilla afilada— cayó lentamente y rebotó entre los escombros hasta quedar de frente a Gotoh y Clara.

—Lo hicimos... —murmuró Gotoh, bajando el cañón del arma.

Pero Clara negó con la cabeza. La cabeza cercenada sonrió, dibujando una mueca macabra.

—Impresionante. La última vez que alguien me cortó la cabeza fue el conde Cabrerías... Esto merece una recompensa —dijo, con una sonrisa burlona—. Llévenla a Himmler. La verdad es que ya no me sirve.

El cuerpo sin cabeza recogió su parte separada y comenzó a caminar hacia la pared. Con cada paso, su forma perdía consistencia, desvaneciéndose en una negrura densa y amorfa. Al llegar a la pared, la figura se disolvió por completo, transformándose en una sombra que se fundió con la oscuridad.

REFUGIO BIZARRO

—Ahora sí... Ha terminado de verdad —susurró Gotoh.

Clara, con el rostro pálido, asintió lentamente.

Ambos se acercaron con cautela al vicegobernador Hess, que seguía inconsciente, para retirarle la máscara.

* * *

En la oficina del ministro de Asuntos Exteriores de las SS, Himmler observaba con evidente satisfacción la máscara, dispuesta sobre una enorme mesa.

—¿Cómo está el vicegobernador? —preguntó Gotoh, alzando una ceja.

Himmler sonrió con desdén, las lentes de sus gafas centelleando bajo la luz.

—¿Santo o loco? Hess ya estaba loco antes de unirse al Partido Nacionalsocialista. No hay forma de que pueda quedar más demente de lo que ya está.

«Hess, Himmler, Goebbels, Hitler... Todos están locos», pensó Gotoh, mientras asentía levemente.

—Bien. Te debo una recompensa —dijo Himmler, cambiando de tema con naturalidad.

Clara dio un paso al frente, como si fuera a intervenir.

—¡Señor...!

Himmler alzó una mano, mostrándole la palma abierta.

—Está bien, teniente. Después de todo, el Tercer Reich ha firmado el Pacto Tripartito con Japón e Italia y ya existe una línea directa entre el Führer y Stalin. Tras conocer el acuerdo, ¿sabes qué dijo Stalin?

—No lo sé. No comprendo la mente de los comunistas —respondió Gotoh, encogiéndose de hombros.

Himmler sonrió con una mueca apenas perceptible.

—Que el fascismo es solo una cuestión de gustos.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Gotoh, provocándole una oleada de terror más profunda que la que cualquiera de las artes oscuras o de las masacres que había presenciado pudiera haberle ocasionado.

El 3 de mayo de 1937, Gotoh Shinmon abandonó el Tercer Reich y regresó a su país.

El 6 de noviembre de ese mismo año se firmó el Pacto Tripartito entre Japón, Alemania e Italia.

El 23 de agosto de 1939 se firmó el Pacto de No Agresión Germano-Soviético.

El 1 de septiembre de 1939, el ejército alemán inició la invasión de Polonia, dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial.

El 10 de mayo de 1941, el vicegobernador Rudolf Hess partió solo rumbo a Inglaterra a bordo de un Messerschmitt. Tal como era de esperar, fue arrestado por el ejército británico y permaneció encarcelado hasta su muerte, el 17 de agosto de 1987.

LA MÁSCARA DE YOTH-TLAGGON

En dos ocasiones, en 1938 y 1942, la Alemania nazi llevó a cabo expediciones a las regiones polares. La primera tuvo como destino la Antártida; la segunda, el Ártico. Se dice que ninguna de ellas obtuvo resultados dignos de mención.

¿Y Himmler?

El 29 de abril de 1945 fue expulsado del Partido Nacionalsocialista, junto con Göring, acusado de haber intentado negociar una paz por separado. En mayo de ese mismo año, tras ser arrestado por fuerzas británicas, se suicidó mordiendo una cápsula de cianuro que llevaba oculta en la boca.

Y así, desde el 1 de mayo de 1937, el paradero de la Máscara de Platino, así como el uso que se le dio, quedó sepultado para siempre en la oscuridad de la historia.





Por Ricardo Meyer

*El miedo no siempre nace en las sombras... a veces
emerge de la mirada de un niño...*

* * *

Como una quimera recuerdo aquel encuentro. Mi hermana conducía el pequeño cochecito en el que, aunque debería de haber un bebé, no había nada. Lo empujaba con cuidado, a través de esa playa pedregosa en la que a veces los amantes venían a tener encuentros fortuitos en la oscuridad y bajo la luz de luna.

—Apresúrate —me dijo— recuerda lo que nos dijo Madre, este lugar está prohibido.

En ese instante no sentía miedo, pero, al voltearme, pude verlo. En el suelo, con su pijama y con el cráneo algo achatado. Su piel no parecía real, era plástico. Debía ser un bebé de juguete. Por algún motivo, el horror me invadió y quedé paralizado. Mi hermana soltó el coche y se fue corriendo en dirección a las escaleras que llevaban al puerto. Del muñeco emergió la sombra y la sombra me abrazó. Me encomendé una última vez a Dios y, después de eso, solo quedó oscuridad. *Nihil*.

* * *

Desperté al día siguiente en mi cama y los médicos dijeron que me encontraron en la playa visiblemente alterado: lloraba sin ningún motivo aparente. Cuando les pregunté, me dijeron

que no había ni un solo rastro de aquel muñeco en forma de bebé que tanto me había perturbado.

Intenté seguir mi vida con total normalidad, pero aquel encuentro sombrío quedaría por siempre plasmado en mi memoria. A veces, en sueños, podía ver un pequeño closet. Sabiéndome soñando, invocaba los demonios del subconsciente para que me mostrarán mis peores miedos y, al abrir el closet, el bebé estaba ahí. Ya no como un muñeco, sino como un recién nacido, vestido, sus ojos casi cerrados. Algo de él me resultaba abominable, pero no alcanzaba a comprender por qué me daba tanto miedo.

—Deberías tomar unas vacaciones —dijo el terapeuta— tu madre me dijo que tienes vehículo propio, pero que no sales mucho de casa.

—Trato de enfocarme en los sueños... —le respondí.

—Eso es bueno —musitó el terapeuta— pero los sueños no son la realidad. Deberías pensarlo y quizá dar una vuelta nocturna.

—Me da miedo —le respondí— no quiero salir de noche.

—Tal como haces en sueños, debes enfrentar los miedos y te darás cuenta que no son reales.

—¿Y los fetos? —pregunté.

—Ya hemos hablado de eso, responde a una idea inconsciente que prefiero reservarme de momento, no vaya a ser que te sugestionen.

Me despedí del terapeuta y decidí dar un paseo esa noche. Curiosamente, esa noche descubriría el secreto de mi temor.

Recorrí la carretera lentamente, los sauces se alzaban a los lados y parecían gigantes negros. Puse en la radio un USB que con música de *The Caretaker* e *Instupendo*. Entonces, a mitad de camino, apareció. Con un vestido rasgado, repleto de sangre, y con sus brazos atados a su cuerpo con una soga. Su cuerpo estaba marcado por algún que otro moretón y herida. Me detuve en seco al ver que necesitaba ayuda.

Al acercarme a ella, pude notar que estaba amordazada y alterada, no cesando de llorar y gimotear. Intenté desatarla, pero era difícil. Es por ello que la llevé al asiento trasero del auto y le quité la mordaza. Estaba más tranquila, respiraba mejor, pero no decía palabra alguna.

Intenté llamar a emergencias, pero no encontraba señal. Vi entonces que en el lugar del que ella emergió había un camino recto. Decidí ir a averiguar lo que estaba pasando, incluso si eso suponía arriesgar mi vida.

Caminé con cuidado, pues podía sentir movimiento a lo lejos. Entonces, pude divisar la figura de un coche de policía, aparcado junto a una pequeña muralla de adobe. Me acerqué con rapidez, intenté ver dentro del coche con la ayuda de la luz de la luna, pero no pude ver nada de interés. Fue ahí cuando escuché su risilla. Me volteé con rapidez y pude verlo brevemente, asomándose por la muralla. Era un niño de cabellos rubios y piel pálida. Al cruzar miradas conmigo, se escondió y pude sentir sus pasos alejándose. Un búho ululó en ese momento, lo tomé como un presagio de las furias que ya vaticinaban mi destino.

Caminé en dirección a las arboledas, pude ver entonces una gran puerta de hierro entreabierta que llevaba al interior de esos muros. Una casona oscura se alzaba imponente. Al entrar, tan solo di la espalda para cerrar un poco el portón y entonces sentí como me jalaba la camiseta.

—Hola —dijo— ¿qué haces acá?

Su timbre vocal era chillón, no debía tener más de cinco años.

—He visto una muchacha herida... la policía está acá, ¿sabes lo que está pasando?

Negó con la cabeza.

—¿Y qué haces aquí? —le pregunté.

No podía ocultar el sudor y los nervios.

—Vivo acá, junto a mis hermanos —respondió, señalando la gran casona.

—¿Y tienes más familia? —le pregunté.

—Haces demasiadas preguntas —dijo, con una mueca que reflejaba cierta molestia— ¡y yo no debo hablar con extraños!

El muchacho se echó a correr y aunque algo me impulsaba a detenerlo, preferí no hacerlo.

Pude ver en el suelo una linterna, la recogí, prendía de forma parpadeante, con un par de golpes comenzó a funcionar bien.

Al alumbrar la casona, pude ver que contaba con un pequeño pórtico y un jardín de escasas rosas. En una especie de valla, pude ver un farol ruinoso, únicamente sujeto por un trozo de cinta adhesiva sobre el que descansaba el cuerpo muerto de una mariposa azul.

Caminé despacio, en dirección a la casona. Era antigua, pintada con un azul índigo contrastado con tonos blancos. La puerta, abierta, estaba decorada por una aldaba de fauno. Su interior era el de una casa tradicional, con sofás mohosos, una mesita de té de vidrio y algunos adornos navideños pese a no ser la temporada. Figuritas de duendes y santos católicos se disponían por todos lados. Comencé a subir por una escalera de madera con barandas y, al hacerlo solo encontré un pasillo recto, iluminado por una sola luz cálida. A ambos lados había dos puertas, y una tercera parecía dar a un ático. Esta última estaba abierta y de ella se desplegaba una pequeña escalera. Pude escuchar procedentes del interior, femeninas esta vez. Mientras dudaba sobre si subir o no, me lanzaron un libro desde arriba, retiraron la escalera y cerraron la trampilla. Me acerqué con pasos torpes al libro. Era un tomo desgastado, encuadernado en una tela marrón. El título no aparecía en la cubierta, aunque pude descubrirlo al abrir por la primera página:

«El trauma del nacimiento. Por Otto Rank»

Sentí un pequeño ruido y, al voltearme, pude ver detrás de mí a aquel chico, con su mirada fija en algún punto.

—No subas —dijo susurrando— ahí nadie puede entrar, solo las elegidas.

—¿Qué es todo esto, niño? —pregunté— hablo en serio.

—No me das miedo. Eres un adulto patético, cobarde.

—¿Qué insinúas?

No me di cuenta de que el muchacho llevaba un mazo escondido a sus espaldas, con el que me dio un fuerte golpe en el muslo. Me desplomé, gritando de dolor. El muchacho puso el martillo en mi cabeza, podía sentir la frialdad del hierro.

—Querías ser el héroe, ¿no? ¡Estás muy equivocado! —exclamó, dándome unas palmadas frenéticas en la cabeza y otro martillazo en los muslos.

—¿Q-qué quieres? —le pregunté.

—Levántate, escoria —dijo—. Te esperamos afuera. Vamos a terminar lo que tú no pudiste.

Intenté ponerme en pie, pero los golpes habían sido contundentes. Aun así, sabía que corría un enorme riesgo, no podía hacer otra cosa que ceder. Con mucho cuidado, me puse de pie y, aferrándome a las barandillas, bajé la escalera para ir al patio. Podía escuchar llantos y gritos de odio.

Al salir al exterior, pude ver a una serie de niños con máscaras de calabaza patear y humillar a la misma chica a la que encontré en la carretera. Un bebé de no más de tres años reía, mientras otros tantos disfrutaban del espectáculo.

—¿Qué hacen? ¡deténgase! —exclamé.

—¡Llegaste! —exclamó el primer chico que encontré, que emergió ahora de entre los arbustos portando una corona de plástico— ¿nos harás los honores?

Uno de los chicos con máscara se me acercó para, de forma muy brusca, entregarme una pala.

—¿Qué quieren que haga? —pregunté.

—Vas a cavarle una tumba —dijo el de la corona—. Y nosotros ahora vamos a iniciar a Damián.

El bebé rio, supuse que él era Damián.

—¿Qué esperas? —volvieron a golpearme en la pierna— ¡Cava!

No me quedaba otra. Comencé a cavar, acosado por un pánico extremo. La chica gemía y lloraba, ni tan siquiera le salían las palabras. Como mucho llegaba a articular la palabra «Dios», pero Dios no escuchaba. Entonces recordé una frase en inglés, «God Loves His Children».

— ¡Vamos Damián! ¡Golpéala con el martillo!

Yo miraba, el pequeño infante daba golpes tontos y débiles en el cuerpo de la chica.

—¡En la cabeza Damián! —exclamó uno— ¡En la cabeza!

De pronto Damián comenzó a llorar, uno de los chicos con máscara de calabaza le arrebató el mazo y le dijo:

—¡Se hace así, pequeño!

Y, de un salto, dio un golpe contundente en el cráneo de la chica, que comenzó a convulsionar sin proferir palabra alguna.

Damián comenzó a reír y, de un golpe, la remató.

No soporté el horror y solté la pala para echar a correr hacia el interior de la casona. El plan era bien simple: salía por la puerta por la que vine y luego me iba velozmente a mi auto. Sin embargo, una parte de mí quería saber que había en ese ático, ¡necesitaba saberlo! Corrí hacia el segundo piso, animado por la tranquilidad que me daba el hecho de que nadie me perseguía. Extendiendo mi mano, bajé la trampilla. Todavía había una claridad saliendo de ahí. Subí con cuidado y, al llegar, pude ver una escena de pesadilla.

Eran varios seres pequeños, de piel oscura, muy oscura, aunque semitransparente y brumosa. Sus ojos eran pequeñas pelotas blancas que parecían cambiar de tamaño al mirar. Sufrían. En el fondo había un altar sobre el que reposaba un esqueleto rodeado de velas. Pude notar por las caderas que era femenino.

Al ver a esas pequeñas criaturas, sin embargo, no sentía miedo. Sentía sueño, ganas de dormir. Una paz me invadía al verlos, una paz que no sentía con los otros chicos de afuera. Estaba a punto de quedarme dormido, pero al oír como la puerta de abajo se abría con estruendo, volví en mí y di un salto hacia abajo, cerrando el ático a mis espaldas. Me persigné y bajé corriendo. En la entrada estaba el niño con la corona.

—No puedes irte —dijo el niño.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Llamaremos a la policía y les diremos que fuiste tú —dijo uno de ellos.

—¡Yo no he hecho nada!

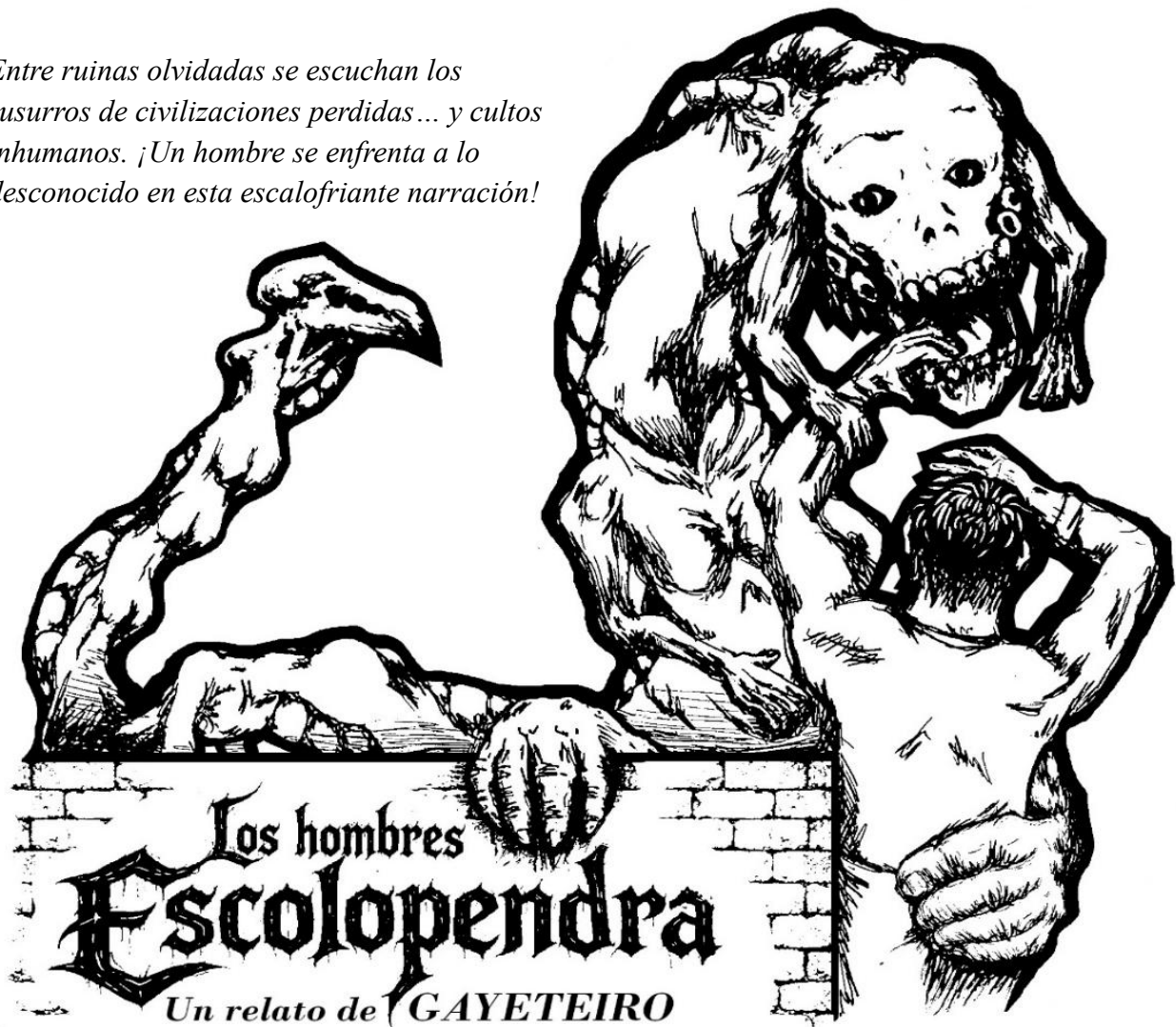
—¡Entonces hagamos un trato! —dijo el pequeño rey— cuando termines de cavar la tumba te podrás marchar. Pero, si vuelves a ver una casa con el emblema de la mariposa azul... ni se te ocurra pisar por ella.

No me quedó otra que acceder y, por fortuna, los muchachos fueron fieles a su palabra. Cavé la tumba para la pobre chica, a la que habían dejado irreconocible.

Ya iba conduciendo el auto cuando comenzó a sonar «All The Pretty Little Horses». Los ojos me pesaban, sentía como si hubiera estado durmiendo. Al llegar a casa, las luces estaban apagadas. Deduje que mis padres ya se habían acostado.

Me dirigí a mi habitación y me tumbé para descansar. El sueño llegó, o eso creo. Desperté al día siguiente y seguí mi vida con normalidad. Nunca más supe de aquella casona ni de la mariposa azul y, espero nunca saberlo. Desde entonces le tengo mucho miedo a los niños, sé que son malos, incluso si ellos lo desconocen. No puedo evitar ver en cada niño una inocencia que es señal de peligro, pues en esa inocencia y curiosidad puede germinar lo siniestro. Sabía que, por curiosidad o deseo, los niños eran capaces de cosas horribles, incluso quizá sin ser conscientes de si está mal o no. Pienso en las criaturas oscuras y el cadáver de la mujer... ¿Quiénes eran? No lo sé realmente y, la verdad, prefiero no saberlo nunca

*Entre ruinas olvidadas se escuchan los
susurros de civilizaciones perdidas... y cultos
inhumanos. ¡Un hombre se enfrenta a lo
desconocido en esta escalofriante narración!*



* * *

—Y, con estos últimos datos, doy por finalizada mi presentación. Gracias por vuestro tiempo y por brindarme esta oportunidad.

Permanecí en silencio, subido sobre aquel atril de madera y de pie frente a la densa muchedumbre que abarrotaba aquella inmensa sala. El silencio al que dio paso, incómodo y sepulcral, comenzó a ser reemplazado paulatinamente por una ronda de aplausos que comenzó a crecer poco a poco. No era exactamente la respuesta que estaba esperando, pero estaba satisfecho de que hubiera sucedido.

Jamás habría imaginado experimentar una dicha semejante en los tres años que llevaba dedicándome a la arqueología. Apenas unos meses antes habíamos regresado de una expedición en Centroamérica, donde sacamos a la luz una parte de su historia que no pocas personas habían intentado mantener oculta para edulcorar unas crónicas antropológicas que, de por sí, ya resultaban aterradoras.

Todo había comenzado poco más de un año atrás, con un hallazgo cuando menos perturbador. Fue realizado por un turista inexperto que, por azar, se internó en un cenote de la península de Yucatán, a unas horas al este de Cancún. El lugar se encontraba

extraordinariamente aislado y protegido del resto del mundo, lo que explicaba por qué, pese a su apariencia paradisíaca, había pasado inadvertido para los ojos de la modernidad. De hecho, fue el descuido de aquel viajero lo que nos condujo a descubrir un escenario digno de las peores pesadillas: en el fondo de aquel cuerpo de agua, parcialmente oculto bajo tierra, se extendía una auténtica necrópolis. Semanas después de que la noticia llegara a mis oídos, me integré sin demora a un equipo de expedición. Poco tiempo más tarde iniciamos las labores de extracción de lo que allí yacía oculto, sacando a la luz la espeluznante cifra de más de quinientos cadáveres, entre los que se contaban mujeres, niños, adolescentes y ancianos.

Observamos los esqueletos, ya carcomidos y cubiertos por densas capas de mineral. Los restos orgánicos, preservados bajo el salitre, permitieron datarlos con una edad aproximada de unos cinco siglos, cuando aquel territorio estaba bajo el dominio del imperio maya. Era bien sabido que las civilizaciones prehispánicas habían pasado a la posteridad por su inclinación hacia la práctica de sacrificios humanos, y este descubrimiento contribuía a esta fama con un escabroso detalle: entre ellos figuraban no solo piezas de orfebrería de culturas ajenas a la suya, sino también elementos propios del arte de los propios mayas, destacando allí collares, brazaletes, rodilleras y un largo etcétera.

La hipótesis que formulamos a partir de aquello era inquietante: aquellas personas no parecían hacer ningún distintivo entre los prisioneros de guerra y su propia gente. Además de esto, las marcas de cortes en los metacarpos y metatarsos, muy similares a las heridas infligidas por objetos filosos, daban a entender que aquellos cuerpos habían sido brutalmente desollados antes de ser arrojados al cenote como ofrenda a alguna deidad del inframundo.

Realmente me habría gustado ver de qué manera la presidenta Scheinbaum intentaría culpar a los videojuegos de algo como esto. Si incluso tras un hallazgo así aún persistía la idea de que los españoles habían sido los únicos y absolutos genocidas de la historia, no sabría muy bien qué pensar al respecto.

Aquellos pensamientos se vieron interrumpidos por esa ronda de aplausos, que no parecía tener fin. Sin lugar a duda, mi mujer, que en paz descansa, se sentiría orgullosa de lo que habíamos logrado. Encontrarme con una persona como ella era como buscar una rosa en un campo de cactus; siempre fue una persona dulce, aunque con una visión del mundo un tanto retorcida. Lo que más me gustaría destacar de ella era su actitud alentadora, algo que me ayudó a desarrollarme profesionalmente y que nos permitió apoyarnos mutuamente cuando nos necesitábamos. Fue un golpe bastante duro que el cáncer de pulmón la arrancase de mi vida, y eso que tratamos por todos los medios de salvarla.

Una pequeña lágrima resbaló por mi mejilla izquierda, mientras aquel amargo recuerdo pasaba por mi cabeza una vez más. Alcé la vista hacia el tragaluz que coronaba la puerta, tratando de buscar en medio de aquel halo sus ojos. Jamás me consideré una persona creyente, pero quizás pudiera hallar en aquella luz, casi celestial, un halo de esperanza. Pero, como era de esperar, no atisbé absolutamente nada.

La ronda de preguntas se inauguró apenas unos segundos después. Si bien era cierto que la mayoría distaban mucho de ser banales, no faltaban los estudiantes de arqueología que,

más que otra cosa, buscaban algún consejo por parte de un novato como yo, así como quienes se interesaban por conocer cuál había sido el detonante de mi vocación por la disciplina. Aquella parte de la presentación no se extendió más de media hora; al fin y al cabo, los alumnos debían regresar a sus clases, y desde luego no iba a ser yo quien se lo impidiera.

Salí unos minutos después de que el resto del público y los conferenciantes abandonasen la sala, lo cual me permitió recoger con toda la calma del mundo el material que había llevado. Ya comenzaba a subir las escaleras, dispuesto a abandonar la sala de conferencias, cuando pude percibir una silueta apoyada contra el marco de la puerta.

—Aún no has olvidado cómo manejar una conferencia sin que tu audiencia se duerma ¿eh, Peter? —preguntó.

—Vete a tomar por culo, Sally —dije, saludándola con un abrazo.

Sally López fue una de las personas que me acompañó durante la última expedición que llevamos a cabo en Centroamérica. Lo cierto es que pocas personas se me antojaban mejores que ella, pues no solo era una mujer con amplios conocimientos sobre las civilizaciones antiguas, sino que tampoco había alguien más confiable en mi breve lista de personas con quienes no temería quedar varado en una isla desierta. Desde nuestra graduación, su desarrollo intelectual había alcanzado un nivel notable y, aunque ya de por sí era hermosa, debía admitir que su rutina de ejercicio había hecho verdaderos milagros en su figura, otorgándole un garbo envidiable al caminar.

—Entonces, ¿qué tal la presentación?

—Bueno, lo mismo de siempre —respondí—. La gente del fondo seguía luchando por no quedarse dormida, no tenían interés, imagino que habían venido porque asistir a esta presentación les daría créditos o algo así. Los de los asientos más cercanos sí parecían más espabilados, así que ya sabes, lo normal. ¿Cómo es que tú no viniste? Me extrañó no verte.

—Tú intenta aparcar ahí fuera después de salir del tajo y ya después me dices. Además, gracias a las putas zonas de bajas emisiones tienes que pegar un rodeo que te cagas...

—¡A mí me lo vas a decir! —refunfuñe— ¡Con mi coche también he tenido que meterme unos recorridos infernales!

—Oye, hay algo que tengo que comentarte —dijo Sally— esta noche hay una reunión, cortesía del señor McFrazer.

—¿El secretario del departamento de historia?

—Así es. Ha reservado el museo de historia esta noche para llevar a cabo una reunión entre los investigadores más destacados del mundo. Y, ¡adivina qué! He conseguido mover algún que otro pequeño hilo y...

Sally metió la mano en el bolsillo trasero de su ceñido pantalón vaquero. Durante unos segundos dio la impresión de que se estaba rascando con una absoluta falta de decoro, lo que me obligó a apartar la mirada y a fingir, por puro pudor, que no conocía de nada a aquella mujer tan estrafalaria. Intenté sostener la farsa unos instantes, aunque sin demasiado éxito.

Entonces retiró la mano y sacó dos sobres. En uno de ellos podía leerse claramente mi nombre: Samuel Squire.

—¿Me has conseguido una invitación a una reunión del señor McFrazer? —pregunté, con un marcado tono de incredulidad— madre mía, tu y tus chanchullos...

—¡Eh, de chanchullos nada! —me respondió, inflando sus mejillas para fingir molestia— esto es legal.

—Si, ya... —respondí, entrecerrando los ojos— por si acaso mejor ahórrate los detalles.

—¿Entonces vas a venir o no? —insistió, percatándose de que aún no había respondido a su invitación— ha pasado la ostia de tiempo desde la última vez que quedamos. Apenas te he vuelto a ver el pelo desde que terminamos la carrera.

Permanecí pensativo durante unos segundos mientras avanzábamos por el pasillo de aquella institución educativa. La verdad era que había dado en el clavo con una precisión casi envidiable, pues eran contadas las ocasiones en las que solía reunirme con mi antiguo grupo de amigos de la facultad, la mayoría de los cuales hacía años que no veía.

Sin embargo, cada vez que salía, lejos de pasar desapercibido, bastaban unas cuantas copas de generosa cerveza de frutos rojos para convertirme en el alma de la fiesta. No es que fuera precisamente un buen bailarín, considerando que cualquier ave macho me superaría con creces en sus torpes maniobras de cortejo. Aun así, destacaba en otros terrenos, como el karaoke, donde dejé a no pocas personas al borde de la sordera con mis técnicas guturales. Ese detalle, de hecho, había sido otro de los alicientes que me empujaron a decantarme por el estudio de las civilizaciones antiguas, ya que no eran pocas las canciones de metal extremo que abordaban esa temática. Y fue precisamente en ambientes como esos donde conocí a la que, años más tarde, se convertiría en mi esposa.

Una vez más, su recuerdo agridulce sacudió mi mente. Desde que me casé había reducido considerablemente el ritmo de mi vida social; tampoco es que me atrajeran los encuentros de una sola noche, algo que dejó de tener sentido para mí conforme fui observando el perfil de quienes los buscaban. La mayoría parecía compartir un mismo vacío emocional que, por más que intentaran colmarlo con contacto físico esporádico, jamás lograban satisfacer. En ese empeño arrastraban a otras personas a lo que no podía describirse sino como un circo de los horrores, individuos que, la mayor parte del tiempo, ni siquiera parecían comprender en qué se estaban involucrando.

Agradecí entonces que aquella mujer hubiera aparecido en mi vida, pues, antes de su partida a la otra orilla, me ayudó a descubrir facetas de mí mismo que desconocía. ¿Realmente le agradaría saber que me había recluso en casa tras su muerte? Quizá Sally tenía razón y no me vendría mal despejar la cabeza, aunque fuera un poco. Después de todo, el museo de ciencias seguía siendo un entorno que me resultaba familiar, así que... ¿por qué no?

—¿Sabes una cosa? —le dije a Sally al salir del edificio — creo que me vendrá bien salir un poco. Total, ya has conseguido la invitación.

—¿En serio te ha tomado tanto tiempo decidirte? —me dijo, algo molesta—. En serio, me pones de los nervios cuando te pierdes en tu mundo, ¿sabes?

Sally alargó la mano izquierda y pellizcó mi mejilla derecha, intentando exteriorizar su enojo. Sin embargo, fue la luz del sol, filtrándose entre los cristales de la puerta, la que terminó por devolverme a la realidad. En verdad, había ocasiones en las que una decisión que, a simple vista, parecía tan básica podía llevarme varios minutos, mientras sopesaba una y otra vez sus pros y sus contras. Pero, al final, no tenía dudas: aquel evento me traería más beneficios que perjuicios. Tomé la invitación de las manos de Sally y me encaminé hacia mi domicilio. Si iba a asistir a una fiesta de semejante calibre, debía estar a la altura.

La acompañé hasta su apartamento, situado a unas pocas manzanas de la facultad. Antes de despedirnos, acordamos dónde quedar para acudir a aquella reunión —o fiesta, o lo que quiera que fuese— y, una vez perfilados los detalles, me dirigí ya en solitario hacia mi coche para poner rumbo hacia mi casa y prepararme adecuadamente. Como no, tuve que dar un absurdo rodeo para poder llegar a mi domicilio sin tener que transitar por las zonas de bajas emisiones; en serio, mira que nuestro presidente toma decisiones que parecen un chiste, pero esta se lleva definitivamente la palma.

Dirigí la mirada a mi modesta casa, situada en un barrio de los suburbios. Aún me cuesta creer que, aunque fuese tan solo por un breve lapso de tiempo, mi mujer y yo hubiésemos logrado gozar de una vida que para muchos resultaría algo inalcanzable, un sueño. Pero, por desgracia, de los sueños siempre hay que despertar.

Suspiré profundamente ante aquel pensamiento, mientras sacaba las llaves de mi bolsillo para poder abrir la puerta principal. Esa casa se sentía vacía si no estaba ella. Sacudí la cabeza a un ritmo casi frenético, tratando de ahogar el sentimiento de melancolía que su memoria me producía, taladrando mi cerebro como una larva de escarabajo que roe desde el interior de su corteza la madera de un árbol.

Definitivamente, a ella no le habría gustado que me comportara así; siempre la recordé con una sonrisa genuina, incluso en los momentos más adversos, por lo que mi amargura no parecía la manera más adecuada de honrar su memoria. Subí las escaleras hacia mi habitación, donde contaba con un amplio armario en el que guardaba mi ropa. Nunca me consideré una persona particularmente vistosa; de hecho, si no fuera por los calzoncillos rojos que solía ponerme cada Nochevieja, mis gustos podrían calificarse como bastante modestos.

Sin embargo, en medio de aquel repertorio de telares, logré dar con un conjunto que podía venirme bien para la ocasión; unos zapatos color kaki, combinados con un pantalón vaquero de azul claro y una camisa beige. Me miré al espejo mientras me acomodaba mi corto cabello, que parecía un estropajo despeinado. Ya de estar, me apliqué unas gotas de colonia en el cuello; aquello no era exactamente una cita, pero había pasado un tiempo desde la última vez que salí, y por alguna razón que escapaba a mi entendimiento, quería causar una buena impresión.

—No está mal, supongo —dije, disponiéndome a salir de mi casa, pero no sin antes tomar las llaves mi coche.

* * *

El mismo rodeo que tuve que dar esa mañana para llegar a la conferencia me llevó ahora hacia el apartamento de mi amiga Sally. Vino a mi encuentro tan pronto como vio mi Volkswagen blanco en la puerta. Su pelo moreno, ligeramente ondulado, hacía juego de algún modo con el vestido rojo que, lejos de resultar excesivamente estrafalario, parecía equilibrar adecuadamente elegancia con sencillez. No era su tipo de indumentaria habitual o, por lo menos, no casaba con las sencillas camisetas, shorts y botas de chiruca que solía llevar a las expediciones arqueológicas.

En medio de aquellas telas, pude distinguir algo que ni de coña pegaba con esa mujer: unos zapatos de tacón blanco que, aunque no le quedaban precisamente como una patada, si le daban un aire un tanto peculiar. No pude evitar reírme muy por lo bajini: no diría que es una enana, pero poco le falta para ello. No pude evitar pensar que, si había elegido esos tacones, era precisamente para compensar eso. Sin mediar palabra, Sally abrió la puerta del asiento del copiloto, entró dándome dos besos a modo de saludo y procedí a arrancar.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó, incapaz de disimular su buen humor.

—Nah, qué va... ¡solo ha estado a punto de llegar la grúa para llevarse mi coche! —respondí con sorna.

Sally me dio un pequeño puñetazo en el costado derecho, lo bastante fuerte como para resultar molesto, pero sin interferir con mi conducción. Avanzamos por la vía con tranquilidad, en busca del lugar más cercano donde poder aparcar cerca del centro.

Tras un tortuoso recorrido por aquellas calles casi interminables, finalmente encontramos un pequeño hueco en una callejuela, a unos quince minutos aproximadamente del museo. No pude evitar fijarme en los tacones de mi copiloto; se le notaba la incomodidad. No era para menos: después de todo, era el calzado al que menos estaba acostumbrada, y pasar de sus cómodas botas de expedición a esa auténtica mina de juanetes era un cambio bastante drástico.

—¿Lista para la caminata? —bromeé.

—...ta que te parió —masculló en lo que bajaba de mi coche.

Unos segundos más tarde, comprendí por qué me había dirigido aquel comentario con tan molesto tono. Pude apreciar como aquella risueña y animada mujer batallaba con cada paso que daba, suponiendo para ella un hercúleo esfuerzo caminar sobre aquellos tacones. Por breves instantes, me recordó a un pequeño cervatillo recién nacido, luchando por mantenerse en pie bajo la atenta mirada de su madre. No tardó en utilizarme como apoyo para evitar caerse al suelo, aunque, debido a su estatura, tan solo pudo sujetar la cara interna de mi codo con su manita. Era más pequeña de lo que recordaba, la imagen mental del cervatillo dio paso a otra ante la cual no pude aguantarme la risa.

—¿De qué te estás riendo? —me preguntó, intrigada.

—Pareces un monito agarrándose a una rama —solté sin pensar.

Sally me dirigió una afilada mirada. No sabía si en sus oídos aquello había sonado sexista, pero estaba totalmente convencido de que mi descuidado comentario había logrado incomodarla.

—Yo te mato, hijo de la gran...

—¿Quieres que te lleve en brazos? —pregunté.

—¿Cómo has dicho? Ahora sí que te...

Intentó ponerse de puntillas para darme un tortazo, pero la falta de equilibrio hizo que su cuerpo comenzara a tambalearse al instante. Por suerte, reaccioné rápido y la sujeté justo cuando estaba a punto de perder el apoyo. En cuestión de segundos, sostuve a Sally con la mano derecha bajo sus rodillas y la izquierda en su espalda. Sorprendida, se aferró con más fuerza a mi cuello.

—Retiro lo del monito —dije, convencido de que ya no me haría nada, temerosa de perder el equilibrio— ahora pareces un perezoso.

Miré a mi alrededor para cerciorarme de que no hubiera nadie cerca. Aunque las calles estaban desiertas, Sally se encogió contra mí, escondiendo el rostro en mi pecho. Sin perder más tiempo, me encaminé hacia el museo, donde la fiesta estaba a punto de comenzar. Poco antes de llegar, la dejé en el suelo. De inmediato comprobó si había dejado alguna marca de maquillaje en mi camisa. Por suerte, no había rastro alguno de carmín ni de sombra de ojos.

—No me puedo creer que te hayas puesto maquillaje.

—Si le cuentas a alguien algo de esto, te mato —se limitó a responder.

Nos dirigimos hacia la puerta del museo, donde aguardaba un guardia de seguridad. La luz que se filtraba desde el interior era una clara señal de que ya había gente dentro, así que subimos las escalinatas en su dirección. Sin mediar palabra, el hombre extendió la mano izquierda, indicándonos que debíamos mostrar las invitaciones. Saqué la mía del bolsillo trasero derecho del pantalón, mientras que Sally rebuscaba en su bolso. Unos segundos después la encontró y se la entregó al vigilante, quien nos permitió el acceso al edificio.

En cuanto la puerta se abrió ante nosotros, nos recibió una densa muchedumbre ya congregada en el interior. Todos vestían con una elegancia que hacía que mi atuendo pareciera algo comprado a última hora en cualquier mercadillo. Sally y yo nos miramos, recordando lo distinto que resultaba aquel entorno abarrotado frente a los espacios abiertos y silenciosos donde solíamos trabajar.

Tragamos saliva al mismo tiempo, mientras un punzante atisbo de claustrofobia repiqueteaba en nuestras cabezas. Decidimos ignorarlo y cruzamos el umbral de la puerta.

Pude reconocer no pocos rostros entre aquella maraña de snobs congregados en el lugar: historiadores, biólogos, geólogos, arqueólogos, paleontólogos, físicos, astrólogos... aquello era un auténtico batiburrillo científico, tan caótico que por un momento me recordó a un aquelarre. Por encima de las cabezas destacaban las propias piezas de exposición del museo. En el centro del concurrido recibidor se alzaba la reconstrucción de un esqueleto de dinosaurio prosaurópodo que identifiqué como un *Plateosaurus*; aunque imponente, no alcanzaba las dimensiones colosales de otros ejemplares que había visto. A su derecha, la

recreación de un enorme oso cavernario erguido sobre las patas traseras mostraba unos colmillos amenazantes de resina polimérica y unos ojos completamente inexpresivos.

También pude reconocer al señor McFinnigan, el director del museo, cuya presencia resultaba más que lógica tras los numerosos hilos que, sin duda, habría movido para reservar aquel espacio para la reunión. Sally y yo nos adentramos poco a poco, abriéndonos paso como mejor podíamos entre la multitud, hasta que logramos llegar a una mesa repleta de viandas. Sobre un elegante mantel blanco reposaban canapés y diversos platillos destinados a los asistentes: mini pizzas, aceitunas rellenas de anchoa, anchoas con pepinillos, piparras encurtidas, tostadas con sobrasada y morcilla... Por un instante, la nostalgia me golpeó al recordar las tapas de los bares que solía frecuentar en mi país natal, aquel que me vi obligado a abandonar cuando un energúmeno se hizo con el poder amañando elecciones.

Miré de reojo a Sally, que prácticamente babeaba al contemplar aquellos bocados tan refinados como apetecibles. Me detuve unos segundos antes de alargar la mano para tomar una copa de champán, reflexionando sobre nuestra situación: ambos habíamos tenido que huir de nuestros respectivos países cuando el germen del comunismo comenzó a corroerlos, degradándolos de forma progresiva e implacable. Sally tomó una copa apenas unos instantes después que yo y, como si nos hubiéramos leído la mente, brindamos con un leve choque de cristal que produjo un tintineo delicado. Dimos un pequeño sorbo a aquel líquido amarillo y burbujeante justo cuando una voz surgió a nuestra espalda, irrumpiendo de forma abrupta y quebrando la atmósfera acogedora que empezaba a formarse.

—Espero que los platos sean de su agrado, estimados visitantes —proclamó una voz masculina.

Sally y yo tragamos el champán al unísono y nos volvimos para identificar a quien se dirigía a nosotros. Ante nosotros apareció un rostro bastante familiar, que nos sonrió con amabilidad. Tenía el cabello castaño, del mismo tono que sus ojos, y parecía recién cortado y cuidadosamente peinado para la ocasión. Sus facciones, ya marcadas pero aún firmes, indicaban que debía rondar los cuarenta años, y unas ojeras apenas perceptibles bajo los ojos delataban que sus hábitos de descanso no eran precisamente ejemplares.

A pesar de la barba de tres días, no perdía la elegancia que parecía caracterizarlo. El sobresalto inicial nos dejó algo descolocados, hasta que Sally, como de costumbre, fue la primera en romper el hielo y lo saludó.

—¡Señor McFrazer! —dijo, saludándolo con dos besos— ¡Qué alegría verlo por fin! ¿Cómo la ha estado pasando?

—Bueno, no tan bien como te veo a ti —dijo— ¿habéis tenido complicaciones viniendo?

—Buah, las típicas memeces de las zonas de bajas emisiones.

—Qué me vais a contar...

Como quien no quiere la cosa, comenzaron a hablar de temas propios de conversaciones diarias. Sin saber muy bien cómo reaccionar o como iniciar conversación de forma orgánica, no tuve más remedio que guardar silencio y dejarles hablar animadamente, mientras yo activaba lo que me gustaba llamar «el modo planta». Me entretuve entonces tomando una de

esas tostadas embadurnada con morcilla, dejando que su intenso sabor inundase mi paladar. Fue en ese instante en el que yo pasé a ser partícipe de la conversación.

—Oh, ¿dónde están mis modales? —dijo Sally— señor McFrazer, este es Peter Clapton.

—Así que usted es el profesor Clapton —dijo el señor McFrazer— por un segundo pensé que acabaría viniendo aquí una estrella de rock.

Ambos nos dimos la mano en lo que, poco a poco, empezaba a adentrarme en la conversación. Conforme el tiempo transcurría, los temas mundanos comenzaron a dejar espacio a temas que resultaban más de mi interés. Hasta que, por fin, volvieron a dirigir la conversación hacia mi persona.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó— lo cierto es que le di la invitación a tu amiga por una razón; organicé esa fiesta por varios motivos, y uno de esos eres tú.

Ladeé la cabeza hacia la izquierda y arqueé la ceja, mirando al secretario del departamento de historia sin saber muy bien cómo responder.

—¿Sabes? Llevo bastante tiempo tratando de localizarte, pero parecías tan escurridizo...

—Bueno, me gustaría decir que solo me ha encontrado porque quise —dije— pero la verdad es que Sally es muy convincente.

—¿Pero no tienes curiosidad por saber la razón de tu invitación a la fiesta?

—Pues imaginé que me invitó por algún reconocimiento en mi proyecto de investigación, tal vez para proponerme colaborar en algún trabajo de investigación.

—Pues justo por ahí van los tiros —dijo— imagino que eres consciente de la crítica situación que enfrenta Oriente Medio en estos momentos.

En aquellos instantes, las protestas civiles y los constantes ataques externos habían puesto a los talibanes contra la espada y la pared. Habían intentado sofocar las revueltas sin demasiado éxito, pues por cada civil que ejecutaban, las revueltas se volvían cada vez más violentas. Una de esas células terroristas logró salir de la ciudad, tratando de buscar refugio en alguna cueva en el desierto. Lamentablemente, hallaron un antiguo templo de la época mesopotámica. Nada más entrar en lugar, masacraron a todos los arqueólogos y vigilantes que allí se encontraban y destruyeron casi todas las estatuas. Por suerte, las fuerzas armadas no tardaron en entrar en el santuario y en capturar a los terroristas para juzgarlos.

—Pues bien, esos soldados descubrieron algo que nos había pasado inadvertido durante mucho tiempo —expuso McFrazer—: un pasadizo que ha estado oculto durante milenios. No sabemos lo que contiene, es por eso que nos vendrían bien unas manos como las vuestras. Al fin y al cabo, estoy hablando con la mente maestra que descubrió el pozo de los sacrificios, ¿no es así?

Un extraño sentimiento se apoderó de mi corazón. No estaba del todo acostumbrado a recibir elogios de esa categoría, pero si aquel hombre había visto en mí algo que pudiese resultar útil para la preservación de la historia de la humanidad, no era yo quién para negarme a aceptar semejante oferta.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —pregunté.

—Puede que necesitemos pasar un mes en ese lugar —respondió— naturalmente, los gastos corren de mi cuenta.

—¿Y cuándo empezaríamos?

—En unas tres semanas tenemos que estar en el aeropuerto.

Me llevé la mano derecha a la barbilla y empecé a mesarla suavemente, tratando de sopesar los pros y los contras. Realmente no tenía mucho que hacer en los próximos meses, aparte de impartir un puñado de clases y seminarios en la universidad. Sin embargo, dentro de nada, nos darían las vacaciones de verano, lo que me permitiría descansar un poco de los exámenes y trabajos de fin de grado que me tocaría corregir. En serio, ¿en qué momento se me vino a la cabeza que soportar semejante dolor de huevos era una buena idea? Por no mencionar la cantidad de alumnos rompe huevos que trataban de reescribir la historia a su gusto sin tener un mínimo de rigor. De verdad, a veces parece que el sistema de acceso a estudios superiores permite colarse en ellos a no pocos analfabetos... ¡me enferma pensar que se supone que esa panda de críos cuasi iletrados son el futuro del país! Definitivamente, ese viaje me iba a venir más que bien para desconectar, es por ello que mi decisión era más que evidente.

—Pues venga, me apunto —dije, satisfecho de haber tomado lo que yo creía una decisión rápida.

Un silencio sepulcral se apoderó de la atmósfera, de la que el señor McFrazer y Sally fueron partícipes; ambos permanecieron en silencio, observándome como si fuese un fantasma o alguna especie de animal desconocido. Acto seguido, se miraron el uno al otro.

—¿Siempre tarda tanto en tomar una decisión? —preguntó McFrazer.

—Con el tiempo te acostumbras —le respondió Sally.

Decidimos seguir celebrando nuestra próxima empresa y disfrutar del resto del evento. Poco después tuvo lugar un pequeño simposio en el que numerosas mentes brillantes compartieron sus últimos descubrimientos en distintas disciplinas del conocimiento. Cuatro horas se nos fueron en aquel museo casi sin darnos cuenta, hasta que llegó el momento de que cada mochuelo regresara a su olivo.

Agradecí profundamente haber encontrado aparcamiento fuera de la línea azul; no quería ni imaginar a cuánto habría ascendido la broma si hubiese tenido que recurrir a un parquímetro. Llevé a Sally hasta su piso y la dejé en la puerta antes de dirigirme a mi propio domicilio. Al llegar, bajé del coche y entré en casa completamente agotado por el trayecto y la intensidad de la velada. Me quité el traje, me puse el pijama y me dejé caer en la cama, listo para dormir. Aquellas tres semanas se me iban a hacer eternas.

Tal y como había previsto, el poco menos de un mes que separaba aquella estrafalaria reunión en el museo de nuestro viaje se me hizo mucho más pesado de lo esperado. Los exámenes finales pusieron en jaque a no pocos estudiantes, muchos de los cuales se vieron obligados a recurrir a la segunda convocatoria para salvar las asignaturas pendientes. Por si fuera poco, los numerosos alumnos que me habían elegido como tutor para su proyecto final no me dieron tregua y me enviaron una auténtica avalancha de trabajos que debía revisar para

darles el visto bueno antes de su presentación. Y la temperatura no ayudaba en absoluto. El solsticio de verano había pasado hacía apenas unos días, y el sol caía con una fuerza implacable sobre mi ya acalorado cuerpo. Cada vez que salía de la facultad cargado de papeles, lo primero que hacía al llegar a casa era darme una ducha bien fría para librarme del sudor y del cansancio acumulado.

Tras revisar las disertaciones y asesorar a cada uno de mis alumnos, por fin logré sacar algo de tiempo para preparar una maleta decente. Pocas horas después recibí un mensaje de Sally avisándome de que ya estaba lista y de que pasara a recogerla por su piso. Tomé la maleta junto con el billete de avión, salí de casa y arranqué el coche. Unos minutos más tarde, llegué a casa de Sally, que ya me estaba esperando en la puerta.

—¿Has estado esperando mucho? —pregunté.

—Toda la noche —respondió con su característico tono risueño.

—Me refiero a la puerta —dije.

—¿Y qué te estoy diciendo?

Tras dejarla subir e ignorar su último comentario, retomé la marcha en dirección al aeropuerto. Comparado con la carretera, circular por la autovía resultaba infinitamente más agradable; a esas horas de la tarde, y con un poco de suerte, evitaríamos los atascos. Y, en efecto, la fortuna parecía acompañarnos, pues en cuanto divisé la salida correspondiente supe que llegaríamos con tiempo suficiente para tomar el avión que nos llevaría a nuestro destino.

Sin embargo, nada más llegar al aeropuerto comprendí que aquella buena racha había sido efímera. Encontrar aparcamiento no resultó ni de lejos tan sencillo como el trayecto hasta allí. Tras dar varias vueltas, conseguimos por fin un lugar bastante alejado de la entrada. Sally y yo bajamos del coche y nos encaminamos hacia el edificio, donde distinguimos al señor McFrazer aguardándonos entre el incesante ir y venir de personas que entraban y salían del aeropuerto.

—Buenos días —dijo, dándonos la mano amablemente— ¿listos para el viaje?

—Así es —dije, rascándome la nuca.

—Pues venga, debemos dirigirnos ya.

El registro fue bastante rápido, salvo por la casi heroica tarea de quitarme los zapatos para pasar por el detector de metales. Tras la inspección del equipaje y la comprobación de los billetes, nos dirigimos hacia la pasarela de embarque. Una vez dentro del avión, ocupamos nuestros asientos y nos abrochamos los cinturones, listos para iniciar el viaje.

Después de las últimas comprobaciones, la aeronave rodó hasta la pista y finalmente alzó el vuelo. Mientras Sally y el señor McFrazer discutían animadamente sobre los posibles hallazgos de la excavación arqueológica, yo me entretuve contemplando el paisaje a través de la ventanilla. Jamás habría imaginado que las casas se vieran tan extrañas desde el aire. Observé cómo las ciudades se reducían poco a poco hasta parecer maquetas, similares a las recreaciones en miniatura de los museos, los belenes o incluso los escenarios de Warhammer.

El sueño empezó a vencerme gradualmente. Las voces de Sally y McFrazer se fueron apagando hasta convertirse en un murmullo lejano, un eco difuso en el que solo llegué a distinguir una palabra: *escolopendra*.

Aquel término resonó brevemente en mi mente antes de desdibujarse. Recordé que en la región a la que nos dirigíamos se habían hallado ligeras evidencias de una secta de origen desconocido que habría existido hacía unos quince siglos. La escasez de restos y su dispersión por distintos puntos del territorio llevaba a pensar que se trataba de una tribu nómada, lo que dificultaba enormemente cualquier intento de reconstrucción histórica. La posterior expansión del islam tampoco había contribuido a la conservación de vestigios: apenas se habían encontrado algunas armas punzantes con el grabado de un ciempiés en la empuñadura. Aquello sugería que aquel culto podía haber venerado a esos artrópodos como divinidades, aunque desde luego no se trataba de un tótem especialmente reconfortante.

No era la primera vez que una de esas alimañas, que en ocasiones alcanzaban los treinta centímetros de longitud, aparecía reptando por las paredes de unas ruinas oscuras como si fuera su propio hogar, mientras la sensación de claustrofobia hacía el escenario todavía más insoportable. Mi mente, ya adormecida, comenzó a divagar, mezclando recuerdos y pensamientos inconexos, hasta que finalmente me quedé completamente dormido.

* * *

Abrí los ojos sin saber cuánto tiempo había pasado, algo aturdido. Había experimentado la sensación de haber sufrido una colisión violenta y ahora sentía una suave brisa envolviendo mi cuerpo y trayendo a mis fosas nasales el olor de la carne quemada. Me levanté, aún mareado, y miré a ambos lados, tratando de asimilar lo qué había sucedido. Por todos los lados había cuerpos en llamas, asientos rotos y cristales quebrados. Horrorizado, comprobé que yo era el único superviviente del tan fatídico accidente que había acontecido en apenas unos minutos.

Miré hacia el exterior: la luna llena bañaba la arena del desierto con una luz lechosa, como si fuera un foco inmenso e irreal. ¿Dónde demonios estaba? Mi atención se desvió entonces hacia Sally y el señor McFrazer. No respiraban. Tampoco tenían pulso.

En ese instante, un siseo escalofriante me atravesó los oídos. Me giré bruscamente hacia lo que quedaba de la ventanilla del avión y entonces lo vi: una forma extraña deslizándose por la arena como una serpiente, acompañada de un sonido constante, seco y rítmico, como el impacto de innumerables apéndices contra el suelo, como si aquella criatura avanzara sobre un sinfín de patas.

Volví la mirada hacia mis compañeros de viaje justo cuando la bestia se alzó ante mí. Dos mandíbulas poderosas chocaban sus afilados quelíceros como si fueran tenazas, mientras un par de largas antenas, semejantes a tentáculos, se deslizaban lentamente sobre mi cuerpo tembloroso y empapado de sudor.

Entonces, una sacudida repentina me arrancó de aquella visión. Abrí los ojos de golpe y aspiré aire con desesperación. Solo entonces respiré aliviado al ver a Sally, que me sacudía el hombro con expresión preocupada.

—¡Despierta, que ya hemos llegado! —dijo.

Respiré aliviado al darme cuenta de que todo lo que había desfilado por mi mente no era más que una pesadilla. Me incorporé del asiento, todavía amodorrado por el viaje. Una vez recompuesto, avancé por el pasillo siguiendo la fila que se había formado, todos tratando de salir del atestado avión.

Al poner pie fuera de la nave, nos dirigimos hacia la cinta transportadora para recoger nuestro equipaje. Apenas unos minutos más tarde, tomamos nuestras maletas y nos encaminamos hacia la salida, momento en el que finalmente comprendí dónde me encontraba: Nasriaya.

El aire del desierto me llenó los pulmones al instante. Nada más cruzar las puertas del aeropuerto, me vi rodeado por calles concurridas, llenas de gente, y me golpeó la sorpresa. Por la situación que había imaginado, esperaba un lugar dominado por turbantes, hijabs, burkas y otras vestimentas tradicionales. Sin embargo, gran parte de las mujeres caminaban sin velo, dejando que sus cabellos danzaran con la leve brisa matutina. Y salvo por algún camello que deambulaba casi libremente por las callejuelas, la ciudad no parecía estar sometida a una teocracia estricta.

Me maravillé ante los mercados que se extendían a nuestro alrededor, repletos de comerciantes listos para recibir a los recién llegados, invitándolos a comprar souvenirs, recuerdos y reproducciones de arte mesopotámico. Era como si la ciudad estuviera recuperando la vitalidad que la había convertido en una de las primeras grandes civilizaciones.

En medio de aquella multitud, distinguí a un hombre de tez morena y barba poblada que sostenía un papel en el que, con letras rojas, se leía: «McFrazer».

—Ese debe ser —dijo, abriéndose paso en dirección hacia aquel extraño individuo— buenos días.

—Buenos días, señor McFrazer —dijo aquel hombre— soy Hassan, mi equipo y yo seremos sus guías durante la expedición.

—Excelente, ¿cuándo partimos?

—Ya mismo —dijo— los jeeps están ya preparados y abastecidos para el viaje, así que pueden subir cuando quieran.

Sin mediar apenas palabra, Sally y yo nos acercamos a los vehículos, colocamos nuestro equipaje en el maletero y nos subimos. Eran tres todoterrenos en total, perfectos para transportar a un equipo de siete personas. Una vez instalados en los Jeep, salimos de la ciudad rumbo a un campamento situado a medio camino de nuestro destino, donde pasaríamos la noche.

Tras aproximadamente dos horas de conducción por el desierto, llegamos al lugar indicado. No era ostentoso, pero tampoco resultaba modesto. Tres tiendas de campaña se

erguían firmes frente al viento del atardecer, mientras el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. La brisa se volvía cada vez más fría, así que no perdimos tiempo: descargamos el equipaje y lo llevamos al interior de la tienda, mientras los demás preparaban la cena.

Sally y yo dormiríamos en la misma tienda; el señor McFrazer compartiría la suya con Hassan, y los tres ayudantes ocuparían la tercera tienda de campaña.

—¿Y qué crees que tendrán para cenar? —pregunté a Sally.

—No me dirás que eres tiquismiquis con la comida —me respondió—. Es bueno conocer otras gastronomías.

Suspiré derrotado, consciente de lo inútil que resultaba mantener ese tipo de conversación con ella. A pesar de su esbelta figura, parecía capaz de devorar a Dios por los pies, lo que me hacía pensar que, aunque fuera apenas más sociable que yo, era bastante probable que el señor McFrazer la hubiera convencido de asistir a aquella reunión simplemente mencionando el buffet libre.

No tardamos demasiado en organizar lo poco que sacamos de nuestro equipaje: esencialmente, el saco de dormir y ropa de manga larga para no resfriarnos. Al salir de la tienda, el aroma de la carne asada nos golpeó de inmediato, inundando mis fosas nasales y haciendo que la boca se me hiciera agua. Sin embargo, no lograba identificar de qué animal se trataba; el consumo de cerdo en la región seguramente estaría prohibido. Para mi sorpresa, mis ojos se toparon con unas piernas asadas, intensificando aún más aquel olor irresistible.

—¿Qué es eso?

—Pierna de cordero —respondió Hassan, apareciendo detrás de mí—. Pocos platos se me hacen más sugerentes para darles la bienvenida a nuestra tierra.

—Entiendo —dije—. Venga, lo comeré. Total, no lo he probado nunca.

Los integrantes de la caravana dirigieron su atención hacia mí, como si hubieran escuchado una de las mayores blasfemias del mundo. Se miraron los unos a los otros, antes de sentarse alrededor del fuego y comenzar a servir la cena. Obviamente, gran parte de la conversación giraba en torno al croquis del día siguiente.

—Y entonces, ¿cuál es el plan? —inquirió McFrazer, dando un bocado a su pieza de carne.

—Para ir holgadamente, deberíamos levantarnos al alba —expuso Hassan— de seguro, el resto del equipo de arqueología estará ya en el lugar trabajando.

—Excelente.

—De todas formas, ¿qué se ha descubierto allí? —pregunté.

—No sabemos demasiado —respondió Hassan—. Pero, por lo que nos contaron, han encontrado un pasadizo inmenso bajo aquella construcción. Hasta donde sabemos, el edificio era un templo religioso que se construyó unos siglos después del Zigurat de Ur, pero ese pasadizo inexplorado parece dar a unas galerías incluso anteriores. Bien puede ser que se trate de alguna vía de escape en caso del ataque de algún ejército. Aunque, ¿quién sabe?

—¿Y a qué civilización pertenece?

—No es una civilización. Por lo que se ha encontrado, era bastante posible que aquel templo fuese construido por la *Orden de la escolopendra*.

—¿La *Orden de la escolopendra*?

—Sí. Era un grupo seminómada o secta que deambulaba por este territorio. No es demasiado lo que se ha encontrado de ellos, pero lo poco que se sabe es que comerciaban con carne de camello y pescado del río Éufrates. Se han encontrado no pocos cuchillos ceremoniales con la imagen de la escolopendra grabada, además de restos de huesos humanos de diversos tamaños, lo que sugiere que secuestraban personas. E incluso que las sacrificaban.

Recordé la breve conversación que Sally y el señor McFrazer habían mantenido durante el viaje, así como fragmentos de la pesadilla que tuve poco después de quedarme dormido. Durante el resto de la cena, no articulé palabra alguna, sumido en mi «modo planta».

Más tarde, cuando todos ya dormían, permanecí unos minutos contemplando el cielo estrellado. Había pasado apenas unas semanas desde la luna llena, que ahora comenzaba a menguar, dejando al descubierto la profusión de constelaciones que llenaban el firmamento. Desde allí, la constelación de Leo brillaba con especial intensidad, permitiéndome distinguir con claridad la estrella Régulo. No pude evitar recordar cuánto le gustaba a mi mujer observar el cielo, y aquellos recuerdos agridulces inundaron mi mente, llenándola de melancolía. Hasta que una voz presente me sacó de aquel trance, devolviéndome al instante a la realidad.

—¿Piensas estar ahí toda la noche o qué? —preguntó Sally.

—¿Eh?

—No creo que sea una buena idea quedarte desvelado hasta que salga el sol ¿no te parece?

—Sí, bueno. Estaba mirando el cielo.

Sally dirigió la mirada hacia el manto estrellado, dejando que su mente se perdiera en aquella imagen. Acostumbrados a residir cerca de entornos urbanos, aquel espectáculo celestial no era algo habitual para nosotros, siempre velado por la contaminación lumínica. Ambos respiramos profundamente la suave brisa del desierto, dejando que el aire llenase nuestros pulmones. Gracias a las bufandas que cubrían nuestras bocas, las partículas de polvo y arena no penetraban en nuestras vías respiratorias.

Pronto perdimos la noción del tiempo hasta que nuestras miradas se cruzaron. Como si nos guiara un instinto desconocido, nos acercamos, el uno al otro, dejando que nuestro raciocinio se nublara conforme nuestros alientos se fusionaban casi al mismo tiempo que nuestros labios. Nos separamos al notar la falta de aire y nos quedamos mirándonos unos segundos, mientras Sally se levantaba y se dirigía hacia la tienda. Me lanzó un guiño y, como si leyera mis pensamientos, me levanté del suelo y la seguí.

El día no se hizo esperar, y antes de que alguien pudiera hacerse una idea de los hechos de la noche anterior, Sally y yo nos levantamos rápidamente. Despeinados y aún con el desorden propio de nuestra mañana, nuestro aspecto dejaba poco a la imaginación. Curiosamente, las miradas indiferentes del resto del equipo sugerían que no se habían percatado de nada. Tal vez, simplemente, decidieron ignorarlo.

Sea como fuere, nos preparamos con el equipamiento necesario para la visita a las ruinas del templo tras terminar nuestro desayuno. Hassan, el señor McFrazer, Sally y yo nos

subimos a uno de los jeeps en dirección al lugar de la investigación. No estaba tan lejos como había imaginado; aunque el trayecto duraba aproximadamente una hora y cuarto, pronto llegamos al emplazamiento. El lugar estaba sorprendentemente tranquilo: pocos coches y apenas instrumental de investigación, lo que indicaba que no había demasiadas personas allí. Entre el reducido grupo destacó un hombre de pelo largo recogido en una coleta, con sombrero color café, pantalones cortos, botas y shorts vaqueros. Se acercó al señor McFrazer y le estrechó la mano.

—Buenos días, señor McFrazer —dijo— soy el señor Corleone, un gusto.

—Señor Corleone, es un placer —dijo— ellos son Hassan, Sally y Peter.

Tras las presentaciones formales, nos adentramos directamente en el lugar de los acontecimientos. Las pocas carpas y mesas distribuidas a la entrada del templo indicaban que se había llevado el mínimo instrumental posible, con el fin de preservar al máximo la integridad del emplazamiento.

Pude comprobar que, a pesar de los numerosos ataques perpetrados por células yihadistas en la zona, el sitio había resistido casi impenetrable. Incluso las pocas estatuas ligeramente deterioradas situadas en el pasillo de entrada se conservaban lo suficiente como para que pudiera discernir su forma y significado: representaban criaturas propias del folclore árabe, entre las que los *djinn* destacaban como protagonistas indiscutibles.

—Veo que ese ciempiés no era el principal protagonista de este culto, ¿no es así?

—Ja, te sorprendería la cantidad de representaciones que se han encontrado en este lugar —dijo el señor Corleone—; es bastante probable que se usase también para adorar a otros dioses. Me sorprende que haya sobrevivido a la llegada del Islam.

—Y que lo diga —respondí—. De todas formas, ¿qué fue lo que encontraron en ese nuevo pasadizo?

—Unas pinturas extrañas —respondió— parecen representaciones rupestres o algo así, pero mucho más realistas que las artes gráficas del Paleolítico.

Continuamos recorriendo aquel pasillo oscuro, iluminados únicamente por las pequeñas linternas que llevábamos. Gracias a su luz, pude distinguir con claridad las pinturas que decoraban las paredes. Permanecer encerradas durante siglos había contribuido a su excelente conservación; el único deterioro perceptible era el enmohecimiento de las paredes, típico de espacios con escasa ventilación.

Aun así, lograba reconocer figuras humanas caminando en fila hacia un edificio representado en la pared. Al detenerme a observarlo con más atención, noté lo sorprendentemente similar que era al templo en el que nos encontrábamos, aunque en la pintura se mostraba mucho más ostentoso y majestuoso.

—Bueno —preguntó el señor McFrazer—, ¿qué te parece?

Antes de responderle, observé por unos instantes la fachada del edificio que aparecía dibujado en el muro.

—Creo que ya tenemos una reconstrucción más fidedigna de cómo se veía este templo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sally.

—Fíjate en la estructura —respondí— esa torre a la entrada no se encuentra en la fachada actual, y el hueco al aire libre que está a mano derecha del templo no era solo un jardín, también parece ser una especie de observatorio. Habrían podido observar el cielo desde esa posición para así hacerse a la idea de cómo estaban colocados los astros y planetas. Esto sin duda sería útil de cara a la realización de unos rituales que, muy probablemente, habrían tenido un componente astrológico.

—Y las diferentes filas de personas con diferentes rasgos e indumentarias sugieren la presencia de practicantes procedentes de diferentes regiones del territorio —añadió Sally.

—Así es —respondí—. ¿Quién sabe? Tal vez vendrían en peregrinación desde Afganistán o el este de Europa.

Continuamos avanzando por aquel pasadizo hasta toparnos con distintos dibujos que representaban rituales llevados a cabo, presumiblemente, en aquel templo. Era como contemplar uno de los grimorios más antiguos del mundo, y quizá el más vasto. Entre las ilustraciones, encontré lo que parecía una lista de diversas hierbas usadas con distintos fines; cada dibujo estaba acompañado de inscripciones en un alfabeto desconocido. Su forma recordaba al acadio, pero con trazos mucho más simples, lo que convertía la interpretación en algo prácticamente imposible, pese a la excelente conservación de las paredes.

La simplicidad de los dibujos podía indicar dos cosas: o bien se trataba de un dialecto perdido, o bien se había simplificado la escritura intencionadamente para ocultar sus prácticas a posibles intrusos. Observando el resto de las imágenes, mis conjeturas comenzaron a inclinarse hacia esta segunda opción: varias personas aparecían dibujadas realizando lo que parecía una orgía en el jardín u observatorio del templo, mientras que en otra escena se representaba el proceso de iniciación de nuevos miembros.

Pero, sin lugar a dudas, el dibujo que más me impactó fue el último. A diferencia de los anteriores, ocupaba toda una pared. Mostraba tres piedras planas apoyadas sobre una superficie lisa, con una persona tendida sobre ellas. Al lado, otro individuo sujetaba un objeto punzante similar a un cuchillo, mientras varios sujetos se arrodillaban suplicantes, orando en el suelo.

A la izquierda de la ilustración, se encontraba la criatura a la que supuestamente estaba dedicado el sacrificio. No se parecía a ningún dios que hubiera visto antes, ni siquiera a las divinidades preislámicas del lugar. Era una monstruosidad alargada, con múltiples apéndices que seguramente utilizaba para desplazarse. Tenía tres cabezas, de cada una emergían manos deformes y alargadas, una mezcla entre las de una mantis y las pinzas de un cangrejo. Contaba, además, con tres largas colas semejantes a látigos, cada una terminada en una punta bulbosa con un aguijón curvado, similar al de un escorpión. ¿Realmente adoraba ese clan a las escolopendras, o se trataba de algo aún más macabro?

Observé al frente, hacia el punto en el que el pasadizo llegaba a su fin, y allí la vi: la misma imagen del mural materializada ante nuestros ojos. Esta vez, la monstruosidad sostenía el cuerpo de un humano decapitado; la cabeza ya no estaba, y todo indicaba que había sido devorada. Con otra de sus cabezas, la criatura desgarraba el torso del cadáver con una

brutalidad inenarrable, como si buscara acceder a su interior para consumirlo por completo. A menos que aquellas partes del cuerpo tuvieran algún significado simbólico para el culto, me resultaba imposible comprender la lógica de aquella escena.

Todos a mi alrededor quedaron paralizados, horrorizados ante semejante visión. Un silencio espeso se apoderó del lugar, roto únicamente por el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas. Fue entonces cuando di un paso al frente, impulsado por una mezcla de incredulidad y necesidad de confirmar que aquello no era una ilusión, mientras realizaba un severo ejercicio de autocontrol para reprimir las náuseas que me ascendían por la garganta.

El resto del equipo me imitó, avanzando con cautela, uno tras otro, hacia el mural viviente que teníamos delante. Sin embargo, apenas dimos aquel paso, el suelo crujió bajo nuestros pies con un sonido seco y amenazador. Antes de que pudiéramos reaccionar, la superficie cedió por completo. El suelo se abrió bajo nosotros y, en un instante, fuimos engullidos por la oscuridad, precipitándonos al vacío.

Desperté unos minutos más tarde, con la cabeza dando vueltas y un pitido ensordecedor en los oídos, mientras tosía sin control. A mi alrededor, la oscuridad parecía tragarse todo, y mis ojos buscaban con desesperación la presencia de mis compañeros. Pero la visión que me aguardaba era desoladora: mientras yo había sobrevivido a la caída, ellos no habían corrido la misma suerte.

Alargué la mano, temblorosa, hacia el cuerpo de Sally. El contacto confirmó mi peor temor: yacía inmóvil, fría, sin vida. La incredulidad me paralizó; apenas unas horas antes, aquella mujer, vigorosa y llena de energía, había compartido conmigo momentos de intensa vitalidad, y ahora su cuerpo yacía despojado de todo. Mi boca temblaba, incapaz de articular palabra, mientras observaba el suelo teñido de sangre. A juzgar por la altura del agujero, nos encontrábamos a unos dos metros de profundidad.

Entonces, un sonido perturbador quebró el silencio. Un chirrido, similar al de los saltamontes, pero amplificado, grotesco, visceral, resonaba en la piedra alrededor de mí. Apunté la linterna hacia su origen y, entre la penumbra, creí distinguir una silueta desconocida deslizándose por un pasadizo oscuro, dejando tras de sí un repiqueteo frenético de pies que se movían a gran velocidad. Por un instante, la imagen de aquella criatura del mural del templo se insinuó en mi mente.

Me levanté, el corazón martilleando en mi pecho, y dirigí la luz de la linterna hacia el pasadizo. Para mi horror, éste se bifurcaba en dos caminos. Sin saber cuál escoger, avancé por la izquierda, aferrándome a la idea de que, en algún punto de aquel intrincado laberinto, debía haber una salida. Los muros no mostraban pinturas, pero las marcas de cinceles y picos delataban una construcción deliberada: esto no era natural, y por ello debía existir un camino hacia la superficie.

Caminé sin rumbo durante varios minutos, hasta que un débil haz de luz apareció a lo lejos. Creí que era la salida y aceleré el paso, pero mi esperanza se quebró pronto: la luz apenas era un reflejo del agujero por el que habíamos caído, indicándome que había estado dando vueltas en círculos. Miré alrededor, buscando los maltrechos restos de mis

compañeros, y un frío miedo me recorrió: no había rastro de sus cuerpos. Solo un charco de sangre seca marcaba el suelo. Al alzar la vista, noté que la escasa luz natural se desvanecía, dejando todo sumido en sombras. Entonces, mis ojos distinguieron un bulto extraño en el suelo, un contorno que no pertenecía a nada que hubiera visto antes.

El aire se volvió más denso, cargado de un olor a humedad y a hierro oxidado. Cada fibra de mi ser gritaba alerta, pero una fuerza inexplicable me empujaba hacia aquel bulto, como si algo ancestral, desconocido y profundamente malvado esperara allí, al acecho. Me acerqué, tratando de reconocer de qué se trataba. Tan pronto lo hice, un hedor nauseabundo me asaltó, como si un cadáver en avanzado estado de putrefacción hubiera sido abierto ante mí. Apenas estuve junto a él, comprendí que mi intuición no se había equivocado: frente a mí yacía un cuerpo humano en descomposición que hacía retorcer mi estómago de manera inmediata.

La cabeza había desaparecido, y la cadera mostraba una deformidad grotesca, como si alguien hubiera manipulado el cuerpo para forzar la entrada de un objeto o ser de dimensiones inusitadas a través de él. Al escudriñar la penumbra de la pequeña bóveda, distinguí otros tres cuerpos en condiciones similares, esparcidos de manera aparentemente deliberada. Todos compartían el mismo patrón: cabezas cercenadas, pelvis desgarradas con una brutalidad inusitada y marcas de cortes que sugerían que aquellos cadáveres habían sido ensamblados entre sí, como piezas de un macabro rompecabezas.

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunté.

El chirrido gutural que había escuchado hace apenas media hora me heló la sangre, mientras un aliento gélido me golpeaba la espalda. Me giré lentamente, temblando, aferrando la linterna con todas mis fuerzas. Cuando mis ojos finalmente se toparon con la visión frente a mí, el terror me paralizó.

Delante se alzaba una bestia indescriptible: un amasijo de cuerpos, patas y torsos humanos entrelazados, retumbando contra el suelo como una horda de espectros descalzos avanzando en un frenesí inhumano. Tres torsos humanoides surgían de esa maraña, con rostros deformes de mandíbulas desgarradas y largas antenas que se agitaban como tentáculos vivos. Sus ojos negros e inexpresivos parecían absorber la luz, ignorando todo lo que existía fuera de su propio abismo.

Por un instante, me pregunté si reaccionaría como un simple insecto, como las escolopendras a las que parecía emular. Un gruñido agudo cortó mis pensamientos; la criatura retrocedió ante el flogonazo de la linterna, pero apenas un instante después, pude distinguir con horror cada detalle. Sus tentáculos terminaban en aguijones venenosos y su cuerpo era un collage de torsos humanos decapitados, unidos de manera grotesca por cuellos y caderas cosidos entre sí. La verdad se precipitó sobre mí como un golpe: aquel culto había alimentado a la bestia con sus sacrificios, y cada víctima había incrementado su tamaño y su poder.

En medio de esa masa convulsa de carne y extremidades, distinguí ropajes familiares: los de McFrazer, Hassan, Sally y el señor Corleone, todos fusionados en aquel espantoso monstruo, arrastrándose y retorciéndose en un frenesí de carne viva.

El pánico me impulsó a correr sin rumbo. Tomé el pasadizo de la derecha, escuchando el crujido de la criatura persiguiéndome a través de la oscuridad, sintiendo su peso invisible rozar mis talones. Cada respiración ardía en mis pulmones, mis músculos gritaban por alivio, y aun así continué, empujado por un instinto primitivo de supervivencia. Al final del túnel, un resplandor azul apareció, débil pero prometedor. Corrí hacia él, ignorando la fatiga, ignorando el dolor. La arena del desierto me golpeó los pies, haciéndome tropezar y caer, pero me levanté y seguí corriendo bajo la noche infinita.

De pronto, el silencio me alcanzó. No había pasos detrás de mí, ningún gruñido, ningún repiqueteo de extremidades humanas fusionadas. Me detuve, conteniendo la respiración y comprobé con alivio que no había ninguna bestia persiguiéndome. La sensación de irrealidad me hizo preguntarme si acaso habría sido todo un sueño o alguna macabra alucinación.

Con este pensamiento, traté de hacer acopio de fuerzas para volver a ponerme en movimiento, pero mis músculos fallaron y me desplomé en el suelo.

* * *

Desperté mucho más tarde, reanimado por un salvador desconocido. La luz del foco que llevaba en su casco tintineó sobre mis párpados poco antes de que me reanimasen con una suave pero deliberada bofetada en la mejilla derecha. Tosí violentamente al incorporarme y un grito de terror escapó de mi garganta.

—¿Dónde están todos? —rugí.

—Señor, cálmese, por favor —dijo aquel hombre, que iba ataviado en un uniforme militar— ¿qué ha sucedido? ¿Quiénes son todos? Usted es el único al que hemos encontrado.

—No, no, no, no, no —dije, agitadamente— éramos cuatro. ¿Dónde están los demás?

—Señor —dijo aquel soldado— usted es la única persona que hemos encontrado en la cueva. Por favor, cálmese.

Traté de convencerles de lo que había sucedido. Sabía que no creerían la historia del monstruo con forma de ciempiés, así que todavía me pregunto por qué pensé que era buena idea contarles lo que había visto, o al menos, lo que creí haber visto. Repetí aquel relato más de veinte veces durante mi regreso a casa, incluso ante los profesionales de la salud mental que me interrogaron días después.

Desde que me encerraron entre estas cuatro paredes, la pesadilla no ha dejado de perseguirme. Ni siquiera la medicación que tomo día sí y día también consigue ayudarme a conciliar el sueño. Siempre despierto gritando, rememorando la imagen de aquella criatura que utilizaba los cadáveres de mis amigos para hacerse más larga.

Ni siquiera las marcas de las mordeduras que aquel monstruo deja en mis brazos cada vez que me alcanza en mis sueños bastan para convencer a los trabajadores de la institución de la veracidad de mi relato. Como buenos profesionales, prefieren atribuir esas señales espantosas a una autolesión propia de un hombre con la mente perturbada. Pero yo conozco la verdad. Lo que vi no fue un sueño, ni mucho menos.

LOS HOMBRES ESCOLOPENDRA

Estoy convencido de que, tarde o temprano, ese monstruo acabará encontrándose en este plano. Es solo cuestión de tiempo antes de que sus cientos de pasos reverberen por el pasillo y su inquietante siseo vuelva a taladrar mi mente





la Silla

Por Anabel García

No hace falta usar artefactos complicados ni siquiera discursos grandilocuentes o agresivos para mantener el orden. Una silla es suficiente.

* * *

Esa silla fue suficiente. Y nosotros, claro.

Éramos muchos niños entonces; veníamos de diferentes regiones, con todas las taras imaginables y de padres desconocidos o avergonzados. Supongo que tener reunidos, en un único sitio, a tanto crío de edades mezcladas, de orígenes y lenguas varias, podría alterar a cualquiera. Tener que mantener horarios, acostarnos a la vez, levantarnos, alternar las clases, con el patio y las comidas (los desayunos no existían por defecto, empobrecían el espíritu), y las visitas de posibles adoptantes, requería de cierta... llamémoslo disciplina.

No recuerdo que hubiera nunca cambios en el personal que allí trabajaba. Siempre fueron los mismos: Telmo, los limpiadores y algún maestro de medio pelo. Sus expresiones alargadas, grises y apagadas daban pistas del tono general que se repetía en aquel lugar. A veces, pensé, que ellos mismos habían nacido y crecido en ese edificio enorme; más aún, que los habían dibujado en aquellas paredes de hormigón gris y carcomido para salir abortados en su forma adulta. No estaban hechos de carne y sangre sino de esa sustancia que impregnaba los rincones y las esquinas. Moho. Goteras. Astillas. Vidrio translúcido dentro de unos ojos relucientes y saltones, como si apretaras un sapo hasta reventarlo.

El frío y el sueño ayudaban a tenernos bajo control aletargando nuestro ritmo, tiñendo nuestra piel de azul y morado ciruela. Las escamas, el pelo descuidado, los sabañones y legañas acumuladas nos daban un aspecto salvaje. Éramos seres de otro tipo, más larvario e inquietantes de lo que se esperaba de unos niños tiernos y dulces. Las toses de viejo, los mocos, y otras sustancias pegajosas salían de nosotros de modo temporal, hasta que

implosionábamos durante la primavera y en verano. Entonces un vigor despertaba. Nos hacía trepar, chillar, correr, arañar y deslizarnos igualitos a las colas de las lagartijas recién cortadas.

Supongo que debían desesperarse, aunque sus expresiones no lo mostraban demasiado, o tal vez fuera porque la silla ya existía y en nuestras vidas infantiles los hechos se confunden y se separan en vez de darles una linealidad.

La silla se instaló en el pasillo de la planta baja, sin explicar para qué la habían puesto ahí. Nada más salir de los dormitorios para ir a las aulas la veíamos. Si ibas al baño, si querías subir a la planta de arriba, al comedor, o al salir al patio... la silla estaba allí como una presencia inmóvil.

¿Qué efecto tendría que la evitáramos? Es cierto alguno nos sentamos en ella, medio en broma, en un deslizarse rápido, como distinción de valentía, pero pronto hubo algo que nos hizo no volver a hacerlo. Por su aspecto debían de haberla pintado hacía mucho, los restos de ese color blanco desvaído, lo que la hacía parecer... infecta, con calvas, igual a cuando teníamos piojos. Los bordes del asiento eran, en cambio, redondeados y estaban pulidos, en contraste con la madera de la espaldera, de un tono carne sucio, a punto de desgarrarse si tuviera músculo por dentro.

Alguien dijo que soltaba descargas; otro, que ardía; que era la silla que usaba algún diablo antes de devorar a sus víctimas, pero eran invenciones que nos contábamos para justificar su presencia de niño paralizado.

Una tarde húmeda, de lluvia pertinaz, el perfil de Telmo, con aquella papada reptiliana, nos reunió en el pasillo y colocó su palma en la silla.

—No es un juego. Es el reflejo de la vida. Es lo que se espera que seáis: Esta silla. Demostrará si sois algo de verdad y si tenéis las agallas de merecer salir alguna vez de aquí. El que se siente aquí estará siendo visto por todos. No solo eso, se está presentando, enfrentando y el mundo lo evaluará antes de dar el visto bueno. La actitud es esencial. Rectos, con la mirada firme, directa. El que sea capaz de aguantar en ella sentado el tiempo que se le indique irá creciendo, irá transformándose en una persona hecha y derecha.

—¿Y el que no?

Ruth la gangosa se atrevió a preguntar lo que más nos preocupaba. Era una chica raquítica, de las que lucía los moratones como las manchas sobre su *baby* de cuadros, medallas de un ejército en el que ella era miembro único.

Telmo se giró hacia ella, levantó una de sus cejas, divertido, satisfecho con la alumna aventajada.

—Eso lo decidiréis vosotros, en cuanto sus pies u otra parte del cuerpo esté tocando el suelo.

Nos miramos extrañados, con una duda helada hasta que cierta malicia goteó su propia voz, más allá de la constante que seguía repitiendo la lluvia desde un canalón rajado, tupido de musgo maloliente.

Los bizcos, los pizpiretos, los lentos, los espina bífida, los cojos, los mudos, los cíclopes, los tiñosos, los cegaratos... todos, al fin y al cabo, empezamos a vislumbrar el nuevo orden.

La primera vez hizo que nos confiáramos, no pasó nada. Cada uno de nosotros se sentó en la silla cinco minutos. Más que menos, según el estilo anatómico de cada uno, mantuvimos la postura y un mínimo de dignidad. Después fue diferente... no había un horario marcado, ni día... según el apetito de Telmo, señalaba con el dedo a quién fuera y decía en voz alta: tú... media hora en la silla; tú... a la silla, dos horas.

La primera vez que Josito empezó a lloriquear, su fracaso con la silla se nos anunció con su voz chiquitita. Todos estábamos alrededor, había algo fiero y desconocido que nos hacía rodear al niño de turno, una suerte de pegamento que nos hacía parecer un racimo desigual, pero nervioso, que sólo se estiraría hasta llegar al límite de las ganas de saltar.

Nadie dijo nada, era él que se encorvaba un poquito y balanceaba sus nalgas desnudas contra el duro asiento hasta que agachó la nuca, para buscar una postura más cómoda y los dedos arrugados de Telmo se posaron en su hombro.

Un toque, porque no era más que ese gesto, y Josito se sorbió la nariz con fuerza antes de bajar de la silla. No había sido digno, no lo suficiente, y como ejecutores avariciosos nos avalanzamos sobre él con la fuerza de la ley entre nuestros puños desnutridos y furiosos. Nos dejaban actuar con lo que sabíamos del mundo.

Aquella vez Josito hasta levantó uno de sus brazos, como signo de victoria, cuando terminamos. Se permitió una especie de sonrisa antes de escupir un diente entre mocos, sangre y algo que empezaríamos a ver a menudo en cada uno, antes de desmayarse. Una resistencia, una llamarada sutil que nos decía al resto: Ya os tocará a vosotros y estaré allí para recordárnoslo.

Telmo no intervenía nunca, ¿para qué hacerlo? Se cruzaba de brazos y nos dejaba hacer. Incluso éramos nosotros los que llevábamos al niño a la enfermería para que allí se recomponiera.

Los limpiadores aparecían como sombras esquivas, para limpiar la sangre, los puñaditos de pelo, los botones sueltos, con una mopa andrajosa que dejaba siempre un charco negro, un remolino de suciedad que se dispersaba al secarse.

La vida adquirió un nuevo nivel de imprevisibilidad, de camas ocupadas por bultos que, como capullos, esperaban transformarse, si podían, en polillas más feas y más fuertes.

Las gamberradas o incursiones individuales desaparecieron, por miedo a nosotros mismos y severidad. Los adultos se presentaron como los acusados de antaño, la voz delatora que ponía al infractor, o al que podría serlo, en la silla. Si estabas en ella no quedaba más que esperar al peso de la justicia, después de todo era cuestión de tiempo que acabases por cansarte y perder la posición de los dignos. Éramos tantos, y con una rabia acumulada que la debilidad y el desánimo se volvían duros como caparazones de insectos de patas impares, sin antenas y con trozos de alas inútiles.

Algunos dejaron de poder andar y, desde la cama, simplemente con el empujón del frío y del hambre, murieron. Los nuevos que fueron llegando eran, con diferencia, los que menos aguantaban, tal vez porque no se habían templado, como nosotros, a los tiempos previos a la silla. Eran demasiado blandengues, o nosotros demasiado despiadados.

No sé muy bien que hizo que quisiera desaparecer. Quiero decir que todos habíamos soñado con la escapada, con la concesión laureada, y un diploma en mano, de que habíamos sido tan malos y nos merecíamos salir de allí y continuar una nueva vida.

La vida que debía existir allí afuera, de donde venía el sol, y cruzaba una carretera con un puesto de pollo frito, y campos abiertos con torres transparentes.

No recuerdo un desencadenante claro, más allá del dolor en los brazos y la ropa rasgada. Fue la sensación de no caber dentro de mí, de sentir una hinchazón que podía superarme y expulsar mi sangre desde dentro. Mi cuerpo dolía tanto, y no era el hombro dislocado, ni los arañazos o la ceja partida... era algo más que tenía que ver con haber pedido la capacidad de saber llorar.

Una noche huí sin más. Podía haber avisado a algún otro, ¿no? Pero la silla estaba allí, en el puto pasillo. No tenía intención, ni ganas de que la sociedad me observara sin yo poder devolverle el gesto de pie, recto y seguro. Mi único gran acto fue acercarme y moverla unos centímetros. Un empujón de nada, antes de asustarme yo mismo por el ruido, la astilla que acababa de aparecer y que me hizo salir de aquel lugar por el baño de los limpiadores.

¿De veras existió ese sitio? ¿Sólo tuvieron que poner una silla, y a nosotros, para deconstruir aquello? Un objeto cotidiano y los monstruos devorándose a su alrededor... ¿para qué?

Una silla. Una maldita silla que me impide quedarme sentado demasiado tiempo aunque tenga calambres en las piernas.

Estuve allí. Fui parte de ello. Soy capaz de incluirme, de usar el pronombre personal en plural, pero nunca en voz alta, nunca ante los otros que han vivido cerca de los puestos de pollo frito.

Con la gran excepción de Ruth la gangosa. Ajá, aunque parezca inverosímil, la encontré bastantes años después y aunque yo no la reconocí, ella sí que lo hizo. Me agarró del brazo, sacó del recuerdo esas otras veces, con sus uñas afiladas, y un nuevo cuerpo retorcido.

Porque Ruth, no sólo venció a la silla: la hizo suya de cintura para abajo. Las ruedas añadidas, los refuerzos metálicos y el cojín, de colores absurdos, no disimularon sus calvas de madera, los dedos invisibles que habíamos dejado impresas.

—¿Telmo?

—También se sentó...

Fue sencillo, mucho, imaginarlo allí sentado. Puede que atado, amordazado con trapos sucios y mojados y, por supuesto, rodeados de un círculo de jueces pequeños, patizambos y escuchimizados.

—Y no superó la prueba.

La sombra de Ruth, con la silla, se fundió en una mancha informe al alejarse. Contenía tantas, tantas, que me fue imposible distinguir la mía



Por Carlos Ruiz Santiago

Lo que el mundo enferma, la sombra lo sana... ¡una historia de corrupción y dolor en que la salvación llega... desde las oscuras profundidades del abismo!

* * *

Rose Miller no estaba sonriendo. Y no era porque estuviera triste o enfadada, simplemente no sentía. Estaba mirando a la rueda pinchada del coche de su padre con dos ojos como huevos, secos y muertos. Los brazos cruzados, el corazón latiendo a toda velocidad coma escondido en el interior de su estrecha caja torácica. Su semblante era el de una decadente estatua de una civilización hace mucho olvidada.

Su padre le gritaba a la rueda, intentando hacer algo útil con el fuego que ardía en su interior, fallando miserablemente en el proceso. Su madre, la espalda torcida y los ojos húmedos, miraba al brillante horizonte de aquel soleado día de verano, el primero de sus vacaciones. Su padre se giró y observó el rostro pétreo de Rose.

—La vida tiene estos giros —dijo con voz pastosa. Aquello era peor que la ira: era la taladradora voz del paternalismo, o al menos de la edad—. No puedes estar enfadada por esto, pura casualidad cuando tienes que aprender adaptarte a los cambios.

—No estoy enfadada —respondió Rose, lacónica.

De algún modo, todo se retorció como una serpiente de cascabel, como un gusano en el fango, como el tentáculo de un horrible cefalópodo. De algún modo, ella en el objeto culpar. No importaba cómo reaccionase, no importaba si era su culpa o la maldición de un dios con

un gran sentido de la crueldad, vileza idéntica a la de cada dios sediento de sangre la larga historia de los sangrientos, terribles y todopoderosos dioses.

Rose se alejó del coche, la atmósfera se estaba volviendo demasiado densa y aceitosa a su alrededor, como si se tratase de una pesadilla. Su madre estaba murmurando excusas, masticando las mismas palabras que su padre había dicho, tan solo usando un tono diferente. Su voz era más difícil de ignorar, su personalidad extremadamente complaciente le hacía sentir que las muchas lesiones que su madre tenía desde la niñez habían sido su culpa. Era una sentencia que Rose debía pagar cuidando del cuerpo de su madre, podrido en vida, dejando qué es una joven alma se abotarga echo un cuerpo flotando en un río, demasiado deforme para identificarlo como humano. Ellos seguían hablando, culpándola a ella por errores del futuro y el pasado, imaginaciones y medias realidades.

Respiración de la rápida, superficial. Estaba más ilusionada por aquella excursión que cualquiera de ellos, y ahora ella tenía que mantenerse como una figura estoica sin importar lo que hubiese ocurrido. Injusto, incluso si ella había olvidado la posibilidad de calma en su vida, lejos de sus padres, hacía mucho tiempo. Su sentencia, su carácter, nacida en las manos de esclavistas, el sistema danzando al son de su macabra música alrededor de ellos. Era como si ellos fueran su Dios, como si fuera comprensible que una chica joven perdiera su vida cuidando de sus padres todos los días y sus noches. Una serpiente devorándose a sí misma, nunca sabiendo cuándo terminar, esa era la vida que sus padres le ofrecían.

Una hora después de llamarlo, la camioneta del seguro remolcó el coche hasta el taller. Un desafortunado clavo había rajado la rueda, como colocado ahí por un dios sadista hambriento de sacrificios. Desgracias trae y a los hombres solo les queda aceptar, así es como la realidad que Dios creó funciona.

Volvieron a casa. Rose estaba triste, mas lágrimas no cayeron de sus ojos, ni siquiera cuando recordó la suave canción del mar, la inmensidad de las dunas oceánicas como el escenario de un planeta alienígena. Uno que era más silencioso, algo en el aire que nadie se atrevía a romper. Se sentó en el asiento de atrás del coche, muy quieta, como uno de esos cadáveres de familias de hace siglos, aquellos que hacían que pareciesen dormidos para tomarles unas últimas fotografías. Sin descanso, incluso en la muerte. Atrapados en sus propias vidas, ni el tifus ni a tuberculosis pudieron salvarnos de la cárcel que era la injusta existencia que les había tocado vivir. Rose los compadecía como a hermanos.

Su padre siempre le decía que no debía quejarse, que él había perdido a su primera mujer contra el cáncer, que su madre tenía Parkinson, que la gente moría en África y Asia por cosas que ella trataba como obvias. Todo el mundo tenía siempre problemas peores que los suyos, todos enormes y aberrantes desde sus propios mundos, los suyos siempre insignificantes y molestos.

Se fue a su habitación y estudió un poco más. Una insoportable asignatura de unos insoportables estudios que sus padres decían que eran los más adecuados para encontrar un trabajo. Algo para encontrar estabilidad, cerca de ellos, para ayudarlos. Al fin y al cabo, ¿qué

clase de hija desagradecida era ella? Su madre estaba enferma, sus padres la necesitaban. A ella, a su juventud. Lo necesitaban absolutamente todo.

Cuando la noche mostró su argéntea sonrisa maligna, Rose salió. Las calles eran oscuras, las luces lo suficientemente bajas como para ocultarla, quizás incluso tan tenues como para ayudarla a encontrar algo suave y caliente que salvara su noche. Nada profundo o significativo, ella no estaba hecha para eso, no lo merecía. La sentencia dictaminada era clara. Sin amor, sin amigos, sin arte surgido de las galerías más profundas del corazón. Solo algo rápido que le diera la momentánea sensación de un sentimiento que no existía.

Justo antes de salir, su hermano le sonrió. Con el doble de su edad, medio calvo y trabajador incansable, era la rata ideal siguiendo la flauta de Hamelín de sus amantísimos padres. Aún atrapado allí, en la cárcel, como un espejo de sí misma. Incluso peor, atrapado con una sonrisa como la de los miembros de algún incognoscible culto, con el cerebro demasiado lavado para ser consciente de lo que estaba haciendo, de todo lo que había perdido.

Rose se fue sin responder. Sin mirar hacia atrás, no esta vez.

* * *

La noche era un vacío sin estrellas, un inconmensurable monstruo que parecía devorar todo lo que se atreviese a rodearlo.

—Dios —pensó Rose sin saber muy bien de dónde le surgía la idea—. El rostro de Dios debe de verse exactamente así. Inmenso, inconmensurable, pesadillesco.

Iba paseando, el viento aullando como si tratará de reprenderla por haber cometido algún tipo de sacrilegio. Las calles estaban vacías, las esquinas eran cenizas, la luna era una cara rota por la locura con una inmensa sonrisa de dientes amarillentos. La chica estaba borracha. No le gustaba el alcohol, la sensación que producía, volviendo cada paso vertiginoso, sentirse menos una misma y más una marioneta en manos de Baco. No obstante, era peor tener la mente clara. Cuando estabas sola, intentaba llorar, pero no era capaz. Por eso por lo que había empezado a beber.

Rose observó su distorsionador reflejo en las turbias aguas del río que cruzaba por el centro de la ciudad. Era como una cicatriz en los ojos de Dios, una tan profunda que no le permitía ver nada más que sangre. El reflejo mostraba un rostro demasiado joven para estar tan arruinado, por fuera y por dentro. Demasiado destrozado para mirarlo. ¿Cómo de roto tenía que estar alguien para no ser capaz de llorar cuando sentía que debía hacerlo? Ni siquiera podía realizar ese humano acto reflejo, ni tan siquiera era merecedora de una vida humana. Su condena, ese era su destino, ser solo un borrón de tinta en una nota a pie de página de su propia vida.

Cuando Rose tropezó con un adoquín y cayó, sus ojos estaban insoportablemente secos, su alma vaciada. Su cuerpo no se sentía preparado para levantarse y andar por la misma poza tenebrosa. Era solo un bulto en medio de la acera, una incómoda casualidad como el clavo

en medio de la carretera. Uno de esos pequeños detalles que un dios de sangre fría deja ahí solo para que alguien que no lo merece sufra.

La chica trastabilló, dando torpes pasos hacia atrás, y cayó a las aceitosas aguas del río. Antes de que pudiera darse cuenta de lo gélidas que eran las corrientes, el impacto la dejó inconsciente. De repente, olvidó quién era, dónde estaba. Arriba y abajo, derecha a izquierda, miras palabras en un océano de confusión.

Fuera hacía frío, por dentro estaba ardiendo. Era una sensación agradable, no obstante. Silenciosa, tranquila, tan oscura que no podía verse. Perfecto era aquel nuevo hogar.

La joven sonrió mientras las corrientes la arrastraban hacia dónde los poderosos y despiadados dioses que la habían condenado no se atrevían a mirar. Aquellos eran otros reinos, lugares donde otras cosas de corazón mancillado reinaban.

Allí abajo, otros dioses gobernaban.

* * *

Rose recordaba a su primera madre, la que había muerto devorada por el cáncer. Ella siempre había sido buena recordando la muerte. Había algo en ella, algo sosegado y hórrido, inevitable y temido, una tierra de contrastes.

Era solo una niña pequeña, casi un bebé, cuando sucedió. Un sarcoma agresivo que se comía el hueso y la carne, peor que cualquiera bestia de la mente humana pudiera crear. Ella andaba torpemente por el pasillo, de un blanco puro como las telas que la muerte usaba de vestimenta. Ella no era más que una naufraga en un ignoto páramo, demasiado pequeña para recordar los detalles, la mayoría de ellos insertados por su padre y su hermano mayor.

Entró en la demacrada habitación donde su madre se moría. Era la rama más fina del árbol más raquítrico del mundo, tan efímera como los suspiros de amor eterno, como la brisa fresca en verano y la felicidad en los salvajes tiempos en los que vivían.

Ella era todo huesos delicados y piel seca, una momia, un muerto viviente. La miró, sin llorar por no terminar de comprender que estaba sucediendo. Su madre, la musa de los resplandecientes ojos verduzcos, ahora miraba al techo en una competición para ver quién tenía un color más apagado. Ni viva ni muerta.

—Mamá debería estar muerta —pensó Rose en una voz que no sonaba como la suya. Era un rugido demencial y desesperado en su cerebro—. Nadie debería vivir así.

Abandonó la habitación en silencio, boira alrededor de todo lo que había sucedido en el interior. El pasillo ahora estaba devastado. No lo recordaba así, pero no importaba. Los suelos húmedos, las fétidas algas, el aire gélido, los muros llorando, el techo lloviendo.

Una forma, sombra hecha carne, apareció. Larga, terrible, antigua, despierta por su presencia. Todo eso supo Rose por puro instinto. Tal vez no fuera instinto, tal vez eran susurros en su cerebro. No tenía expresión, casi no tenía forma en realidad, pero ella sabía que sonreía. Era un «él» y no un «eso», otro hecho tan claro como inexplicable en su mente.

Él la tocó. Sin manos, sin masa y, de algún modo, fue indudable su tacto.

—Eres una niñita muy bonita, ¿lo sabías? —su voz era como tragar alquitrán, como si llorase y riesa al mismo tiempo.

Ella trato de responder, de decir lo que sea que se le viniese a la cabeza, pero no pudo. Cada vez que abría la boca no lograba que surgiera otra cosa que no fuese litros de agua helada, llenos de pequeños cangrejos y grisáceos gusanos. Una garra de ébano acarició su barriga. La imperante necesidad de vomitar se apoderó de ella.

Aquello ya no era un hospital, solo un inacabable entramado de agua abisal. A su alrededor había construcciones de un blanco perlado, como una ciudad maldita que era devorada por las aguas y olvidada por la superficie. En un rincón oscuro dentro del helado río, yaciendo inmóvil, esperando a alguien que quisiese mirar. Viajeros perdidos en busca de la muerte, como Rose, sola en la ciudad submarina, rodeada de sombras más oscuras que la propia oscuridad.

Él quería algo de ella, pues también tenía problemas, como todo el mundo. Sin embargo, él era diferente al resto. No la juzgaba, no la hundía. La ayudaba, de hecho.

—Tú quieres algo —decía con su voz que no lo era—. Yo quiero algo. Tú quieres ser feliz. Yo quiero ser.

A Rose le parecía comprensible. Un trato justo. Ayudarse mutuamente.

El agua estaba tan fría qué comenzaba a notarse entumecida, una sensación que no le desagradaba especialmente. Mas las palabras de la sombra hacían que la chica recordase por qué alguien querría sentir. Sentir de nuevo. Felicidad, ira. Ser capaz de llorar, incluso.

Ella aceptó el trato. Todo parecía tan irreal, tan carente de significado. Ella aceptó. Entonces, una imparable fuerza la arrastró fuera del río y la línea entre los sueños y la realidad se volvió aún más fina.

* * *

El cielo nocturno estaba tan nublado que ni siquiera podía ver la luna. Rose estaba sola, su ropa rasgada, su piel húmeda, el viento rugiendo. No se estaba congelando, se sentía bien. Todo estaba bien. Demasiado cansada para preocuparse, solo andando como un autómata, siguiendo la senda que llevaba casa.

Rose estaba feliz, pensando en cómo se sentirían las sábanas de su cama rodeando su cuerpo. El pelo chorreaba agua turbia, los zapatos se habían perdido en algún fangoso lugar en el fondo del río. No tiritaba, sentía un calor dulce en su interior que la recorría desde su estómago hasta las extremidades. Se sentía bien, como si cada problema en su vida hubiese sido cubierto por una cortina roja, como en un teatro.

Había hecho un trato. Quizás solo hubiera sido un sueño, pero había sido uno muy dulce, uno como nunca había tenido antes. La ciudad era todo siluetas, formas danzantes en la noche, volviéndose uno con la oscuridad. Era como si los antiguos edificios y las orgullosas estatuas hubiesen sido reducidas a escombros por un silencioso apocalipsis. Ni trompetas ni fuego ni demonios carcajeantes, solo el tiempo desvaneciendo la civilización.

SOBRE CÓMO LA REINA DE LAS SOMBRAS GANÓ

Tres individuos aparecieron de alguna fosa infernal. Tenían malas intenciones en sus ojos, y aún peores en sus manos. Sus sonrisas no auguraban bromas agradables, sus palabras eran pronunciadas como incuestionables. No obstante, Rose no estaba asustada, incluso si debiera estarlo. Una cálida voz paternal dentro suya, ni sobreprotectora ni acusadora, la tranquilizaba. Las pocas farolas que aún estaba funcionando proyectaban largas sombras coma amorfas imparables como el fin de los tiempos.

Los tres hombres se acercaron a ella, tocando su piel, preguntando si estaba tan mojada en todos lados. Risas, no realmente divertidas. Rose comenzó a sentirse algo molesta, como si estuviese esperando demasiado para que su comida fuese servida.

La sombra, no del todo una sombra, se despegó del suelo. Era grande como las montañas, retorcida como las serpientes, sus brazos contorsionados como ramas de un árbol moribundo, con sus ojos estrellas pútridas en la inmensidad del espacio. Los hombres continuaban concentrados en Rose, lamiéndola, tocando su entrepierna. Eran agresivos, la chica imaginaba que, tal vez, podrían herirla. Y, aun así, no sintió miedo.

Entonces, uno de ellos desapareció. Sus compañeros ni siquiera se dieron cuenta hasta que al menos pasado un minuto o dos. Ningún sonido, tan solo crujidos húmedos en la distancia. Después, otro más. El violador restante vio de reojo un borrón oscuro que se elevaba hasta desaparecer. No hubo sonido alguno hasta que el cadáver de su amigo cayó desde una imposible distancia.

Rose observó con curiosidad. Ni hueso ni músculo, sólo una masa indefinida con ojos aterrorizados. Antes de que el hombre pudiera gritar, la sombra apareció delante de él.

Un momento de contemplación. Las farolas se apagaron.

En la oscuridad absoluta, en un imposible y placentero silencio, Rose pensó que, quizás, la felicidad no era tan solo una fantasía.

Una sombra antediluviana, recientemente escapada de su prisión subacuática, estuvo de acuerdo.

* * *

Tres meses como tres latidos de corazón habían pasado desde que Rose había hablado con la sombra que detestaba ser una un reflejo inmaterial en las profundidades de un río. Ambos habían hecho un trato, un pacto que estaban cumpliendo.

La luz cruzaba limpia y clara a través de la ventana del apartamento que había alquilado, gracias al modesto pero decente trabajo que había encontrado como investigadora en la universidad en la que hacía unos años se había licenciado. Rose había intentado obtener el puesto durante años, pero el mundo académico está lleno de elitismo. Sin embargo, la suerte había estado esa vez de su parte. Uno de los miembros había muerto durante un inesperado aneurisma. Una tragedia; el camino hacia su sueño, también eso era una realidad. Las lágrimas pueden saber dulces, dependiendo de quién las beba.

La espantosa cacofonía que sus padres representaban se había vuelto ruido de fondo en su vida, gracias a los agresivos picos que últimamente habían sufrido en las muchas enfermedades que habían ido recolectando a lo largo de los años. Era cuestión de tiempo, había sido un golpe de suerte que hubiese sucedido justo cuando ella obtenía algo de independencia económica. La chica los había visitado con la felicidad que el poder da. Era libre y, en el sufrimiento de sus progenitores, había encontrado un placer culpable. No estaba bien, pues los quería. También los odiaba. La chica no entendía que sentía, que era real o que se trataba de una nocturna danza con el diablo. Sin embargo, se sentía feliz y eso sí lo sabía. Una sensación cálida en su estómago, suave y melosa. Todo iría bien.

También se sentía más guapa. Sus muslos se habían vuelto más gruesos, sus caderas más perceptibles, sus pechos más grandes. A veces, se inflamaban y supuraban un líquido blancuzco con hedor a capas de hojas en putrefacción. Era algo puntual, nada a lo que ella diera demasiada importancia. Al fin y al cabo, los cambios hormonales eran bastante comunes en la vida de una mujer. Nada de lo que preocuparse, por supuesto.

También había encontrado un nuevo novio, un chico agradable llamado a Albert. Era bueno, dulce, la sonrisa brillante y la mente de un soñador. Habían conectado desde el primer momento. Rose se había sorprendido bastante cuando habían hecho el amor por primera vez. Era más agresivo de lo que podría esperarse, mordiendo sus muslos, haciendo presa en su cuello, sus ojos resplandeciendo con un fétido odio animal que a ella no le terminaba de desagradar. Cuando terminaban en una explosión de pura lujuria, de abrumador placer, él volvía a ser el chico afable del que ella se había enamorado. Rose adoraba ese contraste y, cuanto más tiempo pasaban juntos, más lo adoraba. Esa famélica oscuridad a su alrededor cuando la montaba, difuminando su forma hasta que no era más que un obsidiano monolito de hueso y carne. Sus fetiches se volvían cada vez más extraños, y ella adoraba todos ellos. Perversiones con fluidos, con partes de su cuerpo que ni siquiera había podido imaginar que fueran eróticas.

Cada vez que acababan, Rose dormía en calma. Soñaba con reinos olvidados, llenos de esclavos. En aquella visión onírica había un translúcido trono de pura luz en el que se sentaba un rey. Un conquistador con una corona de fuego y gemidos, una armadura hecha de la piel de un millar de bebés sobre un cuerpo robusto con zarpas color ónice. Rose le sonreía, desconcertada, cuando él le susurraba las mismas palabras que le decía en cada sueño desde hacía tres meses.

—Tú eres mi niñita, ¿verdad? Mi pequeña reina del infierno.

* * *

Seis meses habían pasado desde que la vida de Rose había comenzado a mejorar. Seis meses como las seis carcajadas que el demonio había levantado cuando Dios lo había condenado.

Seis, un buen número. El doble de tres, dos tercios de nueve.

SOBRE CÓMO LA REINA DE LAS SOMBRAS GANÓ

Seis, cómo la forma de la marca que había aparecido cómo sarna en la nuda de Rose hacía unas semanas. Seis meses en los que Rose había descubierto que estaba embarazada.

Sus pechos se habían hecho más grandes, su estómago se había hinchado y la piel estaba tensa. Albert era el padre, eso era seguro. No había estado con nadie más, nadie que pudiera satisfacerla del modo en él que lo hacía. Sus amigos se habían ido. No eran verdaderos amigos si la dejaban sola. Sus padres estaban muy envejecidos, moribundos, sus vidas consumiéndose más rápido de lo que debería.

La joven estaba feliz con los cambios, más tiempo para ella, para su amante, que trabajaba más y la follaba más fuerte. Cuando hacían el amor, ella podía sentir fuego a través de su piel. No calor, no excitación; aquello era puro fuego. Lenguas de infierno cociéndola viva. Placer y dolor, unidos desde el nacimiento. Cuando el orgasmo andaba cerca, su visión se empañaba y podía ver un cielo anaranjado en el techo. Albert se transmutaba en una larga sombra cornuda con una perversa mueca que ella suponía una sonrisa. El sol estaba roto en el convulso firmamento, la luna era roja y gargantuesca. Miedo y felicidad, inseparables. El resto era todo pesadillas, sueños febriles de una demente.

La ascendieron en su trabajo, a pesar de que apenas iba. La suerte le sonreía cómo lo haría una polilla con demasiados dientes, fuese lo que fuese que significaba aquel pensamiento intrusivo. Uno de tantos. La felicidad era un sentimiento extraño, menos excitante de lo que había pensado que sería. Calidez en su estómago, siempre manteniéndola en el buen camino cuando las dudas le asaltaban. Una señal divina, una promesa de que todo iría bien.

* * *

Nueve meses de felicidad ininterrumpida. Albert no estaba con ella en la cama mientras se contorsionaba en horripilantes latigazos de puro dolor. De hecho, ella no lo había visto en semanas. Estaba bien, no se sentía sola. No había estado sola en aquellos nueve meses.

La habitación emitía una peste emética, una densa costra de sarna en las paredes y en el suelo, insectos saliendo de ella. El dolor era inenarrable, la sombra cogiendo su mano en aquel momento tan íntimo. Aullaba al cielo, cubierto por el sucio techo. Aullaba a lo celestial, a las frías y blancas nubes y a su furioso y todopoderoso señor. Era catártico de algún modo, carcajeándose del dolor que el buen Dios le había condenado a sentir.

Su hijo pronto nacería. Su amante, su hijo, la misma cosa. Placer y dolor, indivisibles.

El techo estalló, como si una fuerza invisible lo hubiese transformado en polvo. El cielo era naranja, vibrante, las nubes eran negras y la luna roja como los ojos de los drogadictos, demasiado desesperados para darse cuenta de las cosas horribles que estaban haciendo.

De su vagina aparecieron dos zarpas. Una súbita fuerza, algo desgarrándola desde el interior. De fondo, el sonido de huracanes.

Sus padres estaban muertos. Albert estaba muerto. Sus amigos estaban muertos. Los edificios eran demolidos. Todo aquello sabía ella por puro instinto, la clarividencia de los moribundos.

REFUGIO BIZARRO

Un instante más de dolor y, después, la paz que el vacío ofrecía. Muerte, nada más que eso. Solo en la obliteración ella había encontrado la verdadera felicidad, una promesa cumplida.

Rose observó, en su último aliento, la sombría forma hecha ahora carne y hueso. Se elevaba sobre las decadentes ruinas de lo que quedaba del mundo. La joven murió, sabiendo que el apocalipsis había empezado en completo silencio.

Muerte, muerte para todos.

Paz, paz para todos.

La luna carmesí sonrió una vez más.





Por Yolanda Fernández Benito

*Ante lo confuso de la existencia
mundana, no son pocos los que acaban
abrazando una convicción: que no hay
mayores divinidades que Poder y Riqueza.*

* * *

«En el principio de los tiempos, cansados de los primitivos y estáticos mundos que habían creado hasta entonces, los Únicos decidieron innovar pariendo un universo al que dotaron de libertad para expandirse a su antojo. Pero como todo lo que nace de un capricho, los creadores no tardaron en perder el interés y desviar su atención hacia otras dimensiones.

No fueron conscientes de la magnitud alcanzada por aquel olvidado universo hasta que los ecos de sus moradores llegaron hasta sus incorpóreos sentidos. Entre jubilosos y excitados por aquella algarabía que prometía sacarles del tedio en el que volvían a estar sumidos, corrieron a encontrarse con el fruto del libre albedrío por ellos concedido.

Henchidos de orgullo, se mostraron ante su creación como dioses absolutos a los que venerar y rendir pleitesía. Contra todo pronóstico, pocas fueron las criaturas pobladoras de los planetas que mostraron el respeto y la sumisión esperadas. La mayoría les ignoró e incluso algunos renegaron de ellos con actitud desafiante.

Rebosantes de ira, ardieron en deseos de acabar con semejante descontrol, arrasando el díscolo universo y la totalidad de sus moradores sin hacer distinción entre impíos y gentiles. Sin embargo, tras un largo periodo de reflexión y en aras de no volver a caer en el mismo error en futuras creaciones, decidieron que lo más sensato sería estudiar a fondo el funcionamiento y las motivaciones de todos aquellos dispares seres.

Tal era la variedad de planetas y de especies, que incluso antes de empezar con su nuevo proyecto, se vieron abrumados por la ingente tarea que les esperaba. Como ninguno de ellos estaba dispuesto a reconocer que no quería invertir ni media eternidad en semejante faena y no era digno de su divina naturaleza eludir tan necesaria empresa, decidieron que debían contar con los servicios de algún ser que pudiese llevar a cabo la realización de tan faraónico quehacer.

Fruto de aquellas elucubraciones, los Únicos alumbraron a las Imágenes, seres creados a su imagen y semejanza dotados de la capacidad de poder ser contenidos en los impíos cuerpos de los individuos objetos de estudio.

Cuentan los antiguos libros que, aunque en un principio fueron alumbradas seis Imágenes, cuatro de ellas se alzaron en contra de sus creadores negándose a cumplir el ingente cometido para el que habían sido concebidos. En esta ocasión, hartos de tanta insumisión, a los Únicos no les tembló el pulso y los destruyeron de la forma más cruel posible.

Sin embargo, las otras dos Imágenes acataron sin ninguna reticencia el propósito para el que se les había creado. Uno de ellos optó por construirse una elevada atalaya dotada de un aparatoso telescopio con el que observar la totalidad del Universo desde la distancia.

Por el contrario, la segunda Imagen, más intrépida e inquieta, aprovechando la posibilidad de poseer cualquier cuerpo, se decantó por mezclarse con todos y cada uno de aquellos seres inferiores.

Durante siglos el Viejo y la Vagabunda, nombres con los que fueron bautizados por los primeros profetas, se dedicaron en cuerpo y alma a la observación y el estudio de cuantos seres les rodeaban, consiguiendo atesorar todo el conocimiento del Universo. Pero los Únicos, lejos de premiar el desempeño de tal ardua tarea, dejaron que los celos por los conocimientos adquiridos les poseyesen y decidieron procurarles el mismo final que a sus insurrectas hermanas.

Quiso la casualidad que la Vagabunda, fascinada por la gran belleza de una mariposa estelar, poseyese el cuerpo de una de ellas y se acercase a la morada de los Únicos para que ellos también disfrutasen de semejante belleza y, sin ser vista, escuchase el injusto final que les tenían preparado.

Rauda y veloz, voló hasta la atalaya de El Viejo desde dónde emprendieron su huida. Cuentan los libros sagrados que eligieron para su retiro el planeta más colorido y diverso que encontraron, nuestra querida Tierra, y que aquel que logre descubrirlos podrá absorber todo el conocimiento del Universo».

Concluyó con solemnidad la lectura del antiquísimo códice que reposaba en el facistol colocado estratégicamente para que sus acólitos pudiesen disfrutar de la ceremonia sentados en los cómodos estalos de la sillería sin perder el anonimato. Con paso lento, pero decidido se encamino hacia el altar ceremonial, donde, impacientes, esperaban los verdaderos protagonistas de la velada.

Según se aproximaba al enorme receptáculo de plata destinado a contener el conocimiento del Universo, pudo observar en él las desdibujadas figuras de los acólitos que expectantes, se inclinaban hacia delante en sus asientos para mejorar la visión de lo que en breve iba a suceder. La poca definición del reflejo de la superficie bruñida y las enormes capuchas que cubrían sus cabezas y gran parte de sus rostros evitaron que tuviese que lidiar con el desagradable rictus mezcla de satisfacción y morbo, que por experiencia sabía que transformaban las caras de aquellos desconocidos ávidos de nuevas experiencias.

EL VIEJO Y LA VAGABUNDA

Una vez estuvo a la altura del receptáculo, su mirada se topó con los ojos de la pareja. En aquellos ojos ya no quedaba nada del brillo con el que le saludaron la tarde en que llamaron a su puerta deseosos de adoctrinarle sobre la verdadera fe. La sorpresa, mezclada con alegría, que había iluminado sus ojos cuando les invitó a pasar para tomar un café y escuchar las excelencias del dios verdadero, ahora se mezclaba con el pavor por lo bizarro de la escena en la que sin darse cuenta se habían convertido en protagonistas. Los lastimeros gemidos emitidos a través de la mordaza que cubría sus bocas, poco se parecían a las cantarinas voces con las que tarde tras tarde habían desplegado su sapiencia y que con el tiempo le había hecho pensar en que por fin se había topado con los receptáculos de las Imágenes perdidas.

Juan, que ya peinaba canas, era una enciclopedia andante y su hija Clara era una jovencita muy risueña que acababa de regresar de un viaje iniciático por las congregaciones que su iglesia tenía repartidas por todo el mundo. Le costaba reconocer que, durante los meses de observación, había llegado a coger cariño a aquella pareja, pero debía seguir con el ritual. Algo en su interior, le decía que estaba apunto de conseguirlo.

Rehuyó la mirada de aquellos dos corderos inocentes, que en el fondo desconocían el poder que atesoraban en sus insignificantes cuerpos humanos y revisó por última vez las correas que les sujetaban a la camilla, que los potentes electrodos estuviesen colocados correctamente y, lo más importante, que el circuito de vuelta que canalizaría todo el saber del Universo transformándolo en energía que quedaría depositado en la pila de plata y que más tarde procesaría y vertería en su propio cuerpo, estuviese despejado.

«Oh, grandísimas Imágenes creadas por los Únicos y poseedoras de todo el conocimiento del Universo, os rogamos que abandonéis estos cuerpos impuros en los que os escondéis para dotaros de uno acorde a vuestra magnificencia y que os permita salir de vuestro ostracismo y vengaros de los caprichosos Únicos por su despreciable traición. Oh, Viejo, Oh Vagabunda, os invitamos a que mostréis vuestro poder tornando la plata en ónix como relatan las viejas escrituras» entonó con voz solemne mientras accionaba la palanca que activaba el complicado circuito eléctrico que el mismo había perfeccionado con el paso de los años.

El ruido de los chisporroteos eléctricos mezclado con los alaridos, amortiguados por las mordazas, de aquel padre y su hija que tan mala suerte tuvieron por picar en la puerta equivocada se extinguió dando paso a las primeras exclamaciones de sorpresa que rápidamente se transformaron en un ensordecedor griterío procedente de la jauría humana que a duras penas se mantenía recluida en la antigua sillería. Pasada la euforia inicial y como si de una coreografía ensayada se tratase, todos y cada uno de aquellos depredadores que habían representado el papel de acólitos durante la ceremonia extrajeron sus móviles del bolsillo interior del hábito ceremonial y teclearon la orden de transferencia antes de salir de la vieja ermita abandonada.

Cuando todos aquellos desgraciados, millonarios aburridos deseosos de nuevas emociones, habían desaparecido y cesado las alertas del móvil que indicaban que las generosas donaciones habían llegado a sus cuentas opacas distribuidas por medio mundo, se dispuso a comprobar si aquellos cuerpos que descansaban inertes y rígidos en sus camillas

eran los recipientes que llevaba tanto tiempo buscando. Ilusionado se acercó al receptáculo de plata que ahora lucía de un prometedor color negro para comprobar si las profecías de las sagradas escrituras se habían cumplido. Intentando contener los nervios, pasó el dedo tembloroso por la oscura superficie y su desilusión fue en aumento al comprobar que lo que cubría la plata no era otra cosa que una fina capa de carbonilla, sin hallar ningún rastro de ónix.

Le hubiese gustado largarse de allí sin ni siquiera recoger aquel desastre y renunciar a su sacra búsqueda, pero al ver en la pantalla del móvil el elevado montante de las contribuciones donadas a su sacrosanta causa y el mensaje de la versada pareja de *hari kisna* que había conocido en Londres hacía unos meses en el que le comunicaban que aceptaban su invitación para visitar España, borraron todas las dudas y le recordaron que estaba en el buen camino. Con energías renovadas comenzó con la limpieza de la ermita, convencido de que tarde o temprano se toparía con el Viejo y la Vagabunda.





¿Amor, obsesión... o algo más oscuro? ¡En un mundo remoto, la delgada línea entre amigos y enemigos se desdibuja bajo el delicado y funesto beso del caos encarnado!

* * *

Me desplazo con cautela por las sombras, infiltrándome en la zona del enemigo. El paisaje de Hiperión, uno de los ochenta y tres satélites que orbitan alrededor de Saturno, es similar a un bosque de la Tierra, solo que, en vez de primar el verde y el marrón, aquí destaca el blanco y el azul. El suelo está completamente congelado con una vasta capa de hielo que se mantiene gracias a la temperatura ambiente, en torno a -176°C . La flora se basa en sendos arbustos y hierbajos que han conseguido adaptarse al frío hábitat y sobreviven pese a este.

Me centro en mis objetivos, obviando el resto de distracciones. Los veo hablar despreocupados, charlando en ese idioma que solo ellos entienden. Para nosotros, los humanos, sus voces nos resultan irritantes, similares al ruido que hacen los grillos, pero con un tono más agudo, más molesto. Esa es solo una de las tantas cualidades que nos diferencian de los hiperiones, los seres que habitan Hiperión. Esta raza de alienígenas destaca por su retraso tecnológico. Aún no han descubierto el metal, pues siguen sobreviviendo haciendo uso único de la piedra y la madera. Apenas han avanzado en su evolución o, al menos, eso

asegura el C.C. (Comité Científico), quiénes los catalogan como animales superdesarrollados alejados evolutivamente de nosotros, los humanos. Físicamente son desagradables a la vista, con sus pieles traslúcidas que dejan entrever su sencilla red neuronal y arterial. Por lo demás, tienen cualidades similares a las de un mono: bípedos, pero necesitan apoyarse en sus manos con tal de avanzar con más rapidez; inteligentes hasta cierto punto, aunque estúpidos a la hora de combatir; y, ante todo, subdesarrollados emocionalmente. No sienten tristeza por la pérdida de aliados, tampoco ira ante la derrota. La ausencia de depredadores en su hábitat ha propiciado que estos seres no tengan necesidad ninguna de un sistema emocional que los mantenga a salvo.

Aun con su insignificancia, suponen un problema. Sus excrementos contaminan de manera drástica, debilitando el satélite, lo que propicia que se vaya destruyendo poco a poco. Por algún motivo, estos seres no se adaptan al lugar del que proceden, propiciando que el ecosistema sucumba ante un lento pero irremediable declive. Y, por ese motivo, la O.I.T. (Organización Interespacial Terráquea) nos encomendó la misión de aniquilar a las distintas tribus de hiperiones.

El escuadrón Alfa, el cual lidero, ha conseguido situarse en una posición estratégica perfecta para aniquilar a la tribu de la región norte del satélite. El escuadrón Beta y Gamma se encargan de las regiones este y oeste. La región sur, al estar inhabitada debido a su proximidad al planeta Saturno, no necesita de nadie que supervise. El problema principal reside en que los escuadrones Beta y Gamma ya han cumplido su objetivo, hallando con facilidad a las tribus. El escuadrón Alfa, por el contrario, ha tardado en encontrar a los condenados hiperiones. Su número, sumamente escaso, ha complicado la tarea de rastrearlos. Pero eso no importa, pues, al fin, los he encontrado. He dado órdenes a los míos de que rodeen el perímetro, lo que me permite tomar las riendas de la operación. Con suerte, no serán necesarios. Me dispongo a aniquilar a estos seres por mi cuenta, con tal de demostrar a la O.I.T. que soy más que válido en la labor de seguir liderando al escuadrón Alfa.

Están muy cerca, apenas nos separan unos metros. He rastreado a dieciocho especímenes, aunque delante de mí solo tengo a tres de ellos. Ignoran mi presencia, por lo que, sin miramientos, levanto mi rifle láser, apunto a la cabeza del más alto y, antes de apretar el gatillo, respiro con profundidad, pues sé que se van a desencadenar una serie de eventos que me impedirán centrarme en mi respiración.

Dicho y hecho. Dedico un segundo a observar la penetración del láser en el cráneo de uno de los objetivos y me preparo para los siguientes. Los otros dos giran sus cabezas hacia mí y me muestran sus ojos rojos, que sobresalen de su piel, siendo más grandes que los de los humanos. Aún no me han visto, pues me oculto en la maleza, por lo que no dudo en volver a disparar. Esta vez erro el tiro y el láser acierta en el hombro del segundo. Aunque no he acertado donde apuntaba, mi arma es tan potente que crea un hueco demasiado amplio en el cuerpo del hiperión, quien no logra sobrevivir al impacto.

HIPERIÓN

El tercero grita, supongo que, con la intención de alertar al resto, lo que forma parte de mi plan. Intento volver a dispararle, pero el muy condenado se mueve rápido, por lo que desisto y salgo de mi escondite. Es hora de usar los puños.

Me abalanzo sin temor sobre mi insignificante adversario con una velocidad sobrehumana gracias a la armadura ultraligera, que se adapta a la gravedad y me confiere mayor capacidad de movimiento, además de potenciar mi fuerza. El subdesarrollado ser tiene la intención de zafarse de mí, mas no lo consigue. Alzo los puños, armados con unos guanteletes de metal tan ligeros como letales, y encajo un golpe en su pecho, el cual cede con facilidad, permitiéndome atravesarlo sin resistencia. El hiperión levanta sus escuálidos brazos con tal de golpearme la cara, pero antes de hacerlo, ya cae inconsciente.

Sus ojos rojos, que no tienen párpados, me miran con odio, a pesar de que yo sé que estos insignificantes seres no pueden sentir tal cosa. Vuelvo a darle otro golpe en la cabeza para asegurarme de que está muerto, cuando compruebo que hay un cambio en el color de sus pupilas: dejan de ser rojas y toman un aspecto traslúcido, idéntico al del resto de su cuerpo.

Llegan varios hiperiones armados con lanzas rudimentarias que, aunque consiguieran alcanzarme, no podrían atravesar mi traje, mucho menos dañarme. Aun así, no me confío. Los miro de manera intimidante, haciendo gala de mi aterradora presencia y, solo entonces, levanto el arma. Uno de ellos me tira la lanza y la esquivo, con gracilidad. Es al primero que disparo, esta vez acertando en su cráneo. El segundo y el tercero, que están muy cerca del anterior, también mueren por la onda expansiva del láser. Realizo varios disparos más, sin apuntar fijamente a ningún objetivo, pues sé que, al estar apelotonados, no hace falta. Tras esto, me quedo sin munición, por lo que tiro el arma al suelo y me lanzo a por los supervivientes. Apenas aguantan dos asaltos de golpes, cuando me doy cuenta de que he acabado con todos. Dieciocho cadáveres, dieciocho hiperiones muertos, dieciocho victorias.

Oigo unos pasos. Sin perder ni un segundo, me deslizo hacia mi arma con tal de recuperarla, la agarro con firmeza y apunto al lugar donde he escuchado el sospechoso sonido. Hallo a un ser que, al principio, no logro identificar del todo. Luego comprendo de que es un hiperión, pero diferente. Su estatura es más pequeña, camina con mayor joroba que el resto y sus ojos rojos son desproporcionados en comparación con su fisionomía. Asumo con rapidez que se trata de un hiperión subdesarrollado o, quizás, un vástago de alguno de los que acababa de asesinar. No dudo. Alzo mi rifle, apunto con precisión a esos ojos rojos y, antes de disparar, recuerdo que me deshice del arma porque me quedé sin munición.

Le pierdo de vista por un segundo, cojo munición y, cuando me dispongo a insertarla en el cargador, vuelvo a mirar. El hiperión ha desaparecido. Mi corazón comienza a latir con rabia ante el error que acabo de cometer y me maldigo por ello.

No me dejo llevar por el pánico. Giro mi cabeza para confirmar que no está en los alrededores.

Arremete contra mí con un furor que hasta ahora nunca había visto en estos seres. Lo agarro por el brazo y, al apretar, reviento su extremidad. Al hiperión no parece importarle. Su

ira es más que evidente. Golpea mi casco con algo afilado y consigue crear una pequeña brecha. Siento cómo se escapa el oxígeno. Tomo consciencia de la gravedad de la situación. Le placo con todo mi ser y lo tiro al suelo. Le golpeo una infinidad de veces hasta convertir su pequeño cuerpo en un amasijo de piel traslúcida, vísceras y sangre azulada. Cojo un parche de cristal líquido, lo esparzo por el hueco del casco y lo sello. El resultado es inmediato. Vuelvo a respirar con normalidad.

Es entonces, cuando mi ansiedad se ve rebajada, que noto una viscosa secreción en mi ojo izquierdo. Lo cierro y abro varias veces, queriendo expulsar lo que sea que me está molestando. Al instante, la sensación desaparece. Sin darle más importancia, contemplo el fúnebre escenario.

El resto del escuadrón llega unos segundos después. Se asombran por la exitosa matanza y, sin perder ni un momento, aplauden con entusiasmo y me vitorean. El orgullo que me invade compensa mis escasos errores.

—La tribu de hiperiones de la región Norte ha sido eliminada —afirmo con rotundidad—. El escuadrón Alfa se alza con la victoria.

* * *

Los más fiesteros del escuadrón celebran el triunfo en el interior de la Nave-Estación, alrededor de una falsa fogata generada por un holograma que, en realidad, no es más que un radiador encubierto.

La atmósfera no puede ser más alegre. La operación ha sido un éxito. Mis subordinados ya saborean con entusiasmo su recompensa: la vuelta a la Tierra. Cada uno de ellos tiene motivos distintos: Galis quiere volver con su familia, a la cual no ve desde hace seis años; Rue desea visitar su hogar natal y retirarse durante una temporada; Cesle necesita alejarse del escuadrón, centrarse en sus aficiones y dejar su vida militar por un tiempo; y, el resto, más de lo mismo. Los conocía a todos y a cada uno de ellos, sus debilidades sus fortalezas y sus motivaciones. Mi deber como líder es estar pendiente de su entrenamiento, pero también de su estado psicológico. No eran pocos los que enloquecían con el paso de misiones, incapaces de adaptarse a los viajes entre planetas y satélites. Por ahora, no habían tenido problema y, tras la victoria, no los habría. Ya había pasado lo peor, solo quedaba descansar.

Me aseguro de la ausencia de problemas en el registro de mantenimiento de la Nave-Estación y observo el núcleo de fusión, con forma de gema azulada. Gracias a ese artificio, se genera la suficiente energía para regresar a la Tierra además de cubrir nuestras necesidades diarias. El viaje será largo, alrededor de tres meses, pero breve en comparación con las travesías cuyo destino se encuentra más allá del Sistema Solar. Quizás, si la O.I.T. ve con buenos ojos los avances en Hiperión, la próxima vez el escuadrón Alfa sea el encargado de liderar un viaje a un planeta desconocido.

Sin querer hacerme ilusiones, olvido el tema. Cierro la compuerta situada debajo del panel de control e introduzco la extensa clave que permite al sistema aceptar mi petición de

bloqueo. Tras asegurarme de que está completamente cerrada, salgo de la sala y me acerco a mis camaradas. Solo quedan cuatro fiesteros que se mantienen en la fogata de los doce que forman el escuadrón, pero se les ve muy entusiasmados divagando sobre un tema que no alcanzo a escuchar. Me planteo si unirme a la celebración o descansar, cuando Rue se da cuenta de mi presencia y con la mano me hace gestos para que me acerque. Resignado, me uno a mis subordinados.

—Pensábamos que ya te habías ido, ¿te quieres tomar una? —me pregunta Rue.

Por desgracia, él apenas recuerda su aspecto. En Hiperión, incluyendo el interior de la Nave-Estación, no pueden desequiparse ni del casco ni de la armadura. Todos los miembros del escuadrón disponen de distintas herramientas que arreglan averías y, sobre todo, del cristal líquido, el cual solidifica al instante cualquier escape superficial.

—Prefiero tener la cabeza en su sitio, quizás otro día —respondo tras un breve silencio.

—Eso dices siempre, Jaim, pero es mentira —afirma Cesle—. Llevo contigo... ¿Siete años ya? Y nunca has tomado ni una gota.

—¿Quizás sea por eso que yo soy el líder y tú mi subordinado?

El público estalla en carcajadas, a pesar de que no era una de mis mejores pullitas, y Cesle acepta la derrota alzando los hombros y bebiendo un trago. Pulsa uno de los botones de la mesa y, al instante, un líquido marrón atraviesa un tubo que asciende hasta el cuello y se oculta debajo del traje.

—Estábamos hablando de qué echábamos de menos de la Tierra —afirma Rue, desviando el tema de conversación al que tenían antes de que yo llegara.

—Rue dice que lo que más añora es su hogar, ¿te lo puedes creer? —pregunta Galis, sin esperar una respuesta— Yo no quiero verlo ni en pintura. A mí me basta con pasar tiempo junto a mi familia, que estará deseando que vuelva.

—Eso te crees tú, seguro que tu maridito se está ligando a un jovenzuelo —afirma Galis, sin miramientos.

—Mi maridito me espera con los brazos abiertos, ¿quién te espera a ti?

—Pues mi perro, el pobre estará desesperado.

—Anda que tener un perro y dedicarte a esto, a quién se le ocurre.

—¿Y tú, Jaim? ¿Qué es lo que más echas de menos?

Miro a Rue cuando me hace la pregunta y, aunque su rostro está oculto por el casco, sé que me mostraría verdadera curiosidad. No suelo hablar demasiado de mi vida privada, prefiero no hacerlo para que me sigan viendo como a un líder y no como a un compañero, pero, esta noche, me siento tentado. Cuando me dispongo a decir cualquier tontería, me viene a la mente una imagen nítida y clara. Sin más, me siento obligado a expresar lo que pienso, algo que no me suele pasar.

—Yo... —intento decir, buscando las palabras exactas—. Yo echo de menos a... Bueno, en realidad, no sé su nombre.

—¿Cómo que...? —intenta preguntar Cesle.

—Cállate —le ordena Rue, concentrada en el relato.

—Yo era un crío, apenas tendría diecisiete... ¿Quizás dieciocho? No lo recuerdo bien. Solía ir a un bar cercano a mi casa, donde me gustaba ir los fines de semana. Por aquél entonces no sabía qué hacer con mi vida, trabajaba en lo que podía y mi tiempo libre lo pasaba en ese antro. No hablaba con nadie, no hacía nada, solo bebía, miraba el móvil y esperaba a que pasase el tiempo. Sin embargo, un día apareció una mujer. Tendría treinta y pocos, era alta, esbelta. Poseía una cabellera dorada que, a simple vista, llamaba la atención. Su rostro no destacaba por ser bonito, aunque da igual, esa mujer hipnotizaba de otra forma. No era la más guapa, tampoco la que tenía mejor cuerpo, pero poseía algo que me atraía como nunca nadie me había atraído antes. Su forma de andar, sus maneras a la hora de gesticular, su sonrisa, siempre radiante, siempre ahí. Se vestía como nadie, eso os lo puedo asegurar. Las pocas veces que la vi, lucía vestidos llamativos que solo le quedaban bien a una mujer así. Me enganchó desde el primer momento. Se sentaba cerca y yo me cercioraba de no ser descarado. Vaya, seguro que más de una vez me pilló mirándola. Quería estar a su lado, respirar su aire, tocar su piel, sentirla cerca de mí.

» Una vez casi me atrevo a hablar con ella. Estábamos solos, ella no sé si esperaba a alguien, pero yo no. Se sentó a mi lado, se pidió una copa de una marca que yo ni conocía y se quedó allí, sin hacer nada, igual que yo. Me planteé preguntarle cómo se llamaba, qué hacía en un antro como ese, por qué no salíamos a pasear y hablábamos durante horas sobre lo mierda que es la vida y lo enganchados que estamos a ella. Pero no, no pasó. Se fue al rato, supongo que la dejaron plantada.

» Después de eso no recuerdo si volví a verla. Sí puedo deciros que me alisté tras un par de meses. Desde entonces no he vuelto a pisar el antro, tampoco sé nada de esa mujer. Quién sabe, quizás esté casada o lejos de dónde vivía. Aun así, habiendo pasado mucho tiempo, sigo recordando su imagen a la perfección. Es como si... Como si pudiera sentirla cerca de...

Cierro los ojos, obviando al resto de mis camaradas, y me imagino la escena que acabo de narrar. Casi lo consigo cuando compruebo que el silencio se ha apoderado de la sala. Miro a los presentes y descubro que todos están centrados en mí. De repente, me doy cuenta de lo que acabo de relatar. Ruborizado, no sé cómo salir de esta situación. Nunca me había sincerado con ellos, es más, nunca le había contado eso a nadie.

«¿Qué me pasa?», me pregunto a mí mismo.

Antes de que alguien diga alguna gilipollez, me adelanto y doy por finalizada la celebración. Me levanto, apago la falsa fogata y, sin decir nada, dejo claro que se ha acabado la fiesta por hoy. Los demás se levantan en silencio, sin ni siquiera despedirse, y cada uno se dirige a su habitación. Solo Rue se queda quieta un momento, quizás dudando de si debe de decirme algo, pero sin llegar a hacerlo.

Una vez todos han desaparecido, me dirijo de nuevo al panel de control. Me aseguro de que está bloqueado, como hago cada noche. Justo después me voy a mi habitación, que se encuentra al fondo de un largo pasillo en el que están el resto de módulos de descanso. Mientras camino, sigo preguntándome qué es lo que me ha pasado para haber mostrado un recuerdo tan íntimo a mis subordinados. Me cuestiono si la sensación de victoria se me ha

subido a la cabeza o si se debe al agotamiento tras la operación. Compruebo que me siento más acalorado de lo habitual, pudiendo deberse a una leve fiebre.

Sabiendo que, probablemente, el cansancio me esté jugando una mala pasada, me paso por el baño, enciendo la luz, conecto mi traje al dispensador y solicito un medicamento que me quite ese ligero malestar. Observo cómo un líquido blanco asciende por el tubo hasta mi boca y saboreo un producto químico al que ya estoy acostumbrado. El efecto es inmediato. Me siento de maravilla.

Con la mente más clara y con el calor desapareciendo, voy a mi habitación. Me acuesto en mi cama, cojo una buena postura, cierro los ojos y me intento dormir. Antes de conciliar el sueño, vuelvo a recordarla.

* * *

Estoy en el bar. Las luces están más apagadas que de costumbre. No hay nadie. El barman se ha esfumado y la gente no quiere ir a un antro como ese. Solo yo lo visito, aunque no sé por qué sigo yendo. Suena una música deprimente que ensalza un solo de guitarra largo y grave. Lo escucho con atención. Me dejo llevar por el sonido. Me contagia su tristeza.

La vida es una mierda. No encuentro motivos para seguir viviendo. Mi día a día se basa en currar, dormir, volver a currar y así hasta que llega el fin de semana y vengo a este bar, a este maldito bar, donde me gasto gran parte de mi salario en bebida que me hace sentir peor. No tiene sentido. No tiene sentido y, aun así, sigo haciéndolo. Un bucle sin fin. Un bucle que podría tener fin. Sí, puedo acabar con esto cuando quiera. Si me atreviera a...

Suena una campanilla. La iluminación del antro cambia, pues un rayo de sol se cuela por la puerta que acaba de abrirse. Mi atención ansía saber quién se atreve a romper mi angustiada cadena de pensamientos cuando descubro a la culpable.

Es ella. Ella. La mujer. La mujer que me enloquece. Está ahí, cerca, muy cerca. La luz la ilumina con precisión, destacando su figura. Va arreglada con una chupa de cuero y un vestidito azul ceñido a su cintura, pero holgado por abajo. Su rostro me cautiva, me deja embobado. Me hace recordar por qué voy a ese maldito antro cada semana. Es por ella. Ella es mi razón de ser. Ella lo es todo.

Abro los ojos. Está oscuro. Me levanto. Me aseguro de que no hay nadie despierto. Cojo el rifle láser y me dirijo al pasillo.

Se acerca a la barra y se sienta ahí como si nada, a tan solo unos centímetros de mí. No parece consciente de que exista, aunque estemos muy cerca. Ella no se dirige a nadie, simplemente llega, se sienta, se toma algo y espera. Como hago yo. Somos iguales. Al menos, en ese aspecto.

Camino despacio, esforzándome en no llamar la atención. Sé lo que tengo que hacer. Estoy entregado a mi nueva tarea. Mi nuevo objetivo. Mi nueva misión.

De repente, me mira. Sus ojos son azules, pero no un azul corriente, sino un azul especial. El cielo y el océano se quedan atrás en comparación. Un azul lejano, de otro mundo, de otro planeta.

Yo también la miro. No sé de dónde saco tanto valor, más lo hago. Le aguanto la mirada unos segundos, hasta que me rindo. He perdido la batalla, ella me ha ganado. No merezco vivir. Condeno mi existencia. Pero ella no opina igual, por extraño que parezca. Me toca el hombro con su mano, su dulce y perfecta mano, y me sonríe. Desde ese instante, sé que estoy perdido.

Entro a la primera habitación. El cadete duerme tranquilo. Es el más joven del escuadrón, ésta es su misión inicial. Siempre se esfuerza en parecer dispuesto a todo, nunca me ha fallado. Poco importa. Apunto con el rifle a su casco, activo el silenciador y aprieto el gatillo. Sus sesos se desparrraman por la cama. Su cuerpo, inerte, ni siquiera ha sido consciente de lo que estaba ocurriendo. Quedan diez.

Hace un ligero movimiento de cabeza señalando a la pista de baile, un cuadrado de azulejos negros y blancos que nadie ha utilizado jamás en ese lugar. Sin embargo, yo quiero hacerlo, porque ella me lo está pidiendo y soy su esclavo. Ella toma la iniciativa, se levanta, se contonea con gracia y se coloca en el punto perfecto, justo en medio de la pista de baile. Yo, mucho más patoso, me levanto y me muevo con lentitud, pues temo que, en cualquier momento, se vaya o se enfade, aunque no tenga motivos para hacerlo. Quiero satisfacerla por completo, me da miedo cagarla en cualquier punto. Tengo que ser sutil o la única oportunidad que he tenido en mi vida para ser feliz se esfumará.

En la segunda habitación comparten literas cuatro soldados. Son amigos, además de camaradas, y siempre solicitan dormir juntos durante las misiones. Su vínculo fraternal les permite ser un buen equipo de refuerzo. Poco importa. Disparo a dos de ellos desde la lejanía, pero a los otros dos no los alcanzo. Entro, me coloco al lado del de la izquierda y vuelvo a disparar. Me giro y veo a la que queda, la cual debe haberme escuchado. Le disparo de inmediato. Ella no llega a hacer nada. No puede asimilar lo que está ocurriendo. Mejor para mí. Quedan seis.

Cuando me coloco a su lado, respetando una separación adecuada entre dos personas que aún no son nada, espero a que ella me de otra señal. En cambio, me obvia. Se pone a bailar. Ya no suena una canción deprimente, sino una canción fiestera, que incita a moverse. Juraría que nunca había escuchado algo así en ese bar, pero agradezco a Dios que haya permitido que este milagro ocurra. Verla bailar es el mejor regalo que he recibido en mi vida. Ella parece disfrutarlo al máximo. Le encanta la música, adora el momento que está viviendo, ama sintonizarse con el mundo a través del sonido. Oigo que emite unos gemidos, unos gemidos extraños, parecidos a los de los grillos. Pero a mí, en vez de molestarme, me atrae. No sé si seré capaz de imitarla. Lo intento. Parece que sí, que puedo hacerlo. Ella sonríe y aplaude cuando lo hago. Me estoy sincronizando con ella. Estamos empezando a ser uno. Nos estamos uniendo a la perfección.

En la tercera y cuarta habitación acabo con otros dos. Cuando salgo de esta última, veo a Rue, que parece haber escuchado algo. Emite unos sonidos que ya no soy capaz de comprender. El lenguaje humano me resulta extraño, inentendible. Levanto el rifle y le apunto a la cara. Ella se zafa de mí, me golpea en el vientre. Siempre se ha resistido a mi liderazgo, siempre está ahí para decirme si me estoy equivocando, si debería de darle una vuelta a mi planificación. Me daba buenos consejos. Poco importa. Aguanto el golpe, arremeto contra su armadura y la tumbo al suelo. He tirado el rifle, ya no me hace falta. Aunque se resiste, logro golpearla varias veces con los puños hasta dejarla inconsciente. No me freno. Nunca me he frenado en una misión, no lo voy a hacer ahora. La golpeo una infinidad de veces, gruñendo por el esfuerzo que me ocasiona tener que atravesar la armadura. Mi gruñido suena como el de los hiperiones y eso está bien. Significa que todo está yendo bien. Cuando termino, no queda nada de lo que fue Rue. Su cuerpo no es más que un amasijo de piel humana, vísceras y sangre roja.

Me abraza por el entusiasmo. Yo no me atrevo a corresponderla. Además, me quedo embelesado por su perfume. Es adictivo. Acerco mi nariz a su cuello. Aspiro con ansiedad. Quiero absorber su olor hasta que se me quede grabado en el cerebro. Me atrevo a apretarla contra mi pecho. Ella gruñe de placer, yo también. El sonido de ambos es idéntico. Estamos compenetrados.

Los otros tres salen de sus habitaciones sin saber qué está ocurriendo. Recupero el rifle y disparo al que se asoma antes. Los dos restantes no se mueven, bloqueados, paralizados. Intento dispararles, pero me he quedado sin munición. Maldigo la munición. No pierdo el tiempo. Tiro el rifle al suelo y corro hacia ellos. Ambos me gritan palabras que no comprendo. Las obvio.

Galis consigue inmovilizarme a base de fuerza bruta. El muy cabrón siempre ha sido el más bestia del escuadrón. Cesle aprovecha que me estoy bloqueado para observar el panorama. Rápidamente parece comprender lo que sea que está pasando y se va. Cuando reaparece, se ha armado con un rifle, idéntico al mío. En consecuencia, golpeo con mi cabeza el casco de Galis, haciendo que este se desequilibre y me suelte. Cesle dispara, pero esquivo el láser por apenas un centímetro. Le golpeo en el hombro del brazo con el que sujeta el rifle. Aunque lo tiene bien apretado, no puede evitar que el arma se le caiga. La cojo al vuelo. Me giro y disparo a Galis, que estaba a punto de alcanzarme con su descomunal fuerza. Luego dirijo mi mirada a Cesle y este, por fortuna, no reacciona bien a la muerte de su compañero. No dudo en disparar. Acierto de pleno. Su cabeza revienta en mil pedazos. He acabado con todos. Solo me queda un paso más.

Nos separamos unos milímetros tras el abrazo y nos miramos con plena dedicación. Nuestras almas se comunican a través de nuestros ojos. Estamos destinados a ser uno, a formar parte de un todo. Por algún motivo, ella no es una mujer de una sola persona. No, sus ojos me dicen que ella está a la vez con muchos. Miles de seres. No me importa. La compartiré. Todos la compartimos. Ella es superior, es un milagro de la naturaleza, no se

puede poseer. Pero ella sí tiene derecho a poseernos a nosotros, sus esclavos, y tenemos que obedecerla en cualquier cosa que nos pida.

La luz se apaga. Nos quedamos en la oscuridad. La beso. Sus labios me responden. Nos fundimos en un largo y apasionado beso. Me siento feliz. Me siento completo.

Llego a la sala de control. Aprieto varios botones que permiten que mi traje se desbloquee. Primero, desencajo el casco y lo dejo en el suelo. Después, me quito la armadura. Me lleva un tiempo, pero es parte del proceso. No necesito esa indumentaria. Ya no.

Cuando consigo desvestirme por completo, me observo. Mi piel está cambiando. Se va clareando. Me estoy convirtiendo en otra cosa, medio humano, medio hiperión. Me alegra. Eso quiere decir que ella... Ella...

La luz se enciende. Ella no es ella. No es una mujer. No sé qué es. Tiene una forma extraña. Su cuerpo es un conjunto de carne descompuesta. Tiene tentáculos, alas pútridas y deformes, ojos... Muchos ojos. Rojos, grandes, siniestros.

Antes de poder interactuar, oigo sus gruñidos. Soy capaz de entender los mensajes que estos me transmiten. Me explica que ella es un ente superior, cuyo nombre es Nyarlathotep, que habita en el centro de Hiperión, que llegó a ese satélite hace milenios, tras escapar de su prisión, y que se encargó de parasitar a los seres vivos que habitaban en él. Los domino a todos, infectándolos por los ojos y manipulándolos hasta hacerlos suyos. Lleva esperando eones a que una nueva especie llegase a ese satélite. Quiere expandirse. Hiperión se le ha quedado pequeño. Yo soy el primero al que domina de la especie humana, pero no será el último.

Me doy cuenta de lo afortunado que soy. Sonrío.

En el reflejo del panel de control veo mis ojos. Son idénticos a los de los hiperiones. Han salido de sus cuencas, son muy grandes y están imbuidos con el rojizo característico de estos seres.

Ella está débil, no puede seguir expandiéndose sin que la extraigamos de Hiperión. Solo así, podrá llegar a la Tierra y sembrar su semilla en el resto de seres que allí habitan. Si lo hago, nos convertiremos en sus esclavos, su más ferviente deseo. Y, desde la Tierra, propagará su control sobre el resto del Universo, despertará a sus hermanos... A aquellos que no deben ser nombrados. No habrá límite. Se hará el Caos.

Me imagino la escena con exactitud. Y, solo entonces, siento asco.

Estoy en un sueño, en una ilusión. Ahora lo comprendo.

Observo con repugnancia al ser que tengo delante. Quiero atacarle, destruirlo, pero no puedo. Ella me controla a través de mis recuerdos, a través de los sueños. Es en ese momento, al comprender su forma de manipularme, me obligo a despertar.

* * *

Despierto. Sé que dispongo de segundos antes de que ese monstruo consiga arrastrarme de nuevo. Su capacidad para manipularme no tiene límites. El hecho de imaginar que ese ser

consiguiera llegar a establecerse en la Tierra, con todas las consecuencias que eso podría tener, me ha permitido salir del trance.

Por un instante, recuerdo lo que he hecho. Pero, sin poder asimilarlo del todo, tomo consciencia de que no puedo perder ni un segundo. Me agacho, inserto el código de desbloqueo y abro la compuerta. Observo el núcleo de la Nave-Estación, su color azulado, su forma de gema. Sé que solo tendré una oportunidad. Sin querer cierro los ojos, casi por inercia.

Ella aparece de nuevo en el bar. Ya no es el monstruo, vuelve a ser ella. Me gruñe, con enfado, por querer alejarme de su control. Yo, por un instante, me siento una mierda por haberla dejado tirada. Ella lo es todo, ella...

Despierto de nuevo. El corazón agitado, las pulsaciones al límite. Me siento enfermo, débil, con fiebre. De alguna manera, ese ser me está dañando. Sabe que no logra controlarme y quiere enfermarme para volver a manipularme por completo. No lo conseguirá.

Cojo el rifle. Apunto al núcleo. Coloco la mano en el gatillo y...

Y ella se acerca y me besa, otra vez. Me atrapa. Yo, incapaz de resistirme, la beso con fuerza. Quiero sentirla a mi lado. La he querido desde el primer momento que la vi. Ella es mi recuerdo más preciado, ella es el motivo por el que sigo vivo. Sin ella, la vida no tiene sentido. Sin ella, no quiero vivir. Vivir y vivir y vivir...

...y disparo. El núcleo es incapaz de absorber el láser, lo que lo desestabiliza por completo. De repente, se apaga y, un instante después, explota.

Antes de morir, antes de que la fisión nuclear acabe con la Nave-Estación, antes de que la región Norte del satélite Hiperión se convierta en un páramo de radioactividad, cierro los ojos, casi esperanzado en volver a soñar con ella. Pues, pese a todo, sigo queriendo verla, al menos, una última vez. Pero no, ha desaparecido.

Ya no está.



Adrián Muñiz presenta:



*Vivimos en una isla de plácida ignorancia, rodeados por los
negros mares de lo infinito, y no es nuestro destino emprender
largos viajes*

—H.P. Lovecraft, *La llamada de Cthulhu*

* * *

Alber se fue al baño, enfadado por sacar un pérfido uno.

Después de lo que parecieron dos horas, la pantalla de juego se cayó justo en medio de una tirada, dejando en mi mano el dado cargado y rompiendo la partida. Nos dimos cuenta de que Alber aún no había regresado y pregunté por él.

—Oye, ¿y Alber?

Nadie supo responder.

—Pues no sé.

Su silla seguía vacía.

Encogimiento de hombros.

—Voy a ver. Me acerqué al baño dándome cuenta de que seguía con el dado en la mano. Nada más toqué la puerta me paré. No sabía muy bien por qué. Un escalofrío me subió por

*NOTA DEL AUTOR: Dedicado a mis amigos y compañeros de aventuras, porque a veces el ir al baño puede ser un pequeño viaje a lo desconocido.

la columna hasta el cerebro, apreté con fuerza el icosaedro, todo mi cuerpo estaba tan tenso que no pude más que temblar hasta que el dado salió de entre los dedos. Al rodar por el suelo enlosado parecía relucir con un brillo apagado y a cámara lenta se coló por el estrecho hueco de la puerta entreabierta. El repiqueteo de sus aristas contra el suelo se convirtió en un eco perezoso a medida que cada uno de sus saltos tocaba el suelo. Me sacudí el embeleso de encima y abrí del todo la puerta. El rechinar quejumbroso de las bisagras se alargó desagradablemente, como el aullido triste de un animal. El baño estaba roto. Un mosaico de fragmentos de espejo reflejaba perspectivas imposibles desde todos los ángulos, flotando entre las paredes y suelo quebrados. Entre trozos de baldosas se veía un entramado ilógico de cañerías interminables de las que borboteaba agua inmundicia. Los inodoros de la pared, uno al derechas y otro al revés, supuraban aguas negras cuyas gotas flotaban como polvo en suspensión a la luz de los halógenos del falso techo. Un intenso olor a orín y humedad me perforó las fosas nasales. Vi el dado de veinte aristas flotar de una manera antinatural. Mostraba la cara con el número «1», pero brillando en una descomposición fractal de infinitos unos. Una sombra surgió de una de las esquinas del baño, emergiendo sobre un troncho de muro de ladrillo salpicado de inmundicia. Su rostro de carne difuminada poseía dos horribles sombras como ojos y el resto de sus facciones eran incongruentes borrones vibrantes de carne. Señalando el dado dijo:

—¿Ves Adri? Te lo dije ¡Pifia! No te puedes fiar de ese dado hijo de puta —la voz de Alber sonaba distorsionada como si llegara por una radio antigua de transistores.

—¿Alber?

La duda, y un posible reconocimiento, no estaban preparados para convivir en ese momento. Era incapaz de hablar. El agua ya estaba saliendo del baño de hombres mojando las suelas de mis deportivas. Se veía claramente donde empezaba a escurrir en una lámina de espacio hasta el suelo, poco antes del marco de la puerta. Mis manos que estaban congeladas se empezaron a mover, hasta que fui capaz de acercarme y estirar el brazo para tratar de coger el dado en suspensión.

—¿Estás seguro de que eso sería lo más inteligente?

La masa de vísceras sanguinolentas, desde la que salía la voz de Alber se desplazó un poco entre las baldosas destrozadas como una especie de gelatina color picadillo sin pimentón.

—Joder. Joder. Joder... espera... ¿qué...? ¿Qué es esto? ¿Alber? ¿Estás...?

Se removió sobre sí mismo como si se estuviera recolocando en aquella nueva estructura, sin esqueleto aparente.

—No tenemos mucho tiempo... la próxima vez te tocará a ti.

Su voz de emisora debía de tener problemas porque las sílabas se entrecortaban. Se encogió de golpe mientras atravesaba la lámina de espacio donde las leyes físicas cambiaban y cayendo al suelo se deslizó rápido hacia al baño de las chicas. ¡Glup! Con un salto increíble desapareció por el inodoro que había a la vista.

El agua que ya había salido fuera del baño generaba un olor nauseabundo que alertó al resto de clientes del local. Mis zapatillas chapoteaban en ese líquido asqueroso. Alguien por detrás dijo:

—Creo que van a tener que llamar a un fontanero.

—No te acerques Anabel, dile a la camarera que además llame a la policía.

Dije esto con una calma inusual pues mi mirada y parte de mi cerebro se había quedado adheridos al dado, alargué el brazo y cuando atravesé esa lámina donde el espacio tiempo cambiaba sentí como el vello de mi brazo se erizaba haciendo que un escalofrío se implantara ahí detrás de la nuca, o lo que los científicos llamarían la reacción del hipotálamo al miedo detectado por la amígdala. Todo ello hizo acelerar mis movimientos, hasta tener el dado de vuelta a mis manos.

Las abrí lentamente mirando en el interior del hueco que formaban e instintivamente las volví a cerrar con fuerza, pues lo que percibí era una negrura insondable, y rodeado de ese caos cósmico eterno, seguía el brillo fractal del dado.

Queriendo quitarme todo de la cabeza con una sacudida, me giro lentamente mirando el inodoro por el que se fue lo que parecían los restos de Alber, como esperando poder ayudarlo, o por lo menos esa es la primera reacción o intención.

Cuando ya he dado el primer paso para acercarme al baño de mujeres, una tremenda sacudida me alza como a un muñeco y me mete en ese no-espacio que es el baño de hombres. Un estúpido pensamiento me vino antes de ver que estaba siendo sostenido por múltiples tentáculos.

—¿Por qué los baños de tíos siempre huelen peor que los de mujeres?

Igual esta ocurrencia ridícula es la que me salvó al ver esos ojos de brillo atrayente, tan atrayente como ese agujero negro que los rodeaba. Un tentáculo me cogió la otra pierna, otro el brazo izquierdo y otros dos en un abrazo férreo rodeaban mi cuerpo que se sacudía para intentar zafarse.

Justo antes de que uno de los tentáculos se cerrara sobre mi brazo derecho hice el gesto desesperado de lanzar el dado y lo vi girar raudo en el aire hasta el centro de esa cara informe que infunde horror, parándose de golpe mostrando un 20 que se empezó a duplicar, a superponer, a girar, volviendo a brillar con cada movimiento como un pulso de cambio, haciendo que las caras se dividieran otra vez de forma fractal pero todas enseñando múltiples facetas que se superponían, a veces viéndose doses, dos mil veinte fue un bonito año pandémico, el dos girando como uno de los tentáculos que me tienen cogido, el cero siendo un anillo palpitante intentando zafarse del agarrare de los doses, ceros superponiéndose con múltiples doses tentaculares girando frenéticamente en una fracción finitesimal de segundo eterna, con un brillo caótico que va y viene hasta un flash final donde acaban juntándose todos en un mosaico que va decreciendo y a la vez agrandándose hasta formar dos ceros unidos, abrazados por deformados doses figurando el símbolo infinito que brilla tan fuerte que sientes hasta el grito de todas las estrellas capturadas por el agujero negro supermasivo.

EL BAÑO

Surge la oscuridad tan de golpe como el que me doy contra el suelo, estoy aturdido y solo empiezo a ver estrellitas en mi retina. Me levanto en el baño de tíos todo mojado y apestando a meados y lo que no son meados. Noto que aparte de estar empapado me lo he hecho encima y me alegro de que la pingadura del resto del cuerpo vaya a ocultar esa disposición tan indecorosa.

Mi vista empieza a recuperarse y lo primero que veo es mi querido dado verde transparente en el suelo entre inmundicia, me levanto, lo recojo y con mucha dignidad lo lavo junto con mis manos y de paso me echo agua fresca. Mi cara en el espejo tiene el mismo brillo verde que el dado. Salgo del baño y veo en el de enfrente a Alber vomitando. Mi gozo se ve aumentado cuando me topo con la cara de Anabel que con una mueca de asco y repulsa da un paso atrás lo que me hace esbozar una gran sonrisa que acaba en carcajada totalmente demente.



Mathew André Meléndez

presenta:

EN ALGUNA PARTE DE JAPÓN



El horror habita entre nosotros. Su rostro no es siempre el de una bestia... ¡y es que el mal toma las más diversas formas para pasar desapercibido!

* * *

Fue en alguna parte de Japón donde tuvo lugar aquel crimen. El cuerpo de la víctima, una mujer, fue profanado de una forma tan retorcida que ni los estómagos más fuertes podrían contemplar. Pero, lamentablemente, este caso tan solo era uno más en una larga sucesión, tal como sabía cada uno de los oficiales que investigaban esta cadena de crueldad.

—Cada dos o tres días vemos algo así, ¿cuántos van ya? ¿Diez? ¿Quince?

—Diecisiete, sargento Takahashi. Diecisiete víctimas hasta ahora —replica un detective.

—Tendría que estar asqueado, pero, llegados a este punto, ya no soy capaz de sentir nada. Estoy harto ya de tantos asesinatos como este, solo quiero terminar y tomarme unas vacaciones.

—Yo también, sargento. Yo también.

Ambos miran el cadáver: sigue los mismos patrones que los demás. Sus partes íntimas han sido ultrajadas y desgarradas violentamente y todo el cuerpo presenta unos cortes tan grandes y profundos, que, a través de ellos, es posible alcanzar los órganos internos de la víctima. Lo más llamativo, sin embargo, es la presencia de los kanjis 楽しみ, es decir, «diversión».

El detective, tras tomar unas fotos, sube a su auto con la intención de regresar a la comisaría, pero no sin antes echar un último vistazo al cadáver, prestando atención a los kanjis. ¿Qué clase de enfermo sería capaz de cometer este tipo de crímenes contra sus

semejantes? Era una buena pregunta, aunque ya parecía inútil preguntar por el «quién». Más bien habría que decir ¿qué cosa, qué monstruo, es capaz de cometer tales aberraciones? El detective llega a la comisaría, al departamento que le corresponde. Una vez allí, coloca la foto de la víctima en un pizarrón lleno de otras tantas imágenes.

El detective Sora Abe está cansado y harto. Ha habido días en los que se ha tenido que privar de comer o de dormir para poder investigar estos sucesos, regresando a menudo a las escenas del crimen en un intento de dar con aquello que se le parece escapar. Sora mira el reloj: son más de las once y media de la noche. Tras los últimos dos días no deja de pensar en el deseo de poder llegar a su hogar y dormir, pero la necesidad imperiosa de detener estos crímenes se opone a ello.

Debatiéndose entre el deber y el agotamiento, el cansancio derrota finalmente al detective, que cae dormido sobre su escritorio sin poder aguantar más. Pasa algo de tiempo, hasta que Sora es despertado por uno de sus superiores, que llega a él con un importante anuncio.

—Agente Sora Abe, necesito comunicarle que tiene una nueva compañera de trabajo.

Como respondiendo a esta noticia, otra persona entra al despacho. Se trata de una mujer extranjera, más alta que muchos hombres y con un cabello de un rojo escarlata ardiente como el fuego.

—Saludos, soy la agente Mayuri Fisterik, y vengo con el objetivo de ayudarlos a resolver este caso, mucho gusto —dijo ella, acercándose y estrechando la mano de Sora.

—Soy el agente Sora Abe, es un placer conocerla.

—Bien, estando los dos trabajando en ello, supongo que la investigación será más llevadera, menos problemática. Antes de dejarlos, solo tengo que decir que hemos tenido múltiples problemas con la identificación del material genético dejado en la escena. Hay ADN de cinco personas, tres hombres y dos mujeres, aparentemente extranjeros. Pero lo más extraño es la presencia de secreciones con cualidades anómalas —expone el Sargento Takahashi antes de marchar.

Mayuri escudriña la oficina de Sora, fijando su mirada en aquel pizarrón que alberga las fotos de las víctimas. Las observa con detalle, prestando especial atención a las imágenes en que aparece escrito el kanji. Algo en ellas parece ejercer un extraño magnetismo. Notando esto, Sora se dispone a preguntar, pero es interrumpido por la recién llegada.

—¿No han intentado hacerle salir de su escondite? ¿Poner quizás algo que atraiga a quien quiera que esté detrás de todos estos crímenes? ¿Alguna prostituta quizás?

—No, y preferimos evitar métodos como este. No me parece un planteamiento ético arriesgar la vida de un civil.

—Descuida, mi plan no es que los criminales tengan una presa fácil, me refiero a un señuelo. Crear una trampa para osos que les arranque las piernas. La idea es que la chica, que en realidad será una agente encubierta, esté vigilada de cerca como mínimo por dos agentes haciéndose pasar por clientes, pero también por otros tantos desde lejos y por

medio de cámaras. Lo mejor para atraer a un animal salvaje es una buena carnada. Sé que implica movilizar bastantes agentes, pero creo que, dadas las circunstancias, es algo conveniente y justificable.

Sora sopesa esta idea mientras recibe la mirada confiada de Mayuri. Apenas unos minutos más tarde, ambos agentes ya han presentado la idea ante sus superiores, que ven en esta decisión arriesgada una idea conveniente para detener estas perversiones sin nombre. Y es así como pasan dos días, organizándose de mil y una formas distintas, tomando posición en un barrio que se caracteriza por la actividad de aquellas que ofrecen su cuerpo como servicio, llenando de cámaras un motel para monitorizar cualquier actividad sospechosa.

Todos los oficiales estaban posicionados en lugares estratégicos, en varias esquinas y edificios alrededor del edificio, mientras los otros dos oficiales que acompañaban a la falsa prostituta iban encubiertos, fingiendo ser sus clientes. Sora y Mayuri estaban juntos, revisando una tableta sincronizada con las cámaras, esperando a cualquier indicio, cualquier movimiento, cualquier acercamiento peligroso a la mujer y sus falsos clientes. Los minutos pasan, la mujer ha estado desnuda y fingiendo que ofrece sus servicios, pero el tiempo pasa y todo parece una pérdida de tiempo, consumiendo recursos y hartando al personal. Pero, en un instante, las cámaras empiezan a fallar, las ventanas del edificio quedan repentinamente cubiertas y a través de las radios de los oficiales suena una voz femenina, dulce como la miel.

—Cariño, dile a tus «clientes» que no son creíbles. Aquí nadie puede salvarte.

Y, tras ella, gritos de horror y disparos se escuchan por la radio.

—¡No son humanos, maldita sea, no son humanos! —grita uno de los oficiales, antes de ser interrumpido por quejidos de dolor y el sonido de la carne cruda siendo despedazada.

Los oficiales acuden al motel y van directamente a la habitación, notando que está bloqueada. Entre todos, hacen un esfuerzo descomunal para entrar a ella, escuchando al otro lado los gemidos de dolor de la mujer, el constante jadeo de las víctimas y los tejidos siendo desgarrados y devorados. Los sonidos comienzan a amortiguarse cuando los oficiales entran a la habitación, a tiempo de ver al último de los atacantes desaparecer por una oscura grieta en una de las esquinas de la habitación y escapando de la escena.

Habiendo huido el atacante, los agentes analizan su entorno, horrorizándose con la escena que presencian. Grandes pedazos de piel están tirados por doquier, junto a extremidades arrancadas y mordisqueadas de una forma brusca y violenta. No faltan los órganos esparcidos y la sangre desparramada.

El cuerpo de la mujer ya no tiene brazos, su entrepierna está desgarrada y su cabeza se encuentra abierta por la mitad. Uno de los agentes que la acompañaban está despedazado y devorado de manera atroz, con sus entrañas saliendo, goteando sangre y la cabeza cercenada y aplastada; el otro oficial aún está vivo, aunque la muerte ya está a punto de

venir sobre él, tal como evidencian los intestinos que se asoman tímidamente por la grieta de su abdomen.

—Demonios... son demonios... —dice el oficial antes de perecer.

Sus acompañantes quedan impactados por la escena. Unos cubren sus bocas para ahogar un grito, otros se muestran al borde del llanto y el pánico por lo que acaban de ver. Finalmente, algunos acaban por vomitar.

Sora observa esto, reconociendo en los cuerpos el ya familiar kanji con el que marcan a sus víctimas. Impactado, asqueado, aterrado, y con la certeza de que esto no es un simple caso de asesinatos en serie, sino la clara muestra de que, sea lo que sea con lo que están lidiando, no es humano.

* * *

Apenas unas horas después, los agentes están ya de vuelta en la comisaría, insomnes y con las palabras arrancadas de sus gargantas. Ninguno de ellos es capaz de describir lo que han visto en aquel lugar. Mayuri intenta pasar a través de la multitud, pero es rápidamente interceptada e increpada

—¡Hiciste que tres personas murieran ahí! ¡Hiciste que tres compañeros murieran a manos de esas cosas! —dice uno de los oficiales, aún impactado, aterrado y al borde del llanto— ¡Los llevaste a un matadero!

—¡¿Cómo iba a saber que eran monstruos?! —Contesta Mayuri, molesta por las acusaciones vertidas sobre su persona— ¡¿Cómo diablos esperabais que fuese a sospechar tan siquiera que los criminales iban a ser bestias inhumanas?! No fue mi intención hacer que aquellos tres murieran ahí...

Entre la muchedumbre se escuchan gritos incriminatorios y acusaciones.

—¡¿Qué está pasando aquí!? ¡¿Qué es todo este ruido!? —grita el sargento Takahashi, logrando imponerse a la turba.

—¡Su plan mató a tres compañeros! —gruñe uno de los oficiales.

—¡¿No lo entienden?! ¡Yo no podía saber que estos criminales no eran humanos! ¡No sabía de lo que eran capaces! —contesta Mayuri Fisterik, harta de que la culpa caiga sobre sus hombros.

—¡Basta! —grita una vez más el sargento— Expliquen las cosas de manera comprensible y lenta, necesito entender qué está pasando.

Las palabras y los hechos se comunican ahora con mayor calma, pero conservan la misma tensión incontrolable de antes. Ha quedado claro que el caso dejó de ser un incidente aislado para convertirse en un problema lo suficientemente grave como para que la población civil deba estar informada y, más aún, actuar, aunque sea para dejar un mensaje claro: la supervivencia es lo único imprescindible.

Las horas transcurren y se han emitido múltiples comunicados, tanto desde la estación de policía como hacia la prensa y la ciudadanía. Los oficiales han considerado el uso de

armamento más letal en caso de enfrentarse a estas criaturas. Por su parte, la prensa ha difundido advertencias constantes sobre los hechos y la posibilidad de que vuelvan a repetirse. Mientras tanto, los civiles han recurrido a colocar ofudas y sellos protectores en sus hogares, intentando ahuyentar a las bestias.

El estrés reinante entre los agentes, ocasionado por la sensación de peligro inminente es insoportable. Sora no es ajeno a ello, necesita evadirse, librarse un poco del estrés, así que decide arriesgarse a visitar cualquier barrio que le ofrezca un buen servicio sexual que le permita apartar de su mente el caso.

Las calles están casi vacías, debido al terror y la alarma social. A Sora le resulta imposible encontrar siquiera a una mujer, y su estrés no disminuye en absoluto. Todo parece un vano intento. Sin embargo, en un instante, alcanza a divisar dos personas en una esquina: una mujer y un hombre, atractivos y vestidos de forma provocativa, que ofrecen sus servicios a cualquiera que se cruza en su camino. El detective piensa que, después de todo, ha tenido suerte en esta búsqueda desesperada de placer. Es por ello que decide acercarse y solicitar un servicio rápido.

Los dos trabajadores del sexo entran al auto en el que Sora se desplaza. La mujer no tarda en bajar los pantalones del detective para iniciar una felación. Por su parte, el prostituto obsequia a Sora con un beso directo en sus labios. Todo habría de quedar en un mero momento de divertimento sexual de no ser porque Sora acaba reconociendo algo en el brazo derecho de la mujer: un tatuaje con unos kanjis que ha visto tantas veces que no podría olvidar fácilmente: «Diversión». Sora decide terminar con la felación de aquella mujer, apartándola de su entrepierna.

—Señorita, ¿Qué es ese símbolo en su brazo? —pregunta Sora, intentando disimular el miedo a lo que puede ocurrir.

—¿El tatuaje? Significa diversión, ¿Pasa algo, señor? —contesta la mujer, con mirada y voz coqueta.

—Es que yo... He visto esos kanjis en otro lado...

Sora intenta disimular lo mejor posible, pero no tarda en sentir algo pinchando su cuello, como si intentase llegar a su yugular.

—Sé de buena tinta lo que puede haberte recordado. Me ha dado bastante asco besarte, así que compénsalo llevándonos a la comisaría. Quiero ver qué es lo que ha impedido a mis hermanos entrar allí tras esa idiotez de atraernos a una trampa —dice el hombre, sin discreción, sin cuidado, sin esperar.

Sora intenta tomar lentamente su arma, pero siente como su mano es detenida de inmediato.

—Cariño, fuiste lo suficientemente estúpido como para venir aquí. No hagas algo que me haga dudar que merezcas seguir teniendo manos —dice la mujer, bien dispuesta a cortar la mano de Sora.

El detective coloca las manos en el volante y pisa el acelerador; se dirige a la comisaría sabiendo que esos monstruos eran capaces de cualquier cosa con un cuerpo humano, y

con la esperanza de que al llegar puedan ayudarlo. Al arribar, observa que ambos seres llevan esposas, un intento por pasar desapercibidos como simples delincuentes, mientras Abe los escolta hacia la recepción.

—Más te vale fingir bien. Quizá así sobrevivas —dice la mujer, mientras espera que Sora la baje del vehículo.

Abe obedece y conduce a los encapuchados disfrazados hasta la recepción, donde son recibidos por sus superiores. Estos han notado la inusual aparición del detective y temen que tenga relación con los casos recientes; al ver a los «detenidos» se muestran todavía más inquietos. Al principio parecen delincuentes comunes, pero la postura tensa de Sora hace evidente que algo no cuadra. La mujer demonio capta, además, un sonido casi inaudible que recorre la comisaría y aumenta sus sospechas sobre lo que ocurre allí.

Con un arrebato de valor, Sora se aparta y abre fuego repetidas veces contra uno de los demonios, acertándole de lleno en la cara.

—¡Son dos de los monstruos! ¡Mátenlos ahora! —grita Sora, descargando su cargador y echándose a correr.

Los demonios se quitan las esposas y atacan sin contemplaciones. Uno de ellos embiste a un superior y le estampa la cabeza contra la pared con tal violencia que le destrozan el cráneo. Otro oficial intenta responder, pero le arrancan las manos con una facilidad espantosa; a continuación, lo rematan con un puñetazo que atraviesa su cráneo. Los demonios comprenden con rapidez que no están frente a una comisaría inofensiva, y que los policías no son rivales a los que subestimar.

Sora corre por los pasillos gritando y advirtiendo de la amenaza; su voz alerta a todos los oficiales, que preparan sus fusiles de asalto y apuntan hacia donde desapareció el detective. Los monstruos reaparecen y las ráfagas no les hacen más que producir una sensación de cosquilleo en la piel. Uno de ellos arrebató el arma a un agente, la emplea para partirla la cabeza, luego toma un cargador de su chaleco, recarga y abre fuego contra los presentes, matando a varios.

Los oficiales que sobreviven a la descarga intentan huir, pero son alcanzados y despedazados con facilidad. En cuestión de minutos la comisaría entera es consciente del desastre: todos luchan por simples segundos de vida. Las luces parpadean y los dispositivos electrónicos fallan por un instante; el pánico se extiende hasta que una esquina del edificio se abre en una grieta que se agranda hasta formar un boquete.

Los policías apuntan al hueco, paralizados por el terror y con un dolor agudo en el pecho, cuando algo emerge: una mujer alta, ropa hecha jirones, cuernos y una cola roja inmensa. Apenas mira a un agente y lo atraviesa con una sola zarpada, partiéndolo en dos. Los demás descargan toda su munición sobre ella, pero ni una bala parece inquietarla. Entonces aparece otra figura: un hombre bajo, de rasgos afeminados, con cuernos y cola rosa; corre hacia un oficial distraído, salta y le corta la cabeza sin dificultad.

Cada intento de defensa resulta inútil contra seres que no reciben el impacto de las balas; algunos tratan de escapar entre escombros y disparos aislados, pero la mayoría es

interceptada y devorada. Finalmente emerge un tercer demonio: corpulento, musculado, con garras que parecen cuchillos y una cola roja larga e imponente.

—Sabía que tarde o temprano íbamos a divertirnos aquí —dice la criatura con una sonrisa macabra.

Los pocos oficiales que quedan corren sin rumbo, buscando una salida que no existe. El sargento Takahashi, al borde del colapso, grita:

—¿Cuánto más tenemos que correr para escapar?!

—¡No lo sé! —responde un agente entre lágrimas, rezando por su vida.

Los demonios cierran los pasillos, anulando cualquier vía de escape.

—Chicos, creo que nos divertiremos un rato con estos —propone el demonio corpulento, mostrando una sonrisa enferma—. Aguantaron más que los demás; se merecen una recompensa.

—Estaba furiosa por no poder hacer nada desde que intentaron capturarnos. Yo digo que acabemos con esto de una vez —dice la mujer alta, relamiéndose mientras observa a los oficiales con hambre manifiesta.

—Por favor... ¿no ves todos los cadáveres que ya dejaste atrás? Con estos debemos divertirnos, hermana —responde el demonio afeminado, clavando una mirada lasciva en una de las pocas mujeres humanas que aún seguían con vida.

Mientras la discusión se prolonga, los oficiales, paralizados por el pánico, se arrepienten de cada decisión que los condujo hasta allí. Sora Abe siente el peso de la culpa... aunque algo no encaja. No, no fue simple estupidez; él jamás habría permitido un desastre así. Entonces lo comprende: hace rato que no ve a Mayuri. Desde que ella llegó, todo empezó a torcerse. ¿Por qué aceptó sin cuestionar a una detective extranjera, sus métodos, sus propuestas? Nada de lo ocurrido en la comisaría tiene sentido. Nada.

Los demonios continúan debatiendo el destino de sus últimas víctimas, que aguardan el final en estado de shock, hasta que el demonio afeminado se adelanta con impaciencia.

—¡Por favor! ¡Hagamos ambas cosas y terminemos con tanto palabrerío! —grita, abalanzándose sobre un oficial.

Un disparo resuena en el aire. La cabeza del demonio estalla, y su cuerpo cae inerte al suelo. Los demás giran hacia el origen del tiro. Allí, firme entre los escombros y la sangre, se alza una figura atlética de largo cabello rojo escarlata y cola del mismo color. Es Mayuri.

—Tú... tú estás detrás de todo esto... ¿verdad? —murmura Sora, atónito.

—Sí. No iba a capturar a estos seres sin tenderles una trampa adecuada. Fuiste útil, Sora. Todos lo fueron —responde ella con frialdad—. Los trajeron exactamente a donde yo quería. Bastó un botón, sonidos imperceptibles y una orden que sus cerebros no pudieron rechazar.

Vuelve a apuntar el revólver y dispara al brazo de la demonio restante, haciéndola caer.

Los demonios intentan abrir un portal para huir, pero no sucede nada.

—¿Les gusta mi invento? Bloquea cualquier intento de entrada o escape mediante sus... portales mágicos. Lo activé cuando pusieron un pie en la comisaría.

Mayuri avanza despacio y dispara por la espalda al demonio afeminado, perforándole el torso. Un segundo tiro le destroza el cráneo.

Los tres restantes rugen y se lanzan contra ella. Mayuri los aparta con una simple bofetada, como si fueran muñecos. Dos disparos más rematan a la demonio herida. El revólver queda vacío; ella lo arroja sin miramientos y sujeta del cabello a la mujer alta.

—Me pagaron muy bien por frenarlos en nuestro mundo... y por impedir su huida a este. No imaginan en qué gastaré esa recompensa.

Aprieta con fuerza. El cráneo estalla como un globo bajo presión.

El último demonio intenta escapar, pero un fragmento metálico atraviesa su pie y lo deja inmovilizado. Se arrastra, desesperado, hasta que Mayuri pisa su cabeza.

—Considera que tu muerte y la de los tuyos será el único acto de piedad que recibirán de mí.

Con un crujido seco, lo aplasta.

El silencio que sigue no es alivio, sino tragedia. Los demonios han muerto, pero también la mayoría de los oficiales. La comisaría es ahora un cementerio.

Sora se incorpora, tembloroso, consumido por la rabia. Él y sus compañeros —vivos y caídos— no fueron más que piezas en un tablero. Corre hacia Mayuri dispuesto a golpearla, pero ella realiza un gesto preciso y presiona el botón que mencionó antes.

—Olviden que estuve aquí. Dirán que ustedes acabaron con la amenaza... aunque el precio fuera alto.

Una frecuencia inaudible vibra en el aire.

Sora se detiene. Su expresión se vacía. Él y los demás supervivientes obedecen. La presencia de Mayuri se desvanece de sus recuerdos.

Sin prisa, Mayuri decapita al demonio corpulento y ata la cabeza a su cintura. Luego desactiva el dispositivo que anulaba los portales y abandona el edificio. En un callejón cercano ensambla con rapidez un artefacto metálico.

—Fue despiadado, sí —murmura al vacío—. Pero los objetivos requieren riesgos y sacrificios. Conseguí lo que quería. Eso es lo único que importa. Ahora solo deseo cobrar y descansar. Al fin.

Insertando un disco extraño en la estructura, un portal se abre ante ella. Mayuri cruza el umbral.

—Y dos cosas: uno, deberías escribir más rápido desde el principio, Mathew; dos... nos vemos en 2027.



*Todo va, todo vuelve;
eternamente rueda la rueda
del ser. Y, a veces, en una
hora está contenido el
mismísimo infinito, pues es
sabido que cada instante es
un reflejo de la eternidad.*

* * *

7:00 AM, el despertador chirría con un sonido extremadamente desagradable.

He escogido dicho soniquete infernal a posta, pues siempre he tenido el sueño muy pesado y no se me ocurría mayor incentivo para despertar y levantarme que acallar ese taladro que se abre paso por mis oídos.

Me levanto, me visto, hago la cama inmediatamente, y ordeno la habitación. El orden exterior siempre es un reflejo del orden interior. Abro la ventana de par en par y dejo que el aire gélido del invierno se encargue de ventilar la estancia.

Voy a la cocina y desayuno lo acostumbrado, un café con leche y un zumo de naranja natural, enciendo la radio para escuchar las noticias mientras tanto. En vez de la voz del locutor de siempre oigo ruido blanco, muevo el dial de un lado a otro, no hay cambios. Quizás haya llegado el momento de jubilar la radio, menudo fastidio.

Mientras apuro el café confecciono mi lista de tareas del día, cojo mi taco de post-its y empiezo a escribir.

Primero tengo que tirar la basura, luego tengo que ir a la biblioteca a devolver el libro que cogí el otro día y por último tengo que hacer la compra. El día promete ser tranquilo, arranco el post-it, lo doblo y lo meto en el bolsillo trasero del pantalón.

Me pongo el abrigo, voy al despacho y recojo el libro, sus tapas duras marrones con restos de manchas de vete tú a saber que no hacen más que resaltar su fealdad, voy a la cocina y saco la bolsa de basura del cubo, anudo sus bordes y con el libro en una mano y con la bolsa de basura en la otra salgo por la puerta de casa.

7:00 AM, el despertador suena con un sonido que imagino semejante a las trompetas del apocalipsis.

Me levanto, me visto, hago la cama, ordeno y ventilo la habitación. Acto seguido voy a la cocina dispuesto a hacerme mi desayuno de todos los días, un café con leche y un zumo natural, pero al dirigirme al frutero me doy cuenta de que ya no quedan naranjas ¿Cómo he podido cometer tal fallo?, nunca soy tan poco previsor, pero supongo que siempre hay una primera vez.

Enciendo la radio para escuchar las noticias del día, pero en vez de oír al locutor lo que oigo es ruido blanco, miro al dial y localizo cual es el problema. Me doy cuenta de que está desplazado a la derecha del todo, lejos del lugar donde se sintoniza mi emisora favorita, quizás lo moví sin querer así que muevo al dial hacia el lugar correcto, pero cuando llego al destino el ruido blanco sigue ahí, parece que la radio se ha estropeado.

Después de este pequeño contratiempo cojo mi taco de post-its y empiezo a escribir mis tareas del día, hoy tengo pocas cosas que hacer: tirar la basura, devolver un libro a la biblioteca e ir a hacer la compra, doblo el post-it y me lo meto en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Me pongo el abrigo y voy al despacho a recoger el libro, al verlo me asalta un escalofrío. Es muy feo, sus tapas duras son de color marrón desgastado y por todas partes hay marcas de viejas manchas de origen desconocido. Me invade un sentimiento de repulsión, no se en qué momento decidí llevármelo a casa.

Con el libro en mi mano voy a la cocina y me llevo la bolsa de basura, abro la puerta y salgo de casa.

7:00 AM, el despertador suena implacable a un volumen inaceptable para tales horas, así que me levanto rápidamente para quitar la alarma, me visto y me siento al borde de la cama. Estoy muy cansado.

No recuerdo haber dormido mal, quizás esté incubando algo, me levanto y me dirijo a la cocina.

Me recibe un ligero olor a podredumbre cuyo origen identifico en el cubo de la basura, necesito vaciarlo urgentemente.

Me dispongo a hacerme mi desayuno de todos los días, pero descubro, para mi fastidio, que no tengo naranjas para hacerme mi zumo diario así que solamente me hago un café con leche.

Enciendo la radio para oír las noticias y me recibe ruido blanco, muevo la antena, desplazo el dial de un lugar a otro, pero no hay cambios, parece que se ha estropeado, tendré que abrirla y mirar si todos sus componentes están bien, me lo apunto para cuando vuelva de la calle.

Cojo mi taco de post-its y arranco uno que pego a la radio donde escribo «Arreglar», en el siguiente post-it escribo mi lista de tareas del día: bajar la basura, devolver un libro a la biblioteca y hacer la compra. Al doblarlo e intentar meterlo en el bolsillo trasero de mi pantalón noto resistencia, meto la mano y saco dos post-its doblados, al abrirlos me doy cuenta de que en ambos están escritas las mismas instrucciones del día de hoy, frunzo

el ceño en un gesto de extrañeza, no recuerdo cuando escribí esas notas, y si lo hice debió ser hace mucho ya que no suelo tener tiempo para ir a la biblioteca.

Me encojo de hombros, tiro los post-it a la basura, escribo la fecha de hoy en el nuevo, lo doblo y me lo meto en el bolsillo trasero del pantalón, me pongo el abrigo y voy al despacho. Me quedo clavado en la entrada. Encima de la mesa está el libro que tengo que devolver, su fealdad me causa una sensación de rechazo difícil de explicar y repentinamente siento la necesidad de sacarlo de mi casa, como si temiera que su fealdad de alguna manera contaminara mi hogar.

Pienso y me cuesta recordar la razón por la que cogí este libro y no otro, recuerdo pasear por los pasillos de la biblioteca y llegar a un pasillo que juraría no haber visto nunca antes, lo cual no me extrañó en demasía ya que iba a buscar libros cada mucho tiempo, por lo que sería posible que hubieran abierto una sección nueva mientras tanto.

En aquel pasillo solitario mi vista se dirigió instintivamente a este libro, me llamó la atención que no tuviera título ni autor y que cuando lo abrí no tenía texto, solo símbolos extraños y figuras horrendas. Me pareció tan particular que decidí llevármelo.

Lo que ya no me pareció normal fue que antes de ir al mostrador me girara y fuera incapaz de averiguar donde estaba la entrada del pasillo que acababa de abandonar, pero no pensé mucho más en el tema porque tenía prisa.

Lo curioso de todo es que una vez en mi casa no recuerdo haberlo abierto nunca. Cuando desapareció ese último pensamiento cogí con asco el libro, fui a la cocina a por la basura y salí por la puerta.

7:00 AM, el despertador suena peor que de costumbre, su sonido distorsionado me hace pensar en que sus pilas se están agotando, cuando hoy vaya a hacer la compra tengo que coger un nuevo paquete de pilas.

El ambiente de mi habitación está particularmente cargado y parece una leonera, parece que lleve días sin ordenarla, lo cual no es posible ya que siempre he sido muy escrupuloso con el orden.

Tal caos es insoportable para mí y empiezo a ordenar todo, me visto y abro la ventana para que se ventile todo, miro el reloj y no puedo evitar soltar una exclamación de asombro, se me ha hecho más tarde de lo esperado así que voy corriendo hacia la cocina para desayunar, cuando abro la puerta un fuerte hedor a podredumbre me recibe y me para en seco como si fuera un puñetazo directo a la cara.

El terrible olor sale del cubo de la basura, no puedo explicarme como he podido dejar la basura tanto tiempo en el cubo, así que cojo la bolsa y la dejo en la terraza para que el olor no me moleste para desayunar.

Resoplo con frustración cuando me doy cuenta de que no tengo naranjas para hacerme un zumo y mi humor se torna de perros cuando me doy cuenta de que no tengo leche para hacerme el café, me temo que hoy me va a tocar desayunar en el bar de la esquina.

Cojo el taco de post-its y escribo las tareas del día: bajar la basura, devolver un libro a la biblioteca y hacer la compra, cuando termino de escribir levanto la vista y me quedo de

piedra al descubrir un post-it pegado a la radio que pone «Arreglar», me da un vuelco el corazón al descubrir que no recuerdo haber dejado dicho mensaje, pero enciendo la radio y me doy cuenta de que efectivamente no funciona y que necesita reparación.

Todavía en shock me pongo el abrigo y voy al despacho, el libro está abierto en una hoja en la que se ve un grabado en el que se representa una especie de serpiente engulléndose la cola, reconozco esa figura como el uroboros, la eternidad. Aquí ya empiezo a notar que el corazón me late muy deprisa, no recuerdo haber tocado nunca ese libro en los días que lleva en mi casa.

Cierro sus tapas con miedo y me lo llevo, voy a la terraza a por la bolsa de basura y salgo por la puerta.

He pasado una noche muy revuelta, entreabro los ojos y el dolor de garganta me impulsa a abrirlos del todo, la luz entra por la ventana, me extraño y me levanto y me doy cuenta de que en la habitación hay un clima glacial. He dormido toda la noche con la persiana subida y las ventanas abiertas de par en par. Me asusto mucho, no recuerdo haberlo hecho conscientemente, ¿me estaré volviendo loco? ¿seré sonámbulo?

Paseo nerviosamente por la habitación viendo mi vaho cada vez que respiro, cierro la ventana y descubro que mi despertador no tiene luz, está apagado. Viene a mi mente la frase «comprar pilas» como si esto ya lo hubiera vivido y me estuviera escuchando a mí mismo en otro tiempo y espacio. Miro mi reloj y me doy cuenta de que es tardísimo.

Salgo de la habitación en pijama, con la cabeza dándome vueltas y cuando abro la puerta de la cocina un hedor nauseabundo me recibe casi obligándome a vomitar, me contengo y observo para mi horror que las paredes están llenas de moscas. Abro el cubo de basura y descubro dentro de la bolsa un montón de gusanos retorciéndose, las náuseas vuelven a invadirme y de nuevo logro dominarlas. Cierro la bolsa, la saco del cubo y la pongo en la terraza, paso un buen rato intentado que las moscas salgan por la ventana y mato a las necias que se resisten.

Cuando por fin recupero el control de la situación, me siento e intento desayunar ya que el hambre me roe las entrañas, pero descubro que no tengo ni leche ni naranjas. Respiro hondo intentando mantenerme frío, me giro para alargar la mano y coger el taco de post-its para escribir mi lista de tareas del día y descubro que encima de la mesa hay uno en el que ya figuran las tareas escritas de mi puño y letra, me levanto horrorizado de la mesa como si hubieran accionado un muelle.

Juraría por lo más sagrado que yo no he escrito eso, pero reconozco mi letra. Lo peor de todo es darme cuenta de que las tareas que figuran en el papel son exactamente las que tengo pendientes para el día de hoy.

Me viene una oleada de imágenes a la mente, estoy seguro de que todo esto ya lo he vivido antes, pero mi mente racional sabe que eso es imposible e intenta acallar el terror que nace en lo más profundo de mi ser.

Me viene una terrible sensación a la cabeza, como una premonición, y sin saber por qué voy corriendo hacia el despacho con una oscura sospecha.

Lo que me encuentro al abrir la puerta me deja al borde del desmayo, el libro que tengo que devolver a la biblioteca se encuentra abierto por una página con un extraño grabado de una serpiente engullendo su propia cola, de sus tapas mana sangre que cae asquerosamente viscosa de la mesa al suelo formando allí un gran charco en expansión, la estancia se encuentra invadida por enjambres de moscas y por un horrible hedor a carne podrida.

El culpable de todo lo que está pasando es del libro, no sé cómo, pero lo sé con una certeza abrumadora

Casi cayéndome al suelo salgo corriendo de allí con el terror que siente una gacela al encontrarse delante de un león y abro la puerta de la calle, me da igual estar en pijama, solo quiero salir de allí.

7:00 AM, el despertador chirría con un sonido extremadamente desagradable que me levanta violentamente de la cama con el pecho a punto de estallar. Abro los ojos de par en par y todo parece estar en orden, resoplo y me siento en el borde de la cama.

Todo ha sido una pesadilla, una aterradora e increíblemente realista pesadilla, pero doy gracias por haberme despertado, y cuando por fin mi corazón se calma me pongo manos a la obra.

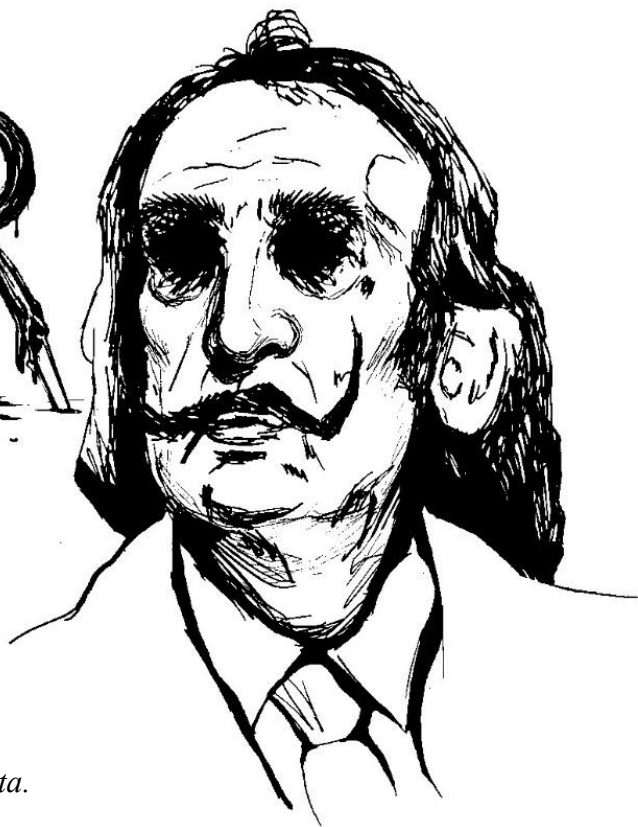
Hago la cama, ordeno la habitación, ventilo y me visto.

Al ponerme los pantalones notos algo en el bolsillo trasero, meto mi mano y saco un papel, cuando lo abro y lo miro mi alma casi abandona mi cuerpo y el pecho empieza a latirme como un tambor de guerra, mi mirada se pierde en el vacío y se llena de lágrimas.

No voy a salir nunca de aquí.

El post-it con mis tareas y la fecha de hoy cae al suelo.





Por Yuke Kabula

Los locos son, en cierta medida, víctimas de su imaginación, en el sentido que ésta les induce a quebrantar ciertas reglas, reglas cuya transgresión define la calidad de loco

—André Breton, Primer manifiesto surrealista.

* * *

—Eso, no está bien —me dijo Salvador, con condescendencia—. Es mediocre, así jamás merecerás que te muestre la Esencia del Cosmos Entrelazado.

—Pero, ¡es una obra maestra! —rugí, mi saliva saliendo en todas direcciones, cual húmedas balas de escopeta— ¡Más evocador que un Monet y con más dramatismo que un Saturno de Goya!

Salvador clavó su mirada en mi lienzo, mientras se atusaba el bigote.

—Eso parece —farfulló—; y, sin embargo... le falta un *je ne sais pas*, no me pidas que te lo explique, con tu experiencia deberías entender a lo que me refiero. ¿O es que acaso no te llamas artista?

Apreté los puños con rabia. Salvador sonreía, ese condenado siempre se salía con la suya apelando a mi ego de artista. Y, además, él sabía que tenía la sartén por el mango. Él tenía línea directa con el *padre de los retazos*, la *sombra de las estrellas*, el inefable Nul'eh, venerado como el tejedor Anansi. Salvador debía su éxito a los lienzos que Nul'eh confeccionaba para él. Salvador me sonreía con desprecio... ¡que ganas tenía de arrancarle de cuajo aquella mueca ruin! Pronto me vengaría... en cuanto él me pusiera en contacto con el *padre de los retazos*, le hundiría un cuchillo en sus venas y lo haría parecer suicidio.

—Mal, mal, ¡mal! —exclamaba Salvador con un aire melodramático— ¡Quiero cielos azules de color púrpura y prados verdes que huelan a amarillo! ¡Quiero sentir el sabor del negro al tocar tus blancos y que el sueño se torne vida al mirarlo todo!

Fingí que comprendía aquella perorata y le di la razón, aun sabiendo que aquello no tenía sentido y que únicamente lo decía para dárselas de profundo, al tiempo que hacía de menos mi obra. ¡Maldigo el día en el que me dejé enredar por aquel hombre, que me prometió la grandeza! Me deslumbró con sus conocimientos sobre la verdad y la verdad soñada, sobre aquello que existe más allá de la vigilia. Me convenció de que mi pincel podía acabar plasmando aquellos misterios que se insinuaban en el *Liber Veneris* y las *Revelaciones del Emperador Inmortal*. A cambio, por supuesto, de asistir a su taller y pagar generosamente por las clases recibidas. Ahora yo me había acercado mucho a su secreto, ya era demasiado tarde para echarme atrás. Todo lo aguantado y la inversión realizada habría merecido la pena.

—No me gusta tu expresión, pareces estar enfadado, ¡frustrado contigo mismo por tu incapacidad para comprender la belleza! —me reprochó— vete ya a casa, necesitas descansar y encontrar la musa.

—Pero, ¡si apenas llevo hoy aquí diez minutos! ¡Es muy poco tiempo!

—¡Tiempo! —Salvador alzó sus brazos con un ademán teatral— ¡Cuan fabulosa palabra! ¡Tan relativo, tan abstracto! ¡El tiempo es algo que no debe de encorsetar al verdadero artista, y esos diez minutos han sido casi diez meses!

—No esperes que te pague diez meses.

Salvador abrió sus ojos de par en par y gesticuló, mostrándose ofendido.

—¿Por qué clase de estafador me has tomado?

Me abstuve de responder, prefiriendo así evitar entrar en su juego. Traté de seguir pintando, pero me acabé frustrando y no tuve otra que hacerle caso, marchándome de allí antes de tiempo. Hice un alto en un local que frecuentaba habitualmente, conocido como «La cámara de la eternidad». Me recibieron aquellas luces de neón estrambóticas a las que ya estaba tan acostumbrado, y mis ojos deambularon por los retratos de época que plagaban el local, dándole cierto un aire snob que contrastaba de manera casi hiriente con la vulgaridad del ambiente.

—Te noto cabreado —me dijo la camarera—, ¿es por Salvador otra vez?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Es que siempre es por Salvador... —suspiró ella.

—Pero, ¿Cuánto vas a tener que lamerle la polla para que empiece a moverte por el mundillo? —masculló uno de los parroquianos, un hombre malhablado al que todos llamábamos «el Perdigones»— ¿No te cansas de machacarle el nabo a ese sodomita?

—Cierra el pico —le corté, hastiado de sus mofas.

Eran bien conocidos los rumores que circulaban en torno a mi maestro, rumores que, por desgracia, no podía desmentir. Aquel hombre era un depravado, él mismo era consciente de que se encontraba en una situación de poder y privilegio de la que no dudaba en beneficiarse. Él me había sometido a multitud de humillaciones, justificándolas bajo promesa de que albergaban alguna clase de propósito artístico o espiritual. La famosa perorata vacua y vanidosa del maldito Salvador. Yo tragaba en más de un sentido, obsesionado como me encontraba con aquel *padre de los retazos* que le había entregado su revelación a Salvador.

Pedí un Panadés y a punto estuve de bebérmelo de un trago

—El viejo Emperador desea verte —me dijo la camarera—. Está preocupado por tu salud mental y por tu... cercanía con Salvador.

—¿Y tengo que ir a verle ahora? —repliqué, algo molesto.

—Sería lo propio.

Suspirando, me puse en pie y me encaminé hacia el fondo del bar, donde se encontraba una vieja puerta de madera de la que colgaba una piel de serpiente. La empujé y se abrió ante mí un escobero, que a ojos del viejo Emperador debía parecer un salón del trono. Él estaba allí, sentado, en medio de innumerables incensarios y alfombras mohosas. Me invitó a que me sentara, y yo le hice caso.

Nadie sabe de dónde salió aquel anciano que se hacía llamar «Emperador Inmortal». Había rumores de que era un santero de la india que se había mudado a Cataluña al poco de que se pusiera fin a la Guerra Civil. Él había montado aquel local en el que me encontraba ahora y contratado a la atractiva camarera que lo regentaba. En su mente, ese antro de mala muerte era su palacio y los que acudíamos a beber éramos sus huéspedes. El hombre era amable y culto, aunque era innegable que era o un loco o un excéntrico. Porque, ¿qué hombre en su sano juicio tomaría para sí el nombre del Emperador Inmortal?

—Hijo mío, deberías dejar de codiciar la bendición de Nul'eh —me dijo—. Cada vez te abismas más en un foso en el que no hallarás nada.

—¿No lo entiendes! —le espeté— ¡Mi reputación va en ello!

—Salvador no tiene nada que ofrecerte. Todo lo que necesitas está en mis *Revelaciones*.

—Ya te he dicho mil veces que no son tuyas —murmuré, hastiado.

—Claro que lo son —me replicó, su mirada clavándose en la mía—. Ya sabes que soy el Emperador Inmortal.

—Ya, claro, y yo soy el Papa de Roma.

El viejo Emperador suspiró.

—Deberías darle más crédito a las *Revelaciones*; ¿no fueron, acaso, las que te llevaron ante mí?

—Sí, y también ante Salvador, no entiendo tu punto.

—Muchacho, eres un necio —el anciano seguía mirándome fijamente—. Y sé de buena tinta que tu necedad va a costarte cara.

El viejo Emperador, alzando sus ojos hacia el techo de la estancia, comenzó a balbucear y a escupir espumarajos.

—¡Iä! ¡Ogthrog Ai'f Ma'at'l-Ee'h Ab-T'bohu-gha! ¡Iä, Iä! ¡Tu juventud te ciega, tus ansias por triunfar te corrompen! ¡El castigo a la vanidad! ¡El castigo a la vanidad! ¡Enderezad vuestros caminos! ¡Enderezadlos! Mi trono... ¡mi imperio! ¡Arrogantes! ¡Ph'en-Gar'aah Ompt'eh Kaa! ¡Tu arrogancia me enferma! ¡Fuera de mi presencia! ¡Lárgate de aquí!

Me puse en pie y me fui de allí sin pensármelo dos veces.

—No sé si sigue saliéndome a cuenta que me invites a las bebidas a cambio de que aguante los desvaríos de ese loco —le dije a la camarera, regresando a la barra del bar.

La chica bajó la mirada.

—Ya sabes que mucho más no te puedo ofrecer, pero es que el Emperador insiste mucho en que tienes que ser tú.

—¿Cómo que no? —el Perdigones soltó un eructo— ¡Págaselo en carnes, que el chaval está necesitado! ¡A ver si así le quitas el trauma que tiene que causarle ver en bolas al puto Salvador!

—Creo que sería buena idea que no le des de beber más —le dije a la camarera—. No tiene pinta de encontrarse particularmente bien.

—¡No estoy borracho! —gruñó el Perdigones— ¡Lo estás tú, lo está ella, lo está el puto mundo! ¡Todos borrachos, todos locos!

El Perdigones se desplomó sobre la mesa y comenzó a roncar.

—No esperes que sea yo quien lo lleve a casa —bromeé.

—En unas horas se levantará, irá al baño a echarlo todo y se irá a su casa como si no hubiera pasado nada —dijo la camarera, retirando la copa del hombre con la intención de lavarla—. Lo cierto es que no me preocupa, es un alcohólico profesional.

—De todas formas, no dejes que se sobrepase contigo.

—Lo mismo te digo a ti con Salvador, pero nunca me haces caso.

Bajé la mirada y, no sabiendo qué responder, opté por pedir otra ronda.

* * *

—¿Esto tiene que intimidarme? —Salvador arqueó la ceja— ¿Esto tiene que... provocarme alguna emoción, que evocarme algo? Tu *Keres encorvada* sigue siendo un vano intento de obra de arte. No hay espontaneidad, ¡No hay creatividad, inspiración, delirio!

—¡¿Cómo va a haberlo, si sólo hago lo que tú me mandas?!

Salvador me fulminó con la mirada.

—De rodillas.

Obedecí sumisamente y pronto sentí el impacto violento de su bastón contra mi lomo.

—¿Tú le responderías así al Generalísimo? —escupió.

—N-no.

—Por supuesto, hay que respetar la autoridad. Y, ¿sabes qué? Yo soy...

—...Una autoridad y un genio —respondí.

Un segundo golpe de bastón me hizo caer de bruces al suelo, machacándome la nariz y acabando con la cara empapada en sangre.

—Entonces... ¿por qué no me respetas? ¿Cómo tienes la... desfachatez de cuestionarme?

—Solo decía que estoy haciendo lo que tú me dices.

—Dices que haces lo que yo te digo, pero... ¿acaso entiendes lo que te digo? No, no, ¡no! ¡Vete y reflexiona! ¡Reflexiona sobre por qué yo soy un genio y tú no!

Me levanté y abandoné la estancia sin ni siquiera dirigirle la mirada. Estaba cansado de que me gritaran, harto de que me menospreciaran. Pero mis deseos de gloria eclipsaban a mi frustración. Sí... la mejor forma de hacerlos pagar sería con mi éxito.

Estaba cavilando estas cuestiones cuando fui sorprendido por el viejo Emperador. Me esperaba a la salida del taller. Lo más extraño ya no era el hecho de que hubiera dado con él, sino que hubiera salido de su local, de su palacio. Y es que, de hecho, jamás lo había visto abandonar el mugriento escobero del que había hecho su sala del trono.

—¿Sigues empeñado en el camino que escogido habías? —me preguntó, con su característica mirada fija.

—Por supuesto —respondí, mientras me limpiaba con un pañuelo la sangre que aún me brotaba de la nariz—. Ahora, déjame en paz, estoy cansado.

Ya me disponía a pasar de largo cuando me detuvo, poniéndome la mano en el hombro. Y digo que me detuvo en el sentido más literal de la palabra, ya que sentí una fuerza descomunal en el agarre de sus dedos, que me evocó la prensión de la zarpa de un depredador. Aunque hubiera querido, su fortaleza sobrehumana me hubiera impedido avanzar.

—¿Y si te dijera que puedo ofrecerte un atajo? —una sonrisa espeluznante se dibujó en el rostro del anciano— Sigo sin estar a favor de que te entregues a Nul'eh, ya que sus dones nunca traen consigo la felicidad que se busca. No obstante, y viendo que no cejarás en tu empeño, te daré una alternativa por la que no habrás de volver a sufrir los abusos de Salvador.

Era la primera vez en mucho tiempo que escuchaba al anciano hablar con algún atisbo de coherencia.

—Pensabas que estaba senil —me dijo, pareciendo casi que me hubiera leído el pensamiento—. Y es cierto, mi recipiente lo está. Su mente se desmoronó, pero soy generoso, será recompensado por haberme prestado este cuerpo.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté, con un repentino temblor sacudiendo mis miembros.

—Lo sabes perfectamente —los ojos del anciano se pusieron en blanco y de ellos comenzó a manar un reguero de sangre—. Di mi nombre.

—Aquel que reina sobre reyes y al que rezan los dioses —dije mecánicamente—. Aquel que alumbró y destruyó dinastías bajo los nombres de Zeus-Serapis. Aquel que pisa sobre los soles y desde el abismo devuelve la mirada. Ahura Mazda y Angra Mainyu, el temido y respetado Emperador Inmortal, que alumbra al destino desde estrellas remotas. Aquel al que los cabalistas bautizaron como... Adán Kadmón.

* * *

Me desperté sobresaltado y me vi en el interior del viejo escobero. Aunque, a mis ojos, ya no parecía un escobero: sentí como si me encontrara en la estancia más lujosa que jamás había pisado. Y era extraño, porque no había cambiado nada desde la última vez que había estado allí. Era como si, más bien, lo que hubiera cambiado fuese mi percepción.

—Bienvenido —me recibió el Emperador Inmortal.

Me incorporé para, instintivamente, hincar la rodilla.

—Hijo mío, veo que finalmente me has reconocido como vuestro Emperador —dijo con tono altivo—. Eso te honra y me satisface. Es por ello que estoy dispuesto a llevarte ante aquel con quien ambicionas reunirte.

La sangre que brotaba de los ojos del Emperador se mezclaba con el carmesí de la máscara que cubría su rostro marchito. Se dirigió hacia un pequeño mueble y de él sacó una caja repleta de unas extrañas setas.

—Dicen vuestros científicos que estas setas, a las que llamáis «psilocybe» fueron las que propiciaron la rápida expansión de vuestra mente. Una de las muchas «manzanas del Edén» que ingeristeis y que contribuyeron a alejaros del plan que los inefables Arquetipos trazaron para vosotros. Pero ¡oh, ironía! La manzana del Edén os dio la libertad, y ahora a ti puede liberarte de las ataduras de la percepción tradicional de las dimensiones. Por supuesto, sólo será posible porque yo debilitaré el sello solo para ti, pero tú debes hacer tu parte dando el mordisco fatal que sellará el pecado. Hoy tú eres Eva y Adán, y de mí recibes el fruto de la ciencia del bien y del mal, para viajar así a aquel lugar infame que existe más allá de este, vuestro jardín retorcido.

El Emperador machacó en un cuenco las setas hasta pulverizarlas y, una vez concluida esa labor, volvió hacia mí su rostro.

—Te preguntaré una vez más, ¡oh, pobre necio! ¿Sigues estando dispuesto a llegar hasta el final del lamentable camino que te has marcado?

Asentí con la cabeza y, a modo de respuesta, el Emperador vertió una segunda sustancia en el cuenco y me lo entregó.

—Bebe.

Tomé el recipiente y lo vacié sin dudar ni por un momento. Durante unos instantes me sentí sorprendido conmigo mismo, con mi determinación, que me había llegado a ingerir sin apenas pensarlo una sustancia cuestionable que me ofrecía alguien que bien podía ser un visionario o un chalado. Sin embargo, poco duró ese instante de lucidez, pues, por efecto de las drogas, sentí cómo era elevado, como era proyectado fuera de mi propio cuerpo. Mi conciencia ascendió, siendo enviada más allá del firmamento, surcando velozmente el espacio vacío y dejando atrás incluso a la brillante estrella polar. Me envolvían innumerables colores y formas, en una espiral psicodélica incomprensible y ultraterrena, colores y formas que jamás en mi mente habría sido capaz de concebir.

Cuando se disipó aquel maelstrom iridiscente me vi sobrevolando bosques tupidos y edificios con cúpulas y torres de marfil. Sin embargo, no me detuve allí, sino que fui arrastrado a la parte más distante e ignota de aquel mundo desconocido. Atravesé una niebla tupida como una manta y me estrellé sobre lo que creí que era un colchón.

Pero no era un colchón. Era el suelo, un suelo hecho de las telas más diversas, zurcidas entre sí por la mano de algún sastre torpe. Incluso los árboles estaban realizados de aquella extraña forma, era como estar en una tierra de retazos. De pronto, sentí un viento poderoso,

que me sepultó en el interior de una caverna. Tan solo se apreciaba una tenue luz, que proyectaba siluetas contra la pared.

—Lo que ves en esta cueva es la realidad —me dijo un muñeco de trapo que estaba sentado a mi lado.

Miré a mi alrededor con incredulidad, ¿acaso se suponía que debía revivir allí el mito de la caverna de Platón, con el que tanto me insistió en su día mi profesora de filosofía? Miré a mis brazos y piernas, comprobando que ningún grillete ni cadena me ataba a aquel lugar. Así que, me puse en pie y me dirigí hacia la luz.

—¡Alto! —me ordenó una voz, procedente de algún lugar de la gruta— ¿quién va?

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Cosmos Entrelazado —fue la respuesta—. Ahora, identifícate.

—Solo soy un artista frustrado que ansía la bendición de Nul'eh.

—¿No tienes nada que ver con los reyes de corazones, Venus y Gradius?

—¿Acaso estoy en el País de las Maravillas? —dije, algo molesto con aquel galimatías.

—Más bien en un sueño muy profundo.

—¿Puedes llevarme ante Nul'eh?

—Es posible, pero necesito algo a cambio.

Le pregunté qué quería de mí, ante lo cual me respondió con algo sorprendentemente inocuo: me dijo que llevaba mucho tiempo sin salir de allí, así que desconocía lo que sucedía en el mundo exterior. Es por eso que ansiaba que lo entretuviera con alguna historia. Empecé por contarle la historia reciente de mi país, del asesinato de Carrero Blanco, de la Guerra Civil Española y cómo, por ella, se había hecho con el poder el Generalísimo Don Francisco Franco Bahamonde, que ahora regía sin oposición sobre un país que todavía estaba recuperándose de los desastres bélicos. Le hablé de la II Guerra Mundial, de Adolf Hitler, Stalin y Mussolini, de Churchill y De Gaulle.

—Eso está muy bien —me dijo mi misterioso interlocutor—. Pero esa no es la historia que ansío conocer. La historia que busco es la tuya.

Accedí y pronto me vi hablándole de mis ambiciones, de Salvador y del viejo Emperador. Cuando terminé mi narración, se hizo un prolongado silencio.

—Te ha traído hasta aquí el Emperador Inmortal —comentó finalmente la voz—. Él mejor que nadie debería saber que Nul'eh no te va a dar el final feliz que todos los de tu raza esperáis alcanzar.

—No quiero un final feliz, esto no es maldito cuento de hadas —mascullé—. Solo quiero que me de lo que le dio a Salvador.

—Entonces va a ser sencillo —sentenció la voz.

De entre las sombras emergió una monstruosidad extraña e incomprensible: Tenía la cabeza de un sabueso, el cuerpo de un ciempiés y sus innumerables patas terminaban en zarpas de león. Su cuerpo acababa en una cola emplumada y sobre su espalda transportaba una especie de litera, cubierta por un toldo de retales.

—Súbete y te llevaré a donde desees —me ofreció.

Me encaramé al lomo del quimérico ser y trepé hasta la litera, en la cual me senté. La criatura se puso en marcha, trotando, y pronto nos vimos en el exterior de la cueva. Volvíamos a estar en el bosque de los retazos, e innumerables monstruosidades nos saludaban al pasar. Mi montura les devolvía el saludo y, en ocasiones, se detenía para intercambiar unas pocas palabras. En ocasiones las interacciones desde mi perspectiva parecían violentas, pero ellos parecían tenerlo completamente normalizado e, incluso, integrado en su propio y peculiar código de conducta. Peculiar desde mi perspectiva, quiero decir, ya que, muy probablemente, para ellos el raro era yo. Me sentí como se habrían sentido los conquistadores al descubrir por primera vez a la población indígena americana, Sin lugar a dudas, igual de maravillados y confusos se habrían sentido ellos al presenciar unas culturas y tradiciones tan diferentes de la pompa y la etiqueta del viejo continente.

Atravesamos extraños pueblos, con sus mercados y sus fuentes, para, finalmente, llegar a los jardines de un imponente castillo. Mi transporte se agachó para facilitarme el descenso y, una vez que estuve en tierra, se dirigió nuevamente a mí.

—Cuando llegues ante el rey, debes acercarte y herirlo —me dijo con seriedad—. De lo contrario, será considerado una falta de respeto.

—¿Qué sentido tiene eso? —le pregunté.

—Si no lo hieres, estarías asumiendo que carece de la fuerza para resistir tu embate. Lo estarías llamando débil a la cara —la criatura se arrancó uno de sus miembros, que se convirtió instantáneamente en una espada—. Usa esto, te servirá para ese propósito.

—Gracias por decirme esto —dije, tomando la espada—. Pero, antes de irme, debo preguntarte algo.

—Dime y responderé.

—Si tan importante es eso, ¿por qué no me has herido tú a mí, ni me has dicho nada por no haber hecho lo propio contigo?

El ser guardó silencio durante un tiempo.

—Creí que sería evidente —me dijo finalmente—. Tú eres un extranjero y yo soy consciente de ello. Desde el principio me percaté de que desconoces nuestras costumbres, ¿cómo te lo hubieras tomado si te hubiera agredido sin ninguna clase de explicación?

—Hubiera pensado que me querías matar.

—Sí, es que ya tuve que pasar por ese malentendido alguna vez. No es agradable veros gritar despavoridos, como si hubierais visto alguna clase de monstruo.

Me sentí algo culpable al darme cuenta de que un monstruo era precisamente lo que, al menos desde mi perspectiva, aquel ser parecía. Aquel ser. Lo estaba deshumanizando al referirme a él de aquella forma. De hecho, pensándolo bien, posiblemente era mucho más humano que el desgraciado de Salvador.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, finalmente.

—Por aquí me llaman «Erg’eh-naam», que en tu lengua significaría algo así como «El que porta a los Grandes». Si lo deseas, puedes llamarme simplemente «Erg».

—Gracias por la ayuda, Erg. De no ser por ti, no sé dónde estaría ahora mismo.

—¡Qué menos! —respondió— Al fin y al cabo, tú me entregaste aquello que es más valioso: tú historia. Dicho esto, me despido.

Erg se dio la vuelta sobre sus innumerables miembros y emprendió el camino de vuelta, dejándome solo ante el palacio. No entendí muy bien a qué se refería con lo último que había dicho, pero preferí no darle demasiadas vueltas.

* * *

Debo decir que no pude sino maravillarme ante la escasez de seguridad que había en el palacio. Apenas había guardias y, los que encontré, pasaron de largo sin prestarme atención. Me detuve a hablar con uno de ellos, pidiéndole indicaciones, y él me las dio sin realizar ninguna clase de cuestionamiento sobre mis intenciones, que sin duda le resultaban ajenas.

Cuando finalmente llegué a la sala del trono, quedé sorprendido por su extraña belleza: todo allí era abstracto, bizarro, escapaba de todos los cánones establecidos por la humanidad; parecía, de hecho, una peculiar ensalada de elementos incompatibles en apariencia, pero que allí encajaban entre sí con un singular orden. Y, en medio de aquel escenario de ensueño, se encontraba el único e incomparable soberano de esas tierras, el padre de los retazos, Nul'eh. Su mera apariencia resultaba inasumible para mí: era una araña, pero también era un toro y murciélago que se sentaba en el trono como hombre. Su rostro cadavérico tenía tres ojos, aunque otros tantos se desparramaban por su indescriptible anatomía. Por otro lado, su torso consistía en un gigantesco cráneo, del que brotaban iracundas llamas, mezcladas con vapor de agua. De algún modo era como si en él residieran los componentes de la misma existencia.

—¿Quién va? —quiso saber.

—Solo soy un artista frustrado que ansía la bendición de Nul'eh.

—¡Y ante mí estás! —me respondió— Acércate.

Me aproximé hacia él y él se levantó del trono, intimidándome con su descomunal estatura. Se mantuvo impassible, como esperando a que hiciera algo. Recordé las palabras de Erg y, tomando la espada, me abalancé sobre él.

No logré herirlo. Antes tan siquiera de alcanzar su piel, la espada se partió. Fue como si hubiera sido la presión que ejercía lo que quebrantó mi acero. Durante unos instantes se hizo un silencio tenso, incómodo, que solo se rompió cuando el monarca se dejó caer sobre su trono, soltando una sonora carcajada que retumbó como si se hubieran sacudido las mismísimas entrañas de la tierra.

—Al menos lo has intentado, extranjero —me dijo—. Tienes mis respetos por haber decidido honrar las costumbres de mi tierra. Por desgracia, me temo que no puedo devolverte el saludo, pues borraría incluso tu esencia. Sea como fuere, ¿qué bendición es esa que tú tanto ansías?

—Quiero que me entregues aquello que le entregaste a Salvador.

Nul'eh me miró inquisitivamente.

—¿Estás seguro de que eso es lo que deseas?

—Sí.

Nul'eh volvió a ponerse en pie y me apuntó con el dedo, su rostro mostrando una expresión inescrutable.

—Te lo preguntaré una sola vez más: ¿Estás seguro de que eso es lo que deseas?

—Lo estoy.

Nul'eh alzó los brazos al cielo y se mantuvo un rato estático. Después, volvió a echarse a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunté, confundido— ¿Ya está? ¿Qué ha pasado?

—Ya está... ¡por supuesto que ya está! —el padre de los retazos seguía riendo como un demente—. De hecho, ya te he dado mucho más de lo que le he dado a Salvador. ¿Quieres saber qué ha recibido él de mí?

—¡Claro que sí! ¡Necesito saberlo!

—¡Nada! ¡La respuesta es nada! ¡Tú has recibido más, ya que has sido honrado con la capacidad de ver este mundo, con la oportunidad de contemplarme!

—Entonces, ¿Salvador ni siquiera te ha visto?

—¡Qué inocentes son los de tu estirpe, pequeño! —soltó con condescendencia—. Deberías dejar de buscar fuera de ti lo que siempre ha estado en tu interior. Y, permíteme un solo consejo: abandona ese camino, tus motivos para buscar la belleza solo te traerán desgracia. Porque no buscas la belleza *por ti*, sino que lo haces *por otros*.

—Y, ¿no puedes hacer algo por ayudarme? —insistí— Necesito vencer a Salvador... ¡necesito hacer con mi arte que se trague sus palabras!

—Yo ya he dicho cuanto he de decir. Tu estancia aquí ha terminado.

* * *

Cuando recobré la conciencia, estaba sentado delante de la barra de *La cámara de la eternidad*. La joven camarera me miraba con una cierta preocupación.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué ha pasado? —articulé, aún aturdido.

—Te encontré tirado en el escobero junto al viejo Emperador. Los dos estabais inconscientes y teníais mala cara. Él todavía no ha despertado, aunque está vivo. No sé qué diablos haríais allí, pero, sin duda, no fue una buena idea. ¿Qué pretendíais conseguir allí? Seguro que no ha merecido la pena.

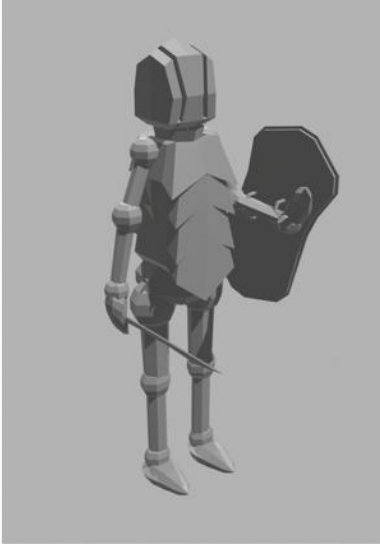
Derrotar a Salvador. Superarlo. Aplastarlo, artísticamente hablando. Me llegaron a la mente todas las imágenes de aquel mundo extraño. Era cierto, Nul'eh me había dado algo que nadie le había dado a Salvador, yo había contemplado unos parajes y admirado una belleza que había sido vedada al común de los mortales, inclusive al necio arrogante de mi maestro. Al pensar en aquellas cuestiones debí dibujar una expresión extraña en mi rostro, ya que la camarera insistió en preguntar si me encontraba bien. Le resté importancia al asunto y me excusé, alegando que había cosas que debía hacer sin falta ni tardanza.

Salí raudo del local y pronto me hube plantado en mi hogar, un modesto piso atestado de material de pintura. Tomé un lienzo y comencé a trabajar, tratando de plasmar todo aquello que había visto, sentido, experimentado. Los colores de mi paleta comenzaron a dibujar paisajes ajenos, indescriptibles para las limitadas lenguas de los hombres, inasumibles para la frágil comprensión humana. Era bello, pero no bello en el sentido tradicional de la palabra: era caos, era evocación de algo inefable, era inabarcable. Lo sublime me desbordaba y desbordaba mi pincel y sentí que por fin mis dedos habían alcanzado a acariciar la misma naturaleza del arte. No sé cuánto tardé en terminarlo, pero, en cuanto pude verlo acabado, sentí una profunda satisfacción que jamás había experimentado; en verdad, al lado de esta nueva obra, mi *Keres encorvada* era poco más que excremento. ¡Pero también lo eran las obras de aquel al que había llamado maestro!

No tardé en plantarme en el taller de Salvador, con mi lienzo cubierto por un velo. Le lanzó una mirada escéptica y, antes de recorrerlo, articuló una única frase: «espero que merezca la pena». Yo miraba con atención la escena que se desarrollaba ante mí, estaba ansioso por ver cómo reaccionaba al contemplar mi obra maestra. Los dedos de Salvador se deslizaron sobre la tela y, finalmente, la retiró con un tirón. Pude ver su rostro, sus ojos se abrieron de par en par y pareció quedarse congelado durante unos instantes. Sin embargo, pronto su semblante cambió, y en su boca se formó una sonrisa sardónica.

—¡Es perfecto! —exclamó, sin dirigirme la mirada— ¡Maravilloso! La forma en que se articula la composición... cómo se mezclan y resaltan los colores... la voluptuosidad y plasticidad de las formas. ¡No, no solo eso! ¡Lo onírico, lo delirante, está perfectamente plasmado ahí! ¡Oh, sí, a veces me sorprende mi propia genialidad! Este cuadro es impresionante, sí... aunque le falta algo que lo hará infinitamente mejor: mi firma.





El Caballero

POR TORRI

Mi nombre es Jorge, aunque todos me conocen como «El Caballero». Probablemente se debe a la armadura que me dieron **los de arriba** y por su corta capacidad para pensar nombres.

Todo esto empezó cuando me dieron a probar **un juego de VR** en el que tenía una espada y escudo en un colegio, y que tenía que intentar derrotar a un dragón de los grandes. Después de eso no sé qué pasó, pero me desperté en una pista deportiva rodeada por un edificio. Desde ese momento me dejó de importar donde estuviera, sea un **isekai**, haya entrado a la *Matrix*, cambiado de realidad o dimensión... Lo raro era que estaba en mi misma ciudad, pero se respiraba un aire algo diferente. Hablé con un hombre que me dio la armadura y una sola misión: Eliminar de cualquier manera a los monstruos que haya allí donde me encuentre. Pensé en rechazarlo, pero no tenía otra cosa que hacer.

A partir de aquí dejaré grabados en mi memoria los monstruos que encontré y sus descripciones. Aquel que encuentre más debería no enfrentarse a ellos y **avisar de inmediato a los de arriba**. Si me preguntas quienes son esos de arriba, no lo sé. El hombre que me dio la armadura no me dio mucha información, pero parece ser una **secta oculta** o **grupo terrorista** que, en las sombras, hacen esas cosas. Desde que fui buscándolos, tengo la sensación de que a mí también me han marcado como un monstruo más. Espero que los otros monstruos no sean también como yo. Lo único que nos diferencia es que ellos tienen poderes y yo no. La armadura es algo más bien visual y pesa poco. Contiene un sistema de refrigeración para frío y calor, y me ayuda a moverme más ligero.

EL CABALLERO

Primera aparición: En un parque del centro de la ciudad. Parece ser que solo se mueve por parques que tienen algo de brisa, así que no sé exactamente de cual surgió. El primer contacto fue el típico de los vídeos de redes sociales. Algunas personas lo veían aparecer y desaparecía cuando no miraban. Si había agua de por medio, como lluvia o una fuente, no aparecía cerca.

Apariencia: Es un escorpión con escamas de un material parecido al hierro. Utiliza su piel interna para estirar el aguijón. La cabeza parece ser una pieza sólida (quizás es una armadura u objeto externo). El tamaño es de un camión.

Poderes: Puede enviar partes de su cuerpo a través del tiempo, en el mismo lugar. Como si se abrieran portales. El máximo tiempo que lo he podido ver es de 10 segundos. Desconozco si puede mostrarse más. Su cabeza y pinzas son lentas, pero la parte posterior de su cuerpo se mueve rápido.



> **...no pude salvarte.** Mi prioridad era el maletín que portabas en ese momento, y el dinero que me daría devolverlo. En el momento en el que nos atacó, vi de inmediato el doblez de la luz alrededor del aguijón que hizo avanzar 3 segundos al futuro. Nos apartamos mientras nos placaba hacia la misma posición del aguijón. Acto seguido, intenté descubrir si sus ojos y pinzas se podían mover al futuro. De los ojos no estoy seguro pero la pinza izquierda sí. Esquivar sus ataques no es muy difícil. Si mantienes las distancias el aguijón no te puede dar, ya que se mueve a la misma velocidad que un humano. Utiliza las pinzas para agarrarte y acabar contigo con el aguijón. Las partes débiles son las uniones de las escamas al desplegar el aguijón. No merece la pena centrarse en la cabeza. Es resistente a las explosiones y puede usar su cola como barrera defensiva.

> Lo derroté desgastando primero la unión de la cola al cuerpo. Sus centros nerviosos están en el centro de la cola, son similares a un cable óptico de fibra. Durante los golpes asestados en la cola, utilizaba sus patas para hacerme daño. Al dejar heridas la mitad de sus patas dejó de moverse. Luego solo quedó clavarle la espada en su columna no vertebral y llevarme la cabeza como trofeo para futuras investigaciones.

REFUGIO BIZARRO

Primera aparición: A dos kilómetros de una playa. Unos costeros dejaron de dar señales de vida y no han vuelto a aparecer. Por la línea imaginaria que dejó como rastro no vi a nadie hasta que lo encontré

Apariencia: Su forma estándar es un perro con patas muy largas. Es una especie de *slime* con esferas en forma de ojo alrededor de todo su cuerpo. El color es morado, debido a la cantidad de mierda que arrastra.

Poderes: Detecta el movimiento del aire, probablemente de las partículas a su alrededor. Esto incluye respiraciones o el esfuerzo de huir de él. Cuanto más grande es, más alcance tiene.



> Hay que tener cuidado con el tamaño que tiene. A veces me daba la sensación de que era más pequeño y sus otras partes de *slime* estaban escondidas por ahí. Quizás se puedan separar esos ojos que tiene por el cuerpo y que actúen independientemente, como una especie de mini clones. Nunca los he visto, si es que es el caso.

> Utilizar aire comprimido puede confundirlo durante unos instantes.

> No es capaz de detectar música o gritos si el aire no está en movimiento. Lo que sí deduce después de un rato si usas aire a una presión constante es que no eres un enemigo. Su manera de matar personas es introduciéndose en los pulmones y causando asfixia. En todo momento recomiendo controlar la respiración y usar máscaras que no dejen pasar ni entrar el aire. Los drones son buena opción también.

> Separar una muestra del cuerpo original la mata al cabo de un rato. Más o menos 10 minutos para un fragmento del tamaño de una pelota de tenis. Si lo partes a la mitad con una espada, vuelve a juntarse como si nada. Los líquidos lo debilitan, pero no creo que sea buena opción, ya que vino del mar a una playa y parece tener alguna clase de resistencia.

> Su eliminación se logró con ayuda de un grupo de rockeros que había cerca, le empezaron a silbar en círculo y me dio tiempo a ir separando los ojos del *slime*. Por supuesto, lo hice con un traje con guantes de plástico. Los ojos metálicos parecen ser muy duros e indestructibles. Quizás son los corazones del *slime*, o algo así.

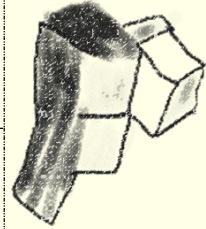
> Había más de 10 de ellos. Criogenicé una parte pequeña del fluido antes de que se secara para futuras investigaciones.

EL CABALLERO

Primera aparición: En las catacumbas bajo una bodega (lugar desconocido). Dos socios fueron a investigar unos eventos paranormales y solo pudo regresar uno. El otro apareció por la noche muerto a la puerta de la bodega.

Apariencia: Es como una mezcla de paredes que forman cubos. Tiene un tono anaranjado y raíles en las aristas. Puede deslizar las paredes de su cubo entre vértices y aristas hasta que encaja. Hace un sonido bastante peculiar al encajar.

Poderes: De alguna manera desconocida puede aparecer o desaparecer en función de la luz que le dé. Es como si cada decímetro cuadrado pueda existir o no en función de la iluminación



> Su hogar por defecto es la oscuridad. Tiene bastante inteligencia y sabe que, si encierra a alguien, puede dejarle sin oxígeno. Si te atrapa tienes dos opciones: o llevar luz para escapar o crear fuego con tu ropa o cuerpo. No lo recomiendo porque el CO2 te puede asfixiar si no sabes por donde escapar.

> Por la forma que tiene, parece un dado de esos de 20 caras o más. Como con 6 paredes te puede atrapar, juega con ventaja. No lo he podido ver del todo bien, pero sus caras enteras tienen más de un metro cuadrado. Nunca deja ver los raíles, pero suenan como un chasquido al comer pipas.

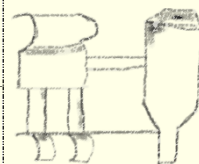
> No parece que tenga cerebro ni un sistema que lo mueva. Cuando me enfrenté a ello, parecía como estar en una casa en miniatura. Sus paredes son como de fibra de carbono, con una densidad de un centímetro aproximadamente. No hay manera de eliminarlo, y la única manera que se me ocurría era jugar con la luz y oscuridad para atraparlo en una habitación. En el momento de disponerme a salir de la habitación, no me di cuenta de que ya me tenía atrapado entre 7 paredes. Dando vueltas desesperado, vi un hueco con forma de T en aquel extraño videojuego de cuadrados. Por suerte pude llevarme un trozo del vértice de la T rota, para futuras investigaciones.

REFUGIO BIZARRO

Primera aparición: En el hospital del derrumbamiento. Lo que empezó como un brote psicótico grupal, se convirtió en un enemigo sin conciencia que hacía alucinar a las personas en un radio de 200 metros.

Apariencia: No tengo ni la menor idea de que es. Así es como lo describen las personas que lo han visto. Como un embudo conectado a un traje militar sin ruedas.

Poderes: Altera la visión de los ojos, con capas de calor como si fueran espejismos. La otra parte de las alucinaciones las hace tu mente. No lo ves, solo sientes su presencia.



> Gracias al traje y su sistema de refrigeración, no he podido sentir esas alucinaciones. Estuve buscándolo por todo el edificio. Cuanto más cerca estás de ello, más se pierde la cordura. El rastro de personas tiradas en el suelo me dio una pista de dónde estaba. Curiosamente lo encontré dentro de una habitación de limpieza y separación de elementos químicos de la sangre. Me llevé una gran sorpresa al ver una especie de mochila rodeada de niebla en un perchero de pared.

> Le di un espadazo y se descompuso en miles de piezas, dejando la mitad del embudo y una esfera dentro. Según me contaron residentes del hospital, esa niebla que lo rodeaba era más densa o menos según la temperatura ambiente del exterior del hospital. Los profesionales que lo vieron antes de que empezara a generar calor pensaron que era el disfraz de algún paciente, o algo así. Agarré el núcleo del interior del embudo, para futuras investigaciones.

EL CABALLERO

Primera aparición: En la plaza de un mercadillo. De la nada fue como si hubiera una plaga de estos bichos por todos lados.

Apariencia: Sinceramente parece un escroto con púas tipo cactus, pero al tacto son como tela tanto la piel como las púas. En la parte delgada, sus púas tienen unas esferas.

Poderes: Altera la realidad a su antojo. A veces dudé de si el mercadillo y aquellas personas que no se inmutaban de su presencia eran reales.



> Parece un enemigo pacifista, que simplemente recrea ilusiones reales o realistas. En el caso que presencié yo, creó copias de él en todas las superficies del mercadillo. Su peso, textura, y sabor eran iguales en todos. No me puedo creer que que, en un abrir y cerrar de ojos, se inundara todo de estas pelotillas. Las fui aplastando una a una hasta que encontré a la verdadera. Me llevó como unas cinco horas y, al eliminarlo, desaparecieron las demás. Desde ese día, estuve dudando sobre si todo seguía siendo una ilusión o si seguía en ese mercadillo. Pero me da igual, creo que, aunque esto fuera todo una mentira, me sería indiferente. Si no me importa, ¿qué más da que sea real o no? No me tiene que importar lo que sea autentico en esta realidad falsa. Lo verdadero autentico es que la existencia es existente y no me que....

Me llevé al parásito testicular, para futuras investigaciones.

REFUGIO BIZARRO

Primera aparición: Sus cintas aparecieron en el interior de un edificio, creyendo la gente que se trataba de un derrumbamiento de mercancía. En el momento que se empezó a expandir el cuero, empezaron a sospechar que no era solo cuero. Por suerte, el edificio ya estaba evacuado y no causó mayores complicaciones.

Apariencia: Es un ataúd envuelto en cinta de cuero, aunque por dentro es blando como una pelota anti estrés. Son múltiples capas de tela, enredadas como una pelota de béisbol

Poderes: Produce un picor y cosquilleo por todo el cuerpo del que no puedes escapar. Al estar más en contacto, peores los síntomas, como vómitos o alucinaciones sensitivas que se quedan permanentemente grabadas en tu cuerpo y mente.



> No hay cosa que un buen machete no pueda cortar como el cuero. Por desgracia, solo tengo una espada y cuesta bastante rebanarlo. Antes de entrar al edificio, solo pude encontrar a una pareja de adolescentes que llevaba una navaja más pequeña que mi ceja izquierda. Al parecer, todos los cuchillos grandes habían sido requisados por la policía debido a un incidente relacionado con una sartén y petardos.

> En el camino se me metió al traje un trozo pequeño de cuero, y me ha debilitado el brazo izquierdo. El material de la cinta es independiente e individual. Posiblemente, al haber tanto cuero, sus partículas con efectos secundarios se transmitan por el cielo. Recomendando un traje aislante, no parece que pueda atravesar materiales sólidos.

> Debajo del edificio, en el sótano, encontré el cuerpo. Sin pensarlo, atravesé las capas con mi espada, y del agujero salió un líquido parecido al petróleo. A pesar de que lo eliminé, no desapareció el picor ni los efectos de la tela. Estuvieron los de limpieza cuatro meses para recoger todo el cuero y quemarlo. Las personas a mi alrededor nunca se recuperaron.

> Del cadáver me dio la sensación que el petróleo era su cuerpo original en descomposición, así que tanto de ese líquido como del cuero me llevé muestras, para futuras investigaciones.

EL CABALLERO

Primera aparición: **SIEMPRE ESTÁ**

Apariencia:

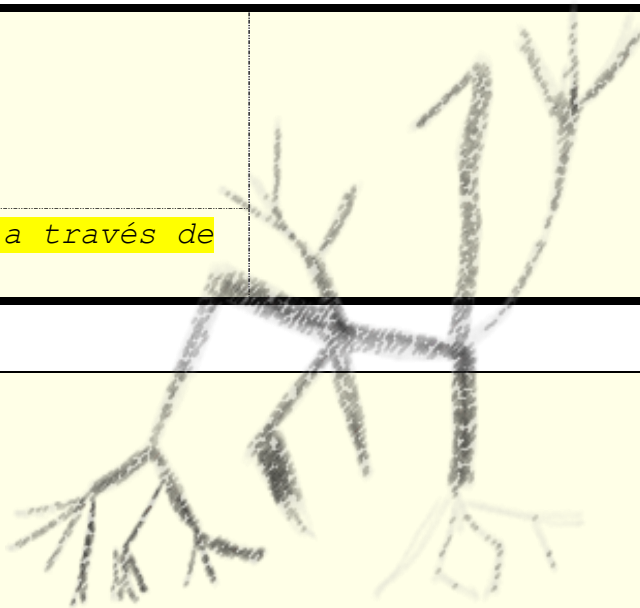
Conjunto de ramas

Cuerpo delgado

Negro carbón

NO PUEDES HUIR

Poderes: *Emite vibraciones a través de las puntas de sus ramas.*



No me lo voy a llevar, **s*lo** quiero **DeScAnSaR**.

Dejadme en paz, no quiero seguir

FLOUR FLOUR FLOUR

aléjame de **AQUI**

no sé qué hacer

LA ESCAPADA nunca fue una opción

la **INTROMISION** no es mi culpa

~~vete de **AQUI**~~
~~estados de **triste**~~

ABRE LA BOCA

despégate de tu **DIL**

“Algo que respiraba, tramaba, sentía que se estaba muriendo y, al morir, seguía viviendo.”

T. E. D. Klein

